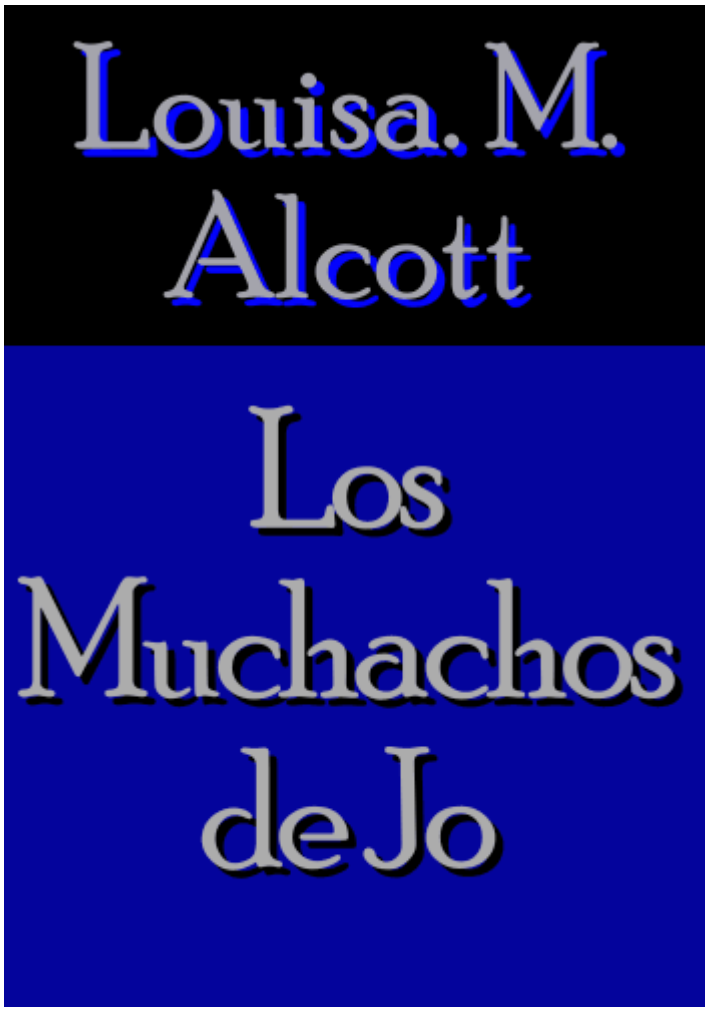
LIBRO dot.com

Los Muchachos de Jo

Louisa M. Alcott



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO PRIMERO
DIEZ AÑOS DESPUES

-A cualquiera que me hubiera dicho que en estos diez últimos años tendríamos tantos y tan admirables cambios, hubiérale yo contestado que no le creía y que se burlaba de mí - dijo la señora Jo (tía Jo, como la llamaban los chicos) a la señora Meg, al sentarse un día en la plaza de Plumfield, mirándose mutuamente con las caras rebosando orgullo y alegría.

-Esta es la clase de magia que sólo se opera con el dinero y con los buenos corazones. Estoy segurísima de que el señor Laurence no podrá tener un monumento más noble que el colegio que tan generosamente fundó a sus expensas. Y la memoria de tía March se conservará en una casa como ésta tanto tiempo como la casa exista -contestó la señora Meg, que se complacía siempre en alabar a los ausentes.

-Recordarás que cuando éramos pequeñas acostumbrábamos a hablar de hadas y encantamientos, y decíamos que si se presentara una, le pediríamos tres cosas. ¿No te parece que por fin se cumplieron las tres cosas que yo deseaba? Dinero, fama y mucho amor -dijo la tía Jo, arreglándose cuidadosamente el pelo, en forma muy diversa de como lo hacía cuando era muchacha.

-También se cumplieron las mías y Amy está disfrutando con gran contento de las suyas. Si mamá, Juan y Beth estuvieran aquí quedaba la obra terminada y perfecta -añadió Meg con voz temblorosa-; porque el sitio de mamá está ahora vacío.

Jo puso su mano sobre la de su hermana y las dos guardaron silencio por un momento contemplando la agradable escena que tenían a la vista, mezclada de recuerdos tristes y agradables.

La verdad es que en todo aquello parecía que había algo de magia, porque el pacífico Plumfield se había transformado en un pequeño mundo de actividad constante. Las casitas parecían más hospitalarias, tenían las fachadas bien pintadas, los jardincitos muy bien cuidados; por todas partes se respiraba alegría y bienestar, y en lo alto de la colina, donde en otro tiempo no se veían más que águilas revoloteando, se levantaba ahora, majestuoso, el hermoso colegio edificado con el cuantioso legado del magnífico señor Laurence.

Las sendas que conducen a la colina, en otro tiempo desiertas, se veían ahora muy frecuentadas por los estudiantes, unos entretenidos con sus libros y otros alegres y revoltosos yendo y viniendo de un lado para el otro, disfrutando todos de lo que la riqueza, la sabiduría y la benevolencia les había deparado.

Casi tocando a las puertas de Plumfield se veía, entre los árboles, una bonita quinta y una regia mansión. La primera era de Meg y la segunda del señor Laurence, que al instalarse cerca de su antigua casa una fábrica de jabón había huído a Plumfield, mandando edificar la suntuosa casa donde vive ahora. Y de aquí parten los cambios y prosperidad de Plumfield.

Todo era alegría y bienestar en esta pequeña comunidad; y el señor March, como capellán del colegio, había visto por fin realizados los dorados sueños que durante tanto tiempo había acariciado. El cuidado de los muchachos del colegio se lo habían dividido las hermanas, y cada una de ellas se había encargado de la parte más de su gusto. Meg era la madre amiga de las niñas; Jo, la confidente y defensora de todos los jóvenes, y Amy, la señora "Munificencia", la que con mucha delicadeza quitaba las asperezas del camino para que se protegiera a los estudiantes indigentes, y los entretenía con su agradable conversación, tratándolos con tanta dulzura y cariño, que no nos extraña que todos le llamaran "la madre del

amor", y al colegio el "Monte Parnaso", ¡tan lleno estaba todo de música, de belleza y de cultura!

Los primeros doce muchachos egresados de este colegio se habían desparramado por las cuatro partes del mundo durante estos últimos años, pero todos vivían y recordaban con alegría al viejo Plumfield, y tan presente tenían todo lo que allí habían aprendido, que cada día se encontraban más animosos para hacer frente a los contratiempos de la vida. Guardaban siempre en sus corazones la gratitud y el recuerdo de los alegres días que pasaron allí. Dedicaremos cuatro palabras a cada uno de ellos y en otros capítulos hablaremos más extensamente de sus vidas.

Franz estaba con un pariente comerciante en Hamburgo; hoy ya tenía sus veintiséis años y se encontraba muy bien. Emil era el marinero más alegre que navegó por el azul océano. Su tío lo había embarcado, a disgusto del muchacho, para que hiciera un gran viaje, con objeto de que sentara un poco cabeza; pero volvió tan contento y satisfecho de la vida del mar, que estaba decidido a tomarla como profesión. Así lo hizo, y su tío, que era alemán, le daba participación en los negocios del barco; así es que el muchacho se consideraba dichoso. Dan andaba todavía buscando; porque después de sus investigaciones geológicas en América del Sur, se dedicó durante algún tiempo a la agricultura, y ahora se encontraba en California buscando minas.

Nathaniel o Nat, como le llamaban para abreviar, andaba muy atareado en el conservatorio de música, preparándose para poder marchar a Alemania, donde pensaba pasar un par de años para completar sus estudios. Tommy estudiaba con entusiasmo medicina, y decía que cada día le iba gustando más. Jack estaba en el comercio con su padre, procurando hacerse rico lo antes posible. Dolly, Stuffy y Ned seguían en el colegio estudiando derecho. El pobre Dick había muerto, y Billy también, pero nadie los lloraba, porque en vida habían sido en todo tan desgraciados como lo fueran de cuerpo, pequeños y contrahechos.

A Rob y a Teddy les llamaban “el león y el cordero”, porque el último era tan desenfrenado como el rey de los animales y el primero tan manso como una de esas ovejas que no balan nunca. La tía Jo le llamaba "mi hija" y lo consideraba como el muchacho más obediente del mundo, del natural más noble y de maneras delicadísimas. Pero en Ted veía ella reunidas, en una nueva forma, todas las fallas, antojos, aspiraciones y burlas de cuando ella era muchacha. Con sus mechones de cabello tostado, siempre en enmarañada confusión, con sus brazos y piernas enormemente largos, con aquella voz tan ronca .v con su continua movilidad, había llegado Ted a ser una figura prominente en Plumfield. Tenía buenas ocurrencias, talento natural y disposición para el estudio, pero mezclado con gran dosis de orgullo, y su madre, al oírle hablar, en los momentos en que razonaba bien, decía que no sabía lo que llegaría a ser aquel muchacho.

Medio-Brooke había terminado ya sus estudios de colegio con gran lucimiento, y la señora Meg trataba de inclinarlo a que fuera clérigo, hablándole con mucha elocuencia de los sermones que predicaría, así como de la larga, útil y honrada vida que llevaría. Pero John, como ella le llamaba ahora, decía con firmeza que no abriría nunca un libro de teología ni de ninguna clase, porque de libros ya estaba más que harto y reharto, y que lo que deseaba era saber más de lo que sabía de los hombres y del mundo; y para esto, lo mejor y lo que a él más le gustaba era ser periodista; con lo cual la pobre señora quedaba desilusionada y desalentada. Esta determinación de su hijo fue un golpe fatal para la pobre señora, que había acariciado durante muchos años la idea de que su hijo sería ministro del Señor; pero, por otra parte, sabía perfectamente que lo mejor es dejar a los jóvenes con sus inclinaciones y que la experiencia es el mejor maestro, así es que no le volvió a hablar más de este asunto, pero siempre confiaba en que un día lo vería en el púlpito. La tía Jo se enfurecía cuando oía decir que habría un periodista en la familia, y lo instaba para que desistiera de su idea, pero el muchacho callaba y seguía firme en sus trece. No le disgustaban a Jo las tendencias literarias de

su sobrino, pero lo que no quería de ningún modo es que pensara en los periódicos. Su tío Laurie, en cambio, le animaba para que lo fuera, y le pintaba la cosa de tal manera, que no había en el mundo carrera más brillante ni mejor que la del periodismo; le decía que Dickens y otras muchas celebridades empezaron así y llegaron a ser famosos novelistas de renombre universal.

Las muchachas prosperaban mucho. Daisy seguía siendo tan dulce como antes; era el consuelo, la compañera de su madre. Josie, a los catorce años de edad, era la joven más original del mundo; llena de rarezas y peculiaridades, la última de ellas era la gran pasión que se había despertado en ella por la escena, que causaba a su madre y a su hermana gran inquietud, pero al mismo tiempo gran diversión. Bess había crecido mucho, se había hecho una hermosa muchacha, pero aparentaba más años de los que realmente tenía, y seguía con su aire de princesita, habiendo heredado algo de esto de su madre y de su padre, aumentándolo después con el excesivo cariño de ellos y con el dinero. Pero el orgullo de la comunidad era la traviesa Nan, la inquieta, la revoltosa Nan, que se había hecho ya una real moza, plena de hermosura, energía y talento, que podía satisfacer las ambiciones de los padres más exigentes. A los dieciséis años de edad principió a estudiar medicina, y a los veinte seguía con firmeza sus estudios, en los que estaba ya muy adelantada; porque ahora, gracias a otras mujeres inteligentes, había en el pueblo colegios y hospitales donde las señoritas podían estudiar esta carrera. No había cejado un ápice en su propósito desde aquel día, ya lejano, en que estando debajo del añoso sauce dejó a Daisy asustada cuando le dijo:

-Yo no quiero ser gravosa a la familia, ni quiero que se preocupen por mí; tendré una profesión, y con un botiquín y una caja de instrumentos andaré por ahí curando a la gente.

El tiempo se encargó después de confirmar esta resolución, porque no hubo ser humano que le hiciera cambiar de idea. Varios jóvenes acaudalados y de familias distinguidas y honradas la habían pretendido y hablan procurado disuadirla de su propósito, diciéndole que lo mejor era, como decía Daisy, "una casita muy bonita y una familia a quien cuidar". Pero Nan se reía y a todos los echaba con cajas destempladas, diciéndoles que ella no aceptaría más mano que la que tuviera que pulsar; pero hubo uno tan cabezudo y obstinado al que no consiguió hacer desistir.

Este joven se llamaba Tommy, y desde niño se había aficionado tanto a Nan, que no podía pasar día sin verla y le llamaba su novia y le daba tantas pruebas de fidelidad y amor, que ella, a pesar de su firme resolución, se enternecía algunas veces. Sin necesidad y sin un átomo de vocación comenzó a estudiar medicina porque a ella le gustaba la carrera. Pero Nan, firme que firme, ni quería amores ni pensaba más que en la medicina; Tommy decía: "Sea lo que Dios quiera; yo creo que no mataré a muchos de mis semejantes cuando principie a ejercer mi profesión", y seguía estudiando con ella. Sin embargo, los dos eran muy buenos amigos, y los camaradas de él se reían al ver cómo andaba siempre a la caza del amor de Nan.

Los dos se aproximaban a Plumfield a la caída de la tarde del día en que Meg y Jo estaban hablando en la plaza. No iban juntos, porque Nan caminaba muy de prisa y sola por aquel alegre camino que conducía al pueblo, pensando en una cosa que le interesaba mucho, y Tom corría detrás, casi en puntas de pie, con objeto de alcanzarla sin que ella lo notara.

Nan era, como dejamos dicho, una hermosa muchacha, de color sonrosado, ojos grandes y claros, sonrisa agradable y pronta, y ese mirar peculiar de las jóvenes distinguidas. Era sencillísima en el vestir, de andar ágil y gracioso, y bastante desarrollada. Las personas que pasaban junto a ella se volvían irremisiblemente como para mirar una cosa agradable.

Un ¡hola! dicho a su espalda con toda la dulzura posible que permite el vocablo le hizo volver la cabeza.

-¡Ah! ¿Eres tú, Tommy?

-El mismo. Me imaginé que hoy darías una vueltecita por estos alrededores...

Y la cara de Tommy irradiaba alegría en aquel momento.

-Adivinaste. ¿Y cómo está tu garganta? -preguntó Nan con su tono profesional, que era siempre un balde de agua fría para los raptos amorosos de Tommy.

-¿Mi garganta? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Está bastante bien. El efecto de aquella prescripción ha sido maravilloso. Nunca volveré a llamar homeopatía a ese charlatanismo.

-El charlatán has sido tú en esta ocasión, porque lo que te di no era más que eso.

-Pues si con azúcar y leche se puede curar la difteria de un modo tan admirable, tomaré nota para lo sucesivo.

-Pero, oye, Tommy, ¿cuándo van a terminar todas esas tonterías?

-Y tú, Nan, ¿cuándo acabarás de burlarte de Y la alegre pareja se reía uno del otro, lo mismo que cuando eran niños y corrían juntos por los alrededores de Plumfield.

-Ya sabía yo -dijo Tommy- que como no hiciera lo que acabo de hacer no me sería posible hablar un momento contigo. Estás siempre tan sumamente ocupada, que no te queda un momento libre para hablar con los amigos de la niñez.

-Tú debes hacer lo mismo: estar siempre muy, ocupado; y te lo digo de veras, Tom; como no pongas más atención en los libros no terminarás tus estudios en toda tu vida -dijo Nan con mucha seriedad.

-Dichosos libros; ¿te parecen pocas horas las que estoy con ellos? Yo creo que un hombre de mi edad debe tener algún rato de expansión, después de pasar todo el santo día con disecciones y otras cosas tan desagradables como ésas.

-¿Entonces por qué no lo dejas y te dedicas a otra cosa que te guste más? Sabes perfectamente que yo consideré siempre como el mayor disparate del mundo lo que estás haciendo -dijo Nan, clavando sus penetrantes ojos en la cara de su amigo, que se había puesto más colorado que un tomate.

-Pero tú no ignoras por qué elegí yo esta carrera, y también sabes que continuaré con ella hasta que salga adelante, si es que no reviento antes. Yo no me encuentro desanimado, ni estoy fatigado, aunque lo parezca; y eso proviene del corazón, que sólo una doctora que tú conoces muy bien lo puede curar. . ., pero que no quiere curarlo.

En el aire de Tommy había cierta resignación melancólica que resultaba cómica y patética a la vez porque todo esto lo decía con mucha seriedad, pero sin demostrar la menor ansiedad ni estímulo. Nan arrugó el entrecejo, cosa que hacía con mucha frecuencia; ya sabía cómo tenía que tratar a su amigo.

-Ella quiere curarlo del mejor y único medio que hay; pero no hay paciente más refractario que éste. ¿Fue usted al baile, como le encargué?

-Sí, señora.

-¿Y se consagró usted a la linda señorita Westa?

-Toda la-santa noche estuve bailando con ella.

-¿No hizo esto ninguna impresión en los susceptibles órganos de usted?

-Ni pizca. Tan distraído andaba bailando con ella, que sin darme cuenta que la llevaba entre mis brazos, bostecé una vez en su misma cara; y cuando le daba el brazo para devolverla a su mamá, daba yo un gran suspiro, como si me quitara un gran peso de encima.

-Repita usted la dosis lo antes posible y apunte los síntomas que observe. Yo le pronostico, ¡alégrese usted!, que poco a poco lo conseguirá.

-¡Nunca! Estoy completamente seguro que no conviene a mi constitución.

-Ya veremos. ¡Obedezca usted, y haga lo que le ordenan sin replicar!

-Sí, señor doctor, lo haré como usted lo ordena.

Hubo silencio durante un momento; después, como quien de pronto se acuerda de algún objeto muy importante en el momento de hacer la valija para marchar de viaje, exclamó Nan:

-¡Mira que nos hemos divertido de chicos ahí, en ese bosque! ¿Te acuerdas cuando te tiraste desde lo alto de aquel gran nogal y quedaste un rato inmóvil en el suelo? Yo creía que te habías roto la nuca.

-¡Ya lo creo que me acuerdo!; y cuando la tía

Jo me pintaba la cara con hojas de ajenjo; y aquel día que me quedé colgado de la chaqueta - dijo Tommy, riéndose de tan buena gana que parecía haber vuelto de pronto a los tiempos de su niñez.

-¿Y cuando le pegaste fuego a la casa?

-Sí, y tú corriste a buscar tu caja de vendas.

-¿No has vuelto a ver tórtolas? ¿No te llaman los muchachos "el atolondrado"?

-Daisy me llama así todavía. ¡Hermosa muchacha! Ya hace una semana que no la veo.

-Pues mira, no podías hacer nada mejor que hacerle la corte.

-No, muchas gracias; me rompería el violín en la cabeza si yo le dijera una palabra sobre ese particular. Otro nombre está grabado en mi corazón, y no se borrará nunca: "Esperanza"; es mi lema: "Antes morir que entregarse". Veremos quién resiste más.

-Pero, ¡cuidado que son ustedes necios los jóvenes! ¿Creen ustedes que van a seguir tratándonos como nos tratábamos cuando éramos muchachos? En eso sí que están equivocados. ¡Qué hermoso está el Monte Parnaso visto desde aquí! -dijo de repente Nan, cambiando bruscamente de conversación por segunda vez.

-Es un hermoso edificio; pero a mí me gusta más el viejo Plum. Si la tía March no se hubiera marchado para siempre, disfrutaría al ver estos cambios admirables que ha habido - contestó Tomás, al detenerse los dos delante de la gran puerta, contemplando el hermoso paisaje que tenían a la vista.

Unos gritos repentinos les hizo volver de pronto la cabeza, y vieron a un muchacho de pelo casi colorado que iba saltando por los zarzales como un canguro, seguido de una muchacha delgada que gritaba y reía sin importarle nada los pinchazos que se daba en las zarzas. Era una niña muy bonita, de cabello oscuro en trenzas acaracoladas, ojos claros y cara muy expresiva. Llevaba el sombrero caído a la espalda, sujeto con la cinta al cuello y el vestido y blusita un tanto mal parados, debido a los arañazos de las plantas espinosas.

-¡Atájalo, Nan!, haz el favor; ¡detenlo, Tom! que me ha quitado un libro y yo lo necesito - gritaba Josie, contenta al ver a sus amigos.

Tommy agarró por el cuello al ladrón, mientras Nan sacaba a Josie de entre los espinos y la sentaba a sus pies sin dirigirle una palabra de reproche, porque todo aquello no era nada para lo que ella había hecho de muchacha.

-¿Qué te pasa, bien mío? -exclamó Nan mientras le quitaba los espinos largos del vestidito, y Josie se miraba los arañazos de las manos.

-Pues mira, yo estaba estudiando mi papel debajo del tilo, y Teddy vino despacito y me quitó el libro de las manos con su gancho; se le cayó al suelo, y antes que yo me levantara lo tomó y echó a correr. ¡Dame el libro, tunante, o te daré una bofetada cuando te agarre por mi cuenta! -exclamó Josie sollozando y riendo al mismo tiempo.

Ted, que se había escapado de las manos de Tommy, estaba a cierta distancia, hojeando el libro y haciendo tales aspavientos y posturas tan cómicas, que hacía morir de risa.

Los aplausos que se oyeron de la plaza pusieron término a estas bufonadas, y todos se marcharon juntos hacia la avenida, con bastante más formalidad que en aquellos tiempos en que Tommy hacía de cochero y decía que Nan era el mejor caballo de tiro. Sofocados de tanto correr y reír, aplaudieron todos a las señoras al llegar, y se sentaron junto a ellas para descansar un rato, mientras Meg cosía los rasguños del vestido de su hija y la tía Jo suavizaba un poco las crines del león y rescataba el libro. Daisy apareció en aquel momento.

-Preparad buena cantidad de bollos para tomar el té; Daisy viene a acompañarnos -dijo Ted.

-Sí, puedes hablar de bollos; la otra tarde te comiste doce tú solo; por eso estás tan gordo - dijo Josie, echando una mirada compasiva a su primo, que estaba más delgado que un esparto.

-Bien, pues yo me voy a ver a Lucía Dove, que tiene un lobanillo y ya debe estar a punto de cortárselo. Tornaré el té en el colegio -añadió Nan, tocándose al mismo tiempo el bolsillo para ver si tenía la caja de cirugía.

-Me alegro, porque yo te acompañaré y te ayudaré en la operación, aunque no sea más que para ponerle los algodones -dijo Tom, acercándose un poco más a su ídolo.

-¡Puf! No habléis de eso, que Daisy se descompondrá; más vale hablar de los bollos que nos comeremos ahora tomando el té. -Teddy se frotó las manos de alegría, como indicando que él, por su parte, pensaba comerse unos cuantos.

-¿Qué se sabe del comodoro? -preguntó Tommy.

-Ya está navegando con rumbo hacia casa, y Dan confía en poder también venir pronto. Ya tengo muchos deseos de ver a mis muchachos reunidos -contestó la señora, alegrándose sólo con la idea.

-Todos vendrán, si pueden venir; hasta Jack, y se gastaría con mucho gusto un dólar para asistir a esas comidas que damos de vez en cuando entre los amigos -dijo Tommy riendo.

-Pues ya están engordando el pavo para la fiesta, ¡miradlo! -dijo Teddy señalándolo.

-Si se marcha Nat a fines de este mes, tenemos que prepararle una buena despedida. Yo confío en que este chico ha de hacer suerte por ahí -dijo Nan, dirigiéndose a su amigo.

Las mejillas de Daisy se sonrosaron de pronto al oír pronunciar este nombre, y los pliegues de muselina de su blusa subían y bajaban mucho más de prisa que antes; pero se limitó a decir con mucha tranquilidad: - El tío Laurie dice que es un muchacho que tiene talento, y que después que pase algún tiempo en el extranjero se podrá ganar aquí muy bien la vida, aunque no llegue nunca a ser una celebridad.

-Sí, a veces los jóvenes son precisamente todo lo contrario de lo que uno se creía; así es que no podemos asegurar nada -dijo la señora Meg, dando al mismo tiempo un suspiro-. Todos deseamos que nuestros hijos sean hombres buenos y útiles, y que nuestras hijas sean también buenas y hacendosas, y es muy natural que deseemos que lleguen a ser célebres; pero esto es algo más difícil. Son como nuestra pollada, que va detrás de la gallina; unos con las patas cortas y otros con las patas largas; los unos con aire de grandísimos estúpidos, y los otros revoltosos y listos. Esperaremos a que crezcan y veremos el cambio que hay en ellos.

Y como precisamente Ted se parecía a uno de esos pollos zancudos, no pudieron, por menos, que echarse todos a reír al ver la cara que puso al hacer la señora Meg esta comparación.

-Yo ya quisiera ver a Dan establecido; porque "piedra que rueda no cría musgo"; ya tiene sus veinticinco años y todavía anda por ahí, sin haber encontrado nada positivo - y la señora Meg contestó con una afirmación de cabeza a su hermana. -Dan terminará por encontrar pronto lo que busca, porque la experiencia es el mejor maestro del mundo. Aun está un poco tosco, aunque cada vez que viene al pueblo lo encuentro algo más pulido. No será nunca gran cosa, ni llegará taro poco a reunir una fortuna; pero si de aquel muchacho medio salvaje conseguimos hacer un hombre laborioso y honrado, no habremos conseguido poco, y yo, por mi parte, quedaré muy satisfecha -dijo la tía Jo, que no dejaba nunca de defender a las ovejas negras de su rebaño.

-¡Esto está muy bien; mamá está también de parte de Dan! Vale por doce Jacks y por doce Neds, que andan por ahí desesperados por hacerse pronto ricos, y que parece que todo se lo quieren tragar - dijo Teddy entusiasmado, porque le gustaba mucho oír contar a Dan sus aventuras cuando de tiempo en tiempo volvía al pueblo.

-Es posible - dijo Tommy algo pensativo -. Quién sabe si algún día oiremos decir que con un madero y un solo remo se tiró por el Niágara, o que encontró alguna pepita de oro colosal en California.

-¡Algo hará, no se burle usted! -dijo la tía Jo, enfáticamente-. Yo he preferido que mis muchachos conozcan el mundo de esa manera, que no dejarlos abandonados en las grandes

Librodot

ciudades llenas de tentaciones, donde pierden lastimosamente el tiempo, el dinero, la salud y muchas veces la vida. Dan todavía no ha encontrado nada positivo, es verdad; pero es trabajador y constante, y se saldrá al fin con la suya.

-Y de Medio-Brooke, ¿qué se sabe? -preguntó Tommy.

-Por la ciudad anda, de periodista, buscando por todas partes noticias como un desesperado, desde los sermones hasta las apuestas en los matches de box. Ha principiado por esto, pero es aplicado e inteligente, y llegará con el tiempo a ser un buen periodista - dijo la tía Jo en su profético tono; porque ansiaba poder convertir algunos de sus gansos en cisnes.

-"En nombrando al ruin de Roma..." -exclamó Tommy al ver a un joven de buenos colores y ojos castaños que se aproximaba hacia donde ellos estaban, agitando un periódico por encima de su cabeza.

-¡Aquí tienen ustedes su "Diario de la Noche"! ¡Ultima edición! ¡Crimen horroroso! ¡El cajero de un Banco se fuga! ¡Fábrica de pólvora volada, y huelga de los estudiantes de humanidades! -gritó Ted, y corrió a ponerse al lado de su primo con la gracia y presteza de una joven jirafa.

-El comodoro ha entrado, cortará su cable y se marchará en cuanto termine -exclamó Medio Brooke en tono profesional de náutica al leer la buena noticia.

Todos hablaron a la vez durante un momento, y el diario fue pasando de mano en mano, para que todos pudieran ver por su propios ojos la agradable noticia que el "Brenda", procedente de Hamburgo, había entrado en el puerto con toda felicidad.

-Mañana mismo lo tenemos aquí con su colección de curiosidades marinas. Yo lo vi más negro que un grano de café tostado y oliendo a alquitrán, y me dijo que lo habían nombrado segundo piloto porque al otro lo habían desembarcado con una pierna rota - añadió John entusiasmado.

-Tendré que arreglarle yo la pierna -dijo Nan para sus adentros, retorciéndose las manos con aire profesional.

-¿Y qué tal está Franz? -preguntó la señora Jo.

-¡Se va a casar! ¿No lo sabían ustedes? Tía, una buena noticia para usted. El primero del rebaño; así es que ya se puede usted despedir de él. Ella se llama Ludmilla Hildegard Blumenthal; de buena familia, guapa, acomodada, y un ángel, eso desde luego. El muchacho espera el consentimiento de su tío, y en cuanto lo reciba ya lo tenemos convertido en un honrado burgués. ¡Que Dios le depare buena suerte y muchos años de vida!

-Pues no podéis figurares lo mucho que os agradezco la noticia. Porque deseo ver a todos mis muchachos casados cuanto antes con una buena mujer, viviendo tranquilos y felices en una casita bonita y bien arreglada; éstas son todas mis ambiciones -dijo la tía Jo cruzando sus manos con gran contento, con lo que se parecía muchas veces a una gallina distraída con una gran pelada a su cuidado.

-Yo también lo deseo -dijo Tommy, dejando escapar un suspiro y echando a Nan una mirada suplicante de soslayo, que hizo reír mucho a los demás.

-Sí, sí; no conviene que se marchen los jóvenes porque la población femenina, particularmente en Nueva Inglaterra, excede en mucho a la población masculina -contestó John hablando al oído de su madre.

-Una gran provisión, sí; tres o cuatro para cada hombre. Pero vosotros los muchachos sois muy costosos, y conviene que las madres, hermanas, esposas e hijas tengan cariño a sus deberes y los desempeñen bien; de lo contrario desapareceréis de la superficie de la Tierra - dijo Jo con gran solemnidad, mientras tomaba una cesta llena de medias y calcetines rotos.

-Efectivamente, abundando tanto las mujeres como abundamos, debemos consagrarnos muchas a cuidar a los hombres desamparados. Cada día estoy más contenta cuando reflexiono y veo que con mi profesión seré una soltera feliz que podré prestar gran servicio a la humanidad.

El énfasis con que Nan pronunció las últimas palabras hizo suspirar de nuevo a Tommy y reír a la concurrencia.

-Yo estoy orgullosa y muy satisfecha de ti, Nan, y tengo la convicción de que saldrás adelante con tu empresa, y que serás una muchacha utilísima; porque mujeres como tú hacen mucha falta en el mundo. Hay momentos en que creo que yo equivoqué mi vocación; yo debí permanecer soltera; pero, por otro lado, el deber me inclinaba por este camino, y la verdad es que no lo siento -dijo tía Jo, volviendo un calcetín azul muy burdo, de dentro a fuera.

-Ni yo tampoco lo siento. ¿Qué hubiera sido de mí sin mi querida mamá? -añadió Teddy dando un abrazo a su madre, quedando ocultos por un rato detrás del diario en el que había estado absorto un buen rato.

-Mira, hijo mío, si te lavaras las manos con más frecuencia, no serían tus caricias tan desastrosas para mi cuello.

Josie, que había estado estudiando su papel al otro lado de la plaza, principió de pronto a repetir en alta voz el discurso en la tumba de Julieta; los demás, al oírla, aplaudieron, y la pobre muchacha, que no se había dado cuenta de que estaba hablando en voz alta, se asustó al oír el palmoteo. Y Nan murmuró:

-Demasiada excitación cerebral para su edad. -Estoy temiendo que no tendrás más remedio que consentir, Meg. Esta chica es una actriz nata. Tú y yo jamás lo hicimos tan bien cuando representábamos de niñas - dijo tía Jo, arrojando a los pies de la actriz un montón de abigarrados calcetines, a guisa de flores, cuando la vio dejarse caer por tierra con tan elegantes movimientos.

-Es una especie de castigo de Dios, por lo que me gustaban a mí las tablas. Ahora me doy cuenta de lo que experimentaría mamá cuando yo le rogaba que me dejara seguir la carrera del teatro. Tú recuerdas que las tablas eran mi pasión, pero que tuve que abandonar la idea de ser actriz para no disgustar a mamá. Yo no quiero que Josie lo sea, y quién sabe si no tengo que abandonar de nuevo mis esperanzas, mis deseos y mis planes -dijo Meg.

Había tal acento en la voz de su madre, que hizo que John tomara por los hombros a su hermana y le diera un golpecito en la espalda, que equivalía a un "no pienses en hacer esas cosas en público".

Soltó Josie una carcajada, mofándose de su hermano, y tía Jo comentó:

-Los dos formáis una buena pareja de tunantes, pero yo os quiero igual. Pero se necesita una mano fuerte para manejarlos. Josie debería haber sido hija mía, y Rob, tuyo, Meg; así mi casa sería todo paz, y la tuya un loquero. Bueno, ahora debo irme a notificar a Laurie las noticias que tenernos; vente conmigo, Meg, que un paseíto nos vendrá bien.

Y encasquetándose el pajizo de Ted, la tía Jo se marchó con su hermana, dejando a Daisy atendiendo a su bollos, a Ted apaciguando a Josie, y a Tom y Nan dando a sus respectivos pacientes un mal cuarto de hora.

CAPITULO II
EL PARNASO

No habían estado desacertados del todo al dar el nombre de Parnaso al monte donde habían situado la casa, y las musas se hallaban en ella ese día. A medida que iban subiendo los recién llegados, se oían más claramente alegres las voces de los que los saludaban desde arriba. Al pasar por delante de una ventana abierta, vieron la biblioteca, presidida por Clío,

Calíope y Urania; Melpómene y salía se entretenían en el salón, donde algunos jóvenes bailaban y recitaban trozos de una función de teatro. Erato se paseaba por el jardín con su amante, y Febo estaba en la sala de conciertos ensayando un coro.

Nuestro antiguo amigo Laurie era ya un Apolo bastante moderno, pero tan guapo y genial como antes; porque el tiempo había transformado al alegre joven en hombre reposado y distinguido. Los cuidados y aflicciones por un lado, y el bienestar y la felicidad por otro, habían influido poderosamente para que se realizara en él este cambio, así como la responsabilidad de cumplir fielmente la última voluntad de su abuelo. La prosperidad sienta bien a ciertas personas que florecen mejor con los rayos del sol; otras, en cambio, necesitan la sombra, y son más dulces y delicadas al recibir el contacto de la brisa helada. Laurie pertenecía a las primeras, y Amy a las segundas; su vida había sido, desde que se casaron, una especie de poema, no sólo por lo armonioso y feliz, sino por su incesante anhelo de ser útiles a la humanidad, empleando con acierto y saber sus riquezas.

Su casa estaba llena de comodidad, de belleza sin ostentación, donde los aficionados al arte de ambos sexos, y de toda clase, encontraban dónde instruirse. Laurie era ya maestro consumado en música, y generoso patrón de las clases de la sociedad que más deseaba él ayudar. Amy, por otro lado, tenía también sus protegidos entre los jóvenes de aspiraciones en la pintura y escultura, y cada día le gustaba más su arte, a medida que iba creciendo su hija, que despuntaba también en las aficiones maternas.

Sus hermanas ya sabían dónde la encontrarían, así es que Jo se dirigió en seguida al estudio donde madre e hija trabajaban sin levantar cabeza. Bess andaba atareadísima con un busto de un niño, mientras que su madre estaba dando la última mano a la cabeza de su marido. El tiempo no había hecho mella en Amy; al contrario, había ganado mucho, porque redondeó su formas, embelleciéndola más y completando su instrucción artística. Hoy estaba fuerte, hermosota; elegantísima en medio de su gran sencillez en el vestir y en saber llevar los vestidos; hasta el extremo que algunos decían al verla: "No sabemos si lo que la señora Laurence lleva puesto vale mucho o poco, pero sí afirmamos que es la más elegante del salón".

Amy adoraba a su hija, y la verdad es que la muchacha lo merecía; porque, además, de ser una figura angelical, era un modelo de aplicación y de obediencia. Bess había heredado la figura de Diana de su madre: ojos azules, cutis fresco y blanco, elegante y clásica forma. ¡Ah!, olvidaba una cosa; nunca agotaba el manantial de alegrías para su madre. Había sacado la muchacha la nariz y la boca de su padre, fundidas en femenino modelo; y su severa sencillez y elevada talla 1e sentaban admirablemente; trabajaba en aquel momento con la absorción del verdadero artista, sin darse cuenta de las miradas cariñosas que le dirigían los que estaban tan cerca de ella, hasta que su tía Jo exclamó en alta voz:

-Dejad ya, hijas mías, esas tortas de barro, y venid a oír las noticias que os traigo.

Las dos artistas dejaron caer sus herramientas y vitorearon alegremente a la irreprensible mujer que venía a interrumpir su labor. En lo más alegre de la conversación estaban, cuando entró Laurie, a quien Meg había ido a buscar, se sentó entre las hermanas y escuchó con interés las noticias que tenían de Franz y de Emil.

-Nada, nada, que se declaró la epidemia, y va a hacer estragos en el rebaño. Ya puedes prepararte, Jo, para escribir los sucesos extraordinarios que van a ocurrir en los diez años próximos. Tus muchachos van creciendo, y uno tras otro se irán lanzando a esas empresas temerarias y desconocidas -dijo Laurie, que disfrutaba al ver el aire de satisfacción y desesperación que al mismo tiempo se traslucía en la cara de Jo.

-Ya lo sé, ya; pero confío en poder atajar el mal y en hacerlos llegar sanos y salvos a puerto de salvación; pero no deja todo esto de ser una responsabilidad para mí; porque todos insisten en que yo he de ser también la que medie en sus amores y complete su felicidad. Yo

bien lo deseo - siguió diciendo Jo- y Meg hace por su parte lo que puede para que todos estos pobres muchachos sean dichosos.

-Bastante tiene que hacer Amy con ocuparse de los suyos; ya principian algunos a hablarse al oído, y todo esto ya sé yo lo que significa. Yo, como director de música, también soy su confidente

y necesito saber qué aconsejarles -dijo Laurie con mucha gravedad.

-¿Pero no estáis viendo? Aquella muchacha se ha puesto otra vez a trabajar -dijo Jo, mirando en la dirección en que estaba Bess.

-Nada, está visto; ahora se cree en Atenas, y no oye ni una palabra de lo que estamos diciendo. Pero le conviene que salga de aquí, que corra y se distraiga por el campo. Oye, hija mía, deja al niño ése que duerma un rato, y ve a ver a la tía Meg, que está en la sala - dijo Laurie mirando a su altísima hija como Pigmalión debió mirar a Galatea; porque la consideraba como la más hermosa estatua de la casa.

-Sí, papá, pero haz el favor de decirme antes si te gusta esto que estoy haciendo. -Y Bess, obediente, dejó sus herramientas, echando al mismo tiempo una mirada tranquila a su obra.

-Pero, hija de mi alma: en honor a la verdad, siento muchísimo tener que confesarte que tiene un carrillo mucho más abultado que el otro; y que los rizos del pelo que le caen por la frente más se ase-mejan a unos cuernecitos que a rulos; por lo demás, puede rivalizar con los querubines de Rafael, por lo cual me siento verdaderamente orgulloso.

Laurie reía mientras decía todo esto, porque se acordaba de los primeros ensayos que hizo su mujer siendo muchacha, y que resultaban exactamente iguales a los que hacía su hija ahora.

-Tú no encuentras belleza más que en la música, papá -contestó Bess, moviendo su hermosa cabeza de cabellos de oro, que parecía un punto luminoso en la penumbra del estudio.

-Yo encuentro belleza en lo que la tiene; la encuentro en ti, hija mía; y para que tomes un poco más de vigor y se acentúen más tus colores, deseo que saques las manos de ese barro frío, y salgas a correr un poco.

Mientras hablaba así, rodearon su cuello unas manos sucias de barro, y Bess le dijo sonriente, acompañando sus palabras de algunos suaves toques de labios:

-Yo no olvido nunca lo que tú me dices, papá; pero no te puedes figurar los deseos que tengo de poder llegar a hacer algo realmente hermoso, para que estés orgulloso de mí. Mamá ya me dice que no trabaje tanto, pero, ¿qué quieres?, cuando entro aquí me abstraigo de tal modo con el trabajo que no me doy cuenta del tiempo; tan veloz pasa para mí, y tan feliz me encuentro, que olvido que fuera de aquí hay otro mundo más alegre que el estudio. Pero no te apures; ahora mismo voy a correr y cantar, con lo que te daré el gusto.

Y tirando el delantal que llevaba puesto, salió de la habitación, llevándose con ella la luz y la alegría.

-Me alegro que le hayas hablado así, porque esta muchacha le tiene tal afición al estudio, que no saldría de aquí en todo el santo día; algo de culpa tengo yo, pues me resulta tan simpático este trabajo, que muchas veces me olvido de echarla fuera -dijo Amy dando un suspiro, mientras cubría con una toalla mojada el muñeco de barro que modelaba Bess.

-Yo creo que esta ambición de nuestros hijos, este vehemente deseo de ser algo, es una de las cosas más hermosas de la vida; pero recuerdo muy bien, como si lo estuviera oyendo, lo que una vez le dijo mamá a Meg; los padres deberían repartirse la educación de los hijos y de las hijas; así es -dijo Amy- que yo procuraré que Bess deje el barro, y tú te cuidarás de inclinar a los chicos a lo que conviene que sigan.

-Sí, pero resultará una cosa: que cada uno los inclinaremos a lo que a nosotros nos gusta; tú tienes tus chifladuras por la pintura y la escultura, y desearías que todos fueran pintores y escultores, y yo, en cambio, la tengo por la música; así es que lo mejor es que cada uno siga

sus inclinaciones -dijo Laurie sonriéndose, después de meditar un momento la proposición de su mujer.

-No, lo que podéis hacer es repartiros a vuestra hija entre los dos, y cada uno procurar sacar el mejor partido posible de la parte que le toque -dijo Jo de pronto, con su acostumbrada jovialidad.

-Así lo haremos - contestaron los esposos riéndose al recordar lo que la proposición de Jo les traía a la memoria.

-¡Cuidado, que nos divertíamos de chicas en las ramas del añoso manzano! No ha habido después ningún caballo real que me haya proporcionado la alegría ni el ejercicio gimnástico que me proporcionaron las ramas del manzano, que nos las queríamos dividir para montar siempre en las mismas -dijo Amy asomándose a la ventana para contemplar el antiguo jardín de su casa y ver a las muchachas jugando en él.

-¡Y lo que nos reíamos con aquellas botazas que yo me ponía para subir al árbol! - dijo Jo, recordando con alegría sus travesuras de chica -. Las muchachas han acabado de romperlas.

-Sí, pero de lo que más me acuerdo, y con lo que más me reía yo, era con aquel célebre calentador de hierro. ¡Vaya unos demonios que éramos todos! -dijo Laurie mirando a las dos mujeres, como no queriendo creer que una fuera la delicada Amy, y la otra la traviesa y revolucionaria Jo.

-Oye, milord; no vayas a decir ahora que nos hemos puesto viejas. No hemos hecho más que florecer; y si no, fíjate en el hermoso ramillete que formamos todos juntos -dijo Amy tomándose las faldas de muselina rosa de su vestido y haciendo un gracioso saludo.

-Espinas, flores, hojas muertas; de todo ha habido -añadió Jo pensativa-; y ahora mismo también tengo mis preocupaciones fuera y dentro.

-Bueno, queridas viejecitas, dejemos eso, y vamos ahora mismo a tomar una buena taza de té, que lo pasado, pasado está -dijo Laurie, ofreciendo un brazo a cada una de las hermanas, y marchándose con ellas a tomar el té de la tarde, cuyo aroma se había esparcido ya por las habitaciones del Parnaso.

Encontraron a Meg en la sala de verano, que en aquel momento estaba inundada del sol de la tarde, mezclado con la armonía que producía el viento en las ramas de los álamos cercanos, porque las tres grandes ventanas de esta habitación daban al jardín. La sala de música estaba en un extremo, y en el otro hallábase la sala principal con hermosas cortinas de buenas telas, y donde se veía una gran urna y tres retratos colgados de las paredes; dos bustos de mármol en los rincones, una mesa ovalada con algunos objetos de adorno, y un sofá componían el moblaje de la habitación. Los bustos eran de Juan Brooke el uno, y de Beth el otro, los dos obra de Amy, y bastante buenos por cierto, llenos de esa plácida belleza que recuerda aquel dicho de que "el barro representa la vida; el yeso, la muerte; y el mármol, la inmortalidad". El retrato de la derecha era del señor Laurence, en cuya expresión se veía mezclada la altivez con la benevolencia; tan fresco y atractivo como cuando en vida sorprendió a la muchacha contemplándolo. Frente a este retrato estaba el de la tía March, que había sido regalado a Amy, con un adorno en la cabeza muy extraño, y con un vestido de mangas anchísimas y mitones largos. En el sitio de honor estaba el retrato de "mamá" pintado con cariño y habilidad por un gran artista, a quien ella protegió y sacó de la oscuridad. Tan sonriente y natural estaba, que parecía hallarse diciendo a sus hijas: "Sed dichosas, hijas mías; aun estoy entre vosotras".

Las tres hermanas guardaron silencio un momento, mientras contemplaban enternecidas aquella figura tan querida de su madre, que tanto había hecho por ellas, y que nadie podía substituirla. Laurie interrumpió el silencio diciendo:

-No le pido a Dios otra cosa para mi hija, sino que llegue a ser como vuestra madre, como esta santa mujer, y lo será, porque lo mejor que yo tengo se lo debo a ella, a sus buenos consejos; y yo educaré a mis hijos como ella educó a los suyos.

En aquel momento se oyó una voz juvenil que cantaba un "Ave María" en la sala de música. Era la obediente Bess, que no olvidaba nunca el encargo de su padre; todas las tardes principiaba a tocarla para que acudieran los demás a acompañarla, como se había hecho siempre en casa de su abuelita. Terminada el "Ave María", pasaron todos a tomar el té.

Nat y John llegaron juntos, seguidos de Teddy y Josie; el profesor venía detrás con su fiel Rob, todos ansiosos de saber noticias de las "chicas". El sol iba desapareciendo por detrás de las montañas vecinas, cuando aquella numerosa familia se sentaba alegre a la mesa, hablando casi todos a la vez.

Los cabellos del profesor Bhaer, antes tan negros, se habían vuelto grises; pero seguía tan robusto y tan genial como siempre; porque se ocupaba en lo que a él le gustaba, y lo que sentía, más que con cariño, con verdadero amor. Roberto se parecía mucho a él, en todo lo que un muchacho de su edad puede parecerse a un hombre; y ya le llamaban "el joven profesor", porque no se cansaba de estudiar, siguiendo el ejemplo de su padre.

-Bien, queridos míos -dijo el profesor sentándose al lado de Jo, con la cara de satisfacción y alegría de siempre-. ¡Conque tendremos hoy otra vez algunos de nuestros chicos con nosotros!

-Oye, Fritz, te participo que estoy muy contenta de Emil, y si tú lo apruebas, también lo estaré de Franz. ¿Conoces a Ludmilla?, ¿no te parece que es un enlace muy acertado? -preguntó la tía Jo alargando a su marido una taza de té, y acercándose un poco más a él, como si buscase allí su refugio lo mismo en las alegrías que en los pesares.

-Sí, todo va admirablemente; conozco a la muchacha y a su familia. Los Blumenthal son alemanes como yo; así quedará más unida la patria vieja con la nueva. Franz será feliz.

-Pues mira, Emil será segundo piloto en el viaje próximo; ¿no te parece hermoso todo esto? Yo estoy contentísima porque veo que todos nuestros chicos se irán colocando, y todos serán felices - dijo Jo, poniendo una mano sobre la de su marido con tanta dulzura y cariño, que parecía que habían vuelto de pronto a la época del noviazgo.

El profesor se sonrió y principió a hablarle al oído, tapándose con el abanico de ella.

-Si yo no hubiese venido a América, nunca hubiera encontrado a mi queridísima Jo; los tiempos duros pasaron, la bendición de Dios nos ha alcanzado y la vida me es dulcísima a tu lado.

-¡Preparen las cucharas, que se están haciendo el amor aquí! -gritó Teddy, poniéndose de pie en la silla, en el momento más interesante, con gran turbación de su madre y con gran alegría de su padre; porque el profesor no se avergonzaba nunca de pregonar que seguía considerando a su mujer como el ser más querido del mundo. Rob corrió por otro lado a ver qué pasaba detrás del abanico, 'mientras que la señora Jo lo cerraba y se preparaba a pegar con él en los nudillos de los muchachos importunos.

A una señal del señor Bhaer, se acercó Nat a los esposos y esperó de pie, con la cara llena de satisfacción placentera debido al gran cariño que sentía por aquel hombre superior que tanto había hecho por él.

-Aquí tengo las cartas de recomendación para ti, hijo mío. Todas ellas son para antiguos amigos míos de Leipzig, que te ayudarán en todo lo que puedan en tu nueva vida. Tórnalas, y no te aflijas, Nat -dijo el profesor entregándoselas.

-Muchísimas gracias, señor. No puedo por menos de afligirme, porque ahora, sin ustedes, estaré muy solo en el mundo, hasta que no adquiera relaciones y me abra paso con la música -contestó Nat con vacilante voz, al pensar que tenía que separarse de aquellos amigos tan bondadosos.

Nat era ya un hombre; pero sus ojos azules seguían siendo tan modestos y humildes como antes, aunque su frente se había desarrollado mucho y en ella se podía leer la gran afición que el joven sentía por la música. Por su modestia, por su afección y obediencia, lo consideraba la tía Jo como un hombrecito agradable, aunque siempre creyó que no llegaría nunca a ser gran

cosa. Lo quería mucho y estaba persuadida de que el muchacho haría cuanto pudiera por adelantar en su arte.

-Mira, Nat, he marcado todas las prendas de ropa; mejor dicho, las ha marcado Daisy, y tan pronto como reúnas todos tus libros, volveremos a echar una mirada a tu baúl -dijo Jo con mucha naturalidad, porque ya se había acostumbrado a despachar a sus muchachos para cualquier punto del globo.

Nat se puso muy encarnado cuando oyó pronunciar aquel nombre, y sintió que el corazón le latía muy de prisa, pero al mismo tiempo sentía gran alegría al pensar que Daisy, aquella joven a quien él tanto quería, había estado repasando y marcando sus pobres calcetines. Con cuánto ardor y entusiasmo pensaba él trabajar en la música para obtener una posición y para ganar también, para toda la vida, a aquel ángel queridísimo. Tía Jo sabía todo esto, y aunque no era él el hombre que hubiera ella escogido de buena gana para

su sobrina, comprendía, por otra parte, que acaso pudieran llegar a ser los dos muy felices, queriéndose como se querían.

-¡Platón y sus discípulos vienen! -anunció irreverentemente Teddy, al entrar el señor March rodeado de varios jóvenes y señoritas; porque el venerable anciano era universalmente querido de todo el mundo.

Bess corrió a su encuentro, porque desde que había muerto la abuela, ponía la muchacha sus cinco sentidos en cuidar al abuelo, y era un encanto el ver aquella cabeza de cabello dorado acercarse con alegría a besar al que ya lo tenía muy blanco.

-Abuelito, te voy a dar ahora mismo una buena taza de té -dijo Bess, y Laurie a la vez le preguntó si deseaba bizcochos o galletas.

-Ni una cosa ni otra, hijo mío; tomaré esto -y el señor March tomó el vaso de leche que le alargaba Bess.

Josie entró en aquel momento muy acalorada, seguida de Teddy, que venía haciendo muecas detrás de ella, porque los dos acababan de tener una gran discusión.

-Oye, abuelito, ¿tienen las mujeres que obedecer siempre a los hombres y decir que son los más sabios porque son los más fuertes? -preguntó Josie, que estaba furiosa con su primo, que seguía mirándola con una sonrisa provocativa.

-Yo te diré, hija mía; esto es una costumbre antiquísima, y creo que aun ha de transcurrir mucho tiempo antes de que haya un cambio en este sentido. Sin embargo, el momento, si no ha llegado, se aproxima para vosotras; y mucho tendrán los muchachos que correr si no quieren quedarse atrás, porque hoy ya se puede decir que las mujeres estáis en primera fila - contestó el señor March observando con paternal satisfacción las brillantes caritas de aquellas jóvenes que eran las mejores estudiantes del colegio.

-S í, sí; yo no se por qué mi cerebro no ha de ser tan bueno, aunque sea más pequeño, que el de ese monigote que siempre se está riendo de mí -dijo la enojada Josie sacudiendo su cabecita.

-Pero, mira; no sacudas la cabeza con tanta fuerza, porque entonces será fácil que se esterilice ese cerebro - dijo socarronamente el atormentador Teddy.

-¿Qué es lo que ha motivado esta guerra civil entre vosotros? -preguntó el abuelo acentuando bien las últimas palabras.

-Estábamos leyendo juntos la "Ilíada" -principió diciendo Teddy- y llegamos a aquella parte en que Ceo le dice a Juno que no intente averiguar sus planes porque si lo hace le pegará de veras, y ésta se ha enfurecido porque Juno obedeció; yo he dicho que todo estaba muy bien y que las mujeres saben muy poco de esas cosas y deben siempre obedecer a los hombres.

-Las diosas pueden hacer lo que quieran, para que lo sepas tú; y aquellas mujeres griegas y troyanas no necesitaban a los hombres para combatir; y ya sabes lo que hicieron Palas, Venus y Juno - contestó Josie muy decidida.

-No dices más que disparates -contestó Teddy-; así sois todas las mujeres; con tal de hablar, no os importa decir las mayores tonterías del mundo.

-Así me gusta -dijo el tío Laurice tomando una actitud guerrera; vosotros dos pelearéis como troyanos y nosotros veremos quién gana la batalla.

-Lo mejor es que dejéis esa actitud hostil porque va a bajar Palas y se llevará a Héctor -dijo el señor March sonriéndose, al entrar Jo avisando que esperaba la cena.

-Seguiremos batiéndonos en otra ocasión, cuando no haya diosas que intervengan en nuestra contienda -dijo Teddy con alegría, al recordar que habían llamado para cenar.

-¡Qué vergüenza! Confiesa que has sido vencido por una niña -gritó Josie corriendo detrás de él.

En el momento en que se dirigían al comedor apareció en la puerta principal un hombre vestido con un terno azul, que entraba diciendo en alta voz:

-¿Pero dónde está esta familia? ¿Dónde están ustedes?

-¡Emil! ¡Emil! ¿Eres tú? -exclamó Josie, y en un momento se vio el recién llegado rodeado de los pequeños, terminando la riña de Josie y Teddy para saludar al visitante.

Entró éste con ellos en la habitación donde estaban los mayores, besó en seguida a todas las mujeres y dio la mano a los hombres, menos a su tío, al que dio un abrazo a la usanza alemana.

-No creí poder venir hoy -comenzó diciendo el recién llegado-; pero por fin pude desembarcar, y al momento tomé rumbo hacia el viejo Plum; pero como no se veía un alma por las calles, "orcé" al momento y "enfilé" la "proa" al Parnaso; y aquí me tienen ustedes contentísimo de verlos buenos y alegres -exclamó el joven marino, haciendo un saludo general con la cabeza y permaneciendo con los pies separados como si estuviera sobre la cubierta del buque.

-Oye, Emil, ¿sabes que me gusta mucho el olor que echas a brea? ... Habla siempre en términos náuticos porque las demás palabras no te pegan -dijo Josie, acercándose más y aspirando el olor de sus ropas con alegría.

-Basta, basta ya; que ya sé lo que queréis vosotros; dejadme "sondear" primero -dijo Emil sonriendo, al comprender las interesadas caricias de los pequeños, a quienes alejaba con una mano, mientras que con la otra levantaba en el aire los paquetes que traía-. Mira, esto para ti, Josie -le dijo, colgándole al cuello un collar muy bonito de coral encarnado-. A Bess le traigo esta colección de conchas; y he creído que a Daisy le gustaría un violín -dijo el marinero, riéndose al entregarle un broche en forma de violín-. Este animalucho -siguió diciendo Emil, mostrando una cabeza de oso., que se abrió y apareció un tintero -es para la tía Jo.

-¡Muy bien, comodoro, muy bien! Sigue trayéndome cosas -dijo la señora Jo con tanta alegría, que hizo reír al profesor, el cual dijo "que con aquel tintero y su talento podría producir obras como las de Shakespeare".

-Como a tía Meg le gusta tanto usar cofia, le rogué a Ludmilla que me buscara un trozo de encaje. Espero que te gustará. -Y sacó de un paquete de papel de seda unas cosas vaporosas que, puestas sobre la cabeza de Meg, parecían nidos de copos de nieve -. No pude hallar nada lo suficientemente elegante para tía Amy, pues ya tiene todo lo que necesita -siguió diciendo Emil-; por eso le traje esta miniatura que se parece a Bess cuando era un bebé. -Y le entregó un medallón de marfil que tenía pintada una "madonna" de cabellos dorados, teniendo sobre el manto azul de su regazo una criatura rosada.

-¡Qué maravilla! -gritó todo el mundo. Y tía Amy en seguida se la puso al cuello, colgando de la cinta azul que llevaba Bess en el pelo, encantada con el obsequio, pues le recordaba los tiempos más felices de su vida.

-Ahora les diré que me alabo de haber encontrado justamente lo que necesitaba para Nan; es un objeto bien definido aunque no vistoso, una especie de adorno muy apropiado para un

médico -dijo Emil mientras extraía un par de pendientes para orejas hechos en lava y que figuraban una calavera.

-¡Qué horror! -exclamó Bess, que aborrecía las cosas desagradables.

-¡Pero si Nan jamás quiso usar pendientes! -comentó Josie.

-No importa, se divertirá pinchándote a ti las orejas con ellos. Ya sabes que nunca es tan feliz como cuando puede torturar a sus semejantes con un instrumento de cirugía -respondió Emil, imperturbable-. Para ustedes, muchachos -continuó-, tengo el botín en el baúl; pero sabía que no tendría paz hasta que no hubiera desembarcado el cargamento para las mujeres. Ahora, cuéntenme todas las noticias.

Y sentado sobre la chapa de mármol de la mejor mesa de Amy, el marinero habló a razón de diez nudos por hora, hasta que la tía Jo condujo a todos al gran té familiar preparado en honor del "comodoro".

CAPITULO III
LOS ULTIMOS APUROS DE TIA JO

Muchas y variadas fueron las sorpresas que la familia March había experimentado en el transcurso de su vida; pero la mayor, la que podemos llamar colosal, fue la que les proporcionó el Ugly Ducklling (la fea anadeja), que resultó no un cisne, sino una oca de oro, cuyos huevos literarios encontraron un mercado tan inesperado, que los sueños que en diez años de trabajo salvaje había venido acariciando Jo habían resultado realidad positiva. Ella misma no sabía explicarse, ni llegó a explicárselo nunca, cómo se operó este milagro; pero lo cierto es que de la noche a la mañana se encontró con que era una mujer célebre, y lo mejor todavía, se vio con el bolsillo bien repleto de dinero, que la sacaba de aprietos y le permitía asegurar el porvenir de sus muchachos.

Había abierto el colegio en mal año; todo iba mal en Plumfield; los negocios estaban paralizados, la gente emigraba, abundaban las enfermedades y hasta Jo estuvo mucho tiempo enferma. Laurie y Amy se encontraban viajando por el extranjero, y los Bhaers eran muy orgullosos para pedir protección a nadie. Obligada a permanecer recluída en su cuarto, Jo se desesperaba al ver la estrechez y penuria en que se veían, hasta que, ya cansada de cavilar, comprendió que la única salvación era recurrir a la pluma. Precisamente conocía a un editor que necesitaba un libro para señoritas, y sin perder momento empezó a emborronar cuartillas, relatando en ellas algunas escenas y aventuras de su vida, y de sus hermanas, por más que su fuerte eran los chicos; por eso, cuando las envió al editor, una vez terminadas, tenía pocas esperanzas de éxito.

Pero a Jo le pasaba siempre lo contrario de lo que ella esperaba. En el primer libro que escribió había trabajado años enteros, y creía que se iba a hacer rica con él. En total no le produjo más que unos cientos de dólares; y en cambio, aquel libro escrito de prisa y en el que no confiaba gran cosa, le produjo una pequeña fortuna y le dio mucha gloria.

Con lo de la gloria era con lo que ella no estaba muy conforme, porque decía que aquello no era más que un poco de fama; porque para alcanzar gloria se necesitaba hoy día encontrar un gran fuego que produjera gran cantidad de humo; pero el dinero le venía muy bien porque con él resolvía un problema cuya solución no veía antes por ningún lado.

La felicidad era completa; aquella mujer tan trabajadora volvía a la vida, sus sueños de muchos años quedaban realizados; su madre, "su viejecita", como ella le llamaba, podía ya

estar tranquila y pasar con comodidad los años que le quedaran de vida; Dios la había oído y premiado su laboriosidad.

Pero todas las cosas tienen en este pícaro mundo sus ventajas y sus desventajas, y después de pasadas las primeras impresiones de alegría, principió Jo a cansarse del renombre, porque esto la privaba de la libertad que ella tanto quería. El público admirador se apoderó en seguida de ella, y de todos sus asuntos, pasados, presentes y venideros. Gente desconocida venía a cada momento a veda para importunarla con sus preguntas, consejos, felicitaciones y, advertencias. No sabía, además, cómo arreglárselas para contestar la enormidad de cartas que recibía a diario, porque, corno pensaba ella, si dejaba de cumplir con la parte principal del público admirador, pronto vendría la crítica a echar por tierra, el pedestal literario en que la querían colocar.

Hizo cuanto pudo por los muchachos, que era el público para quien ella escribía. ¡Más novelas! ¡Más novelas de este género!, le pedían en las cartas; y tanto y tanto llegó a trabajar, que su salud principió a resentirse, porque ella no atendía las cordiales amonestaciones de su familia. Has hubo un momento en que el león se convirtió en un animal más pacífico, retirándose a su caverna, gruñendo. Su familia se alegró mucho al ver esta decisión, que ella consideraba corno el más grande contratiempo de su vida, porque!?, libertad había sido siempre lo que más había ambicionado, y ahora veía que se iba alejando de ella muy de prisa. Consideraba que había hecho lo que humanamente podía jura hacer cumplir con toda la demanda de autógrafos fotografías y bosquejos biográficos de su vida, que a aquellas horas andaban rodando por iodo el continente americano; porque los artistas k, habían sorprendido en su casa bajo todos los aspectos que podían sorprenderla, y los reporteros la habían acosado también, sin importarles una pizca el ceño con que muchas veces los recibía, y los chicos de los colegios precedidos por su profesores habían devastado su jardín llevándose las plantas como trofeos, y una continua corriente de entusiastas peregrinos había entrado continuamente por las puertas de su casa, soportándolo ella todo con santa resignación.

Para que el lector se forme una idea exacta de lo mucho que mortificaban a esta pobre señora con la demanda de los dichosos autógrafos y otras cosas referentes a su vida, puede leer lo siguiente, porque es exacto:

-Debía de haber una ley que protegiera a los desgraciados autores -dijo Jo una mañana, poco después de la llegada de Emil, al entrar el cartero con un manojo enorme de cartas, como las que le venía trayendo hacía ya algún tiempo-. Esto sería para mí mucho más vital que el derecho de propiedad literaria internacional, porque el tiempo es oro, paz y salud, y yo lo estoy perdiendo todo con tener que atender a toda esta correspondencia, so pena de abandonarlo todo y meterme en un bosque donde no puedan dar conmigo, porque ni en la libre América puede una ya tener libertad.

-El oficio de cazador de leones es horrible, particularmente en los momentos críticos en que no se puede encontrar un sitio seguro donde refugiarse -dijo Teddy asintiendo a lo que decía su madre, que acababa de leer doce cartas en las que les pedían, con repetidos ruegos, otros tantos autógrafos -; pero esto va resultando ya peor.

-No; pues hay que tornar una resolución -dijo la tía Jo con gran firmeza -, y yo la tomo desde este momento: es no contestar a ninguna de estas cartas. A este muchacho que me escribe, le he mandado lo menos seis -siguió diciendo, enseñando la carta que tenía en sus manos-, y las querrá probablemente para venderlas. Esta señorita me escribe desde un colegio, y si le contesto me escribirán también todas sus compañeras; así es que todas estas cartas van al canasto y así se acaba más pronto.

-Mira, mamá; yo abriré y te iré leyendo las cartas - dijo cariñosamente Rob -, y tú puedes tomar el desayuno tranquilamente, Mira, ésta viene de América del Sur y dice lo siguiente:

"Señora: Como el cielo ha premiado sus esfuerzos concediéndole una gran fortuna, no vacilo en escribirle para suplicarle me remita los fondos necesarios para comprar un servicio

de comunión para una iglesia que estamos construyendo en ésta. Sea cual fuere la religión que usted profese, no dudo que responderá con liberalidad tratándose de una obra de esta clase. Su muy atenta, M. X. Zavier."

-Envíale una negativa muy atenta, hijo mía, diciéndole que todo lo que tengo lo necesito para vestir y alimentar a los numerosos pobres que constantemente llaman a mi puerta. Sigue, hijo, sigue -añadió, echando una mirada de gratitud a su alrededor.

-Un joven, literato novel, te propone que si quieres poner tu nombre en una novela que tiene escrita; después que se venda la primera edición quitará tu nombre y pondrá el suyo. Esto no te conviene, mamá; yo creo que no aceptarás una proposición semejante, a pesar de tu gran deseo de proteger a los escritores principiantes.

-Desde luego que no; dale las gracias y dile que haga el obsequio de no mandar el manuscrito; que tengo siete entre manos en este momento y que apenas si tengo tiempo de leer lo que yo misma escribo -dijo la tía Jo algo distraída, tomando una carta que había en el borde de la mesa y abriéndola con mucho cuidado porque por la letra del sobre comprendía que debía ser de alguna niña.

-A ésta contestaré yo misma. Una pobre niña enferma que me pide un libro para poder pasar algún rato distraída; ya lo creo que lo tendrá. ¿Qué viene ahora, Rob?

-Esta es corta y muy bonita: "Querida señora Bhaer: No voy a dar a usted mi opinión de sus obras. Todas las he leído varias veces y las encuentro de primera. Siga usted escribiendo. Su admirador, Billy Babcock."

-Esto no me disgusta; Billy es un hombre de sentido común y excelente crítico, desde el momento que ha leído mis obras varias veces antes de expresar su opinión. Como no pide contestación, escríbele dándole las gracias y expresándole mi agradecimiento.

-Una señora de Inglaterra que tiene siete hijas y te pide tu parecer respecto a su educación y a lo que se podrán dedicar. Dice que la mayor tiene doce años. No me extraña que esté tan aburrida -dijo Rob, riéndose.

-Bueno, ya le contestaré; pero el caso es que como yo no tengo hijas, acaso le choque si le digo que las deje libres que corran y salten para que se desarrollen y tengan buenos colores.

-Aquí hay un prójimo que te pregunta con qué clase de muchacha te parece a ti que debe casarse, y si conoces tú alguna como las que pintas en tus novelas.

-Mándale las señas de Nan, y ya veremos cómo se las arregla con ella -dijo Teddy, desposo de ayudar en algo.

-Esta es de una señora que desearía que adoptaras a su hijo y que se lo enviaras al extranjero por tu cuenta a estudiar bellas artes unos cuantos años. Más vale que lo instruyas tú, mamá.

-No, muchas gracias; prefiero seguir con lo mío, y tengo bastante.

Con lo arriba transcrito se habrá ya el lector formado idea de lo muy atareada que andaba la tía Jo y de lo disculpable que es el que no contestara a tantas y tan diversas peticiones.

-Bueno, ya hemos terminado. Ahora voy a sacudir un poco el polvo y a seguir con mi tarea de escribir, que ando bastante atrasadita. No quiero ver a nadie, ya lo sabes; ni a la reina Victoria que venga en persona la recibo -. Y al decir esto se quitó la señora Bhaer con energía el delantal, como si quisiera desafiar a la creación entera.

-Sí, hijita -contestó su marido, que había estado todo este tiempo callado y dedicado a su correspondencia particular-; hoy creo que tendrás un buen día. Yo comeré en el colegio con el profesor Plock, que vendrá a visitarnos; los muchachos tomarán el "lunch" en el Parnaso, y tú tendrás un día muy tranquilo-. Y dicho esto, besó el profesor a su mujer y salió de casa con los bolsillos llenos de libros y el saco de mano lleno de piedras para dar a los chicos clase de geología.

-Si todas las mujeres literatas tuvieran maridos tan buenos y atentos como el mío, a buen seguro que escribirían más y mejor de lo que lo hacen -dijo la tía Jo saludando a su marido

desde la ventana, con la pluma en la mano, a cuyos saludos contestaba el otro con el paraguas desde la avenida. Rob se marchó al rato para el colegio, asemejándose algo a su padre, en lo cargado que iba de libros, y en sus anchas espaldas, tirando a su madre un beso, que la hizo reír y decir al mismo tiempo:

-¡Que Dios los bendiga! Son unos ángeles. Emil se había ya marchado al barco y Teddy andaba buscando por la casa alguna cosa que le hacía falta.

Jo tenía la costumbre de arreglar ella misma la sala y dar el último toque a las cosas principales de la casa para dejarlo todo listo durante el día. Al ir a correr las cortinas de una de las ventanas, vio a un artista que desde el jardincito de entrada sacaba un croquis, y que pronunció algunas palabras por lo bajo al retirarse ella de la ventana precipitadamente.

En aquel momento se oyó el ruido de un coche que se detenía a la puerta, y a los dos segundos sonaba la campanilla.

-Yo lo recibiré, mamá; yo lo recibiré -dijo Teddy arreglándose con la mano el pelo como si fuera a entrar en el teatro.

-No quiero recibir a nadie; haz de manera que yo pueda escapar de aquí - dijo por lo bajo la tía

Jo preparándose a subir la escalera. Pero antes de que tuviera tiempo de dar un paso, se presentó un señor en la puerta con una tarjeta en la mano. Teddy arrugó el entrecejo y su madre se escondió detrás de la cortina.

-Estoy escribiendo una serie de artículos para el "Tattler", y antes de venir aquí he ido a ver al señor Bhaer -principió diciendo el recién llegado en el tono insinuante de los de su oficio, mientras que con la vista andaba ya tomando nota de todo lo que podía, porque la experiencia le había enseñado que tenía que aprovechar los instantes, ya que sus visitas tenían que ser siempre muy cortas.

-La señora Bhaer no recibe a los reporteros.

-Si yo no pido más que un momento, dos segundos - contestó el hombre, girando para entrar de lado.

-Usted no la verá porque no está en casa -contestó Teddy, volviéndose para ver si su desventurada mamá había salido ya de detrás de la cortina.

-¡Cuánto lo siento! Volveré otra vez ¿Es éste su estudio? ¡Qué hermosa habitación!

Y el intruso siguió entrando y examinando con mucho descaro los objetos de la sala.

-No, señor, no; ya le he dicho a usted que no está -dijo Teddy suavemente, pero con firmeza, volviéndose otra vez, en la confianza de que su

madre habría podido escapar por el ángulo de la habitación.

-Si pudiera usted decirme dos palabras, sólo dos palabras respecto a la edad y lugar de nacimiento de la señora Bhaer, la fecha de su casamiento y los hijos que tiene, le quedaré a usted sumamente agradecido -continuó diciendo con descaro el visitante.

-Tiene unos sesenta años, nació en Nueva Zembla, se casó precisamente hoy hace cuarenta años y tiene once hijos. ¿Desea usted algo más, señor mío?

Y la severa cara de Teddy formaba tan burlesco contraste con su ridícula contestación, que hizo reír al reportero, quien se retiró en el momento en que entraba en la casa una señora seguida de tres muchachas muy peripuestas.

-Venimos de Oshkosh y no nos marcharemos sin ver a la querida tía Jo. Mis chicas son grandes admiradoras de sus obras y desean verla. Comprendo que es muy temprano para hacer visitas, pero tenemos que ver a Holmes y a Longfelees y otras celebridades, así es que no podemos perder tiempo y hemos venido aquí primeramente. Tenga usted la bondad de decirle que soy la señora Erastus Kinsbury Parmalee, de Oshkosh, y que no me importa esperar si es que no está arreglada para recibir; nos entretendremos mientras en mirar estas preciosidades.

Todo esto fue dicho con tal rapidez, que Teddy se quedó sin entender la mitad de las palabras, permaneciendo con los ojos muy abiertos mirando como atontado a las muchachas sin darse cuenta exacta de nada.

-La señora Bhaer no está hoy visible; creo que acaba de salir; pero pueden ustedes entretenerse si quieren en mirar lo que hay por aquí y luego pueden salir al jardín - dijo el muchacho volviéndoles la espalda, porque una de ellas lo miraba con mucha insistencia.

-¡Muchísimas gracias! ¡Qué cosas más hermosas habrá por aquí! Aquí es donde escribe ella, no es verdad? Ese será su retrato. ¡Lo mismo, lo mismo me la había imaginado yo!

Las señoras se habían detenido delante de un retrato de la señora Norton, que estaba con la pluma en la mano en actitud de escribir. Teddy hizo un esfuerzo para mantener la seriedad y señaló un mal retrato de tía Jo quo colgaba detrás de la puerta.

-Este retrato lo pintó mi tía, poro es bastante malito -dijo él al ver el desaliento de las muchachas, que en aquel momento seguramente luchaban entre lo real y lo imaginario. La más joven de ellas no tendría unos doce años, y no pudo ocultar su contrariedad, volviéndose de pronto, sintiendo tal vez como muchos de nosotros hemos sentido cuando descubrimos que nuestros ídolos son hombres mujeres como los demás.

-Pero si yo creía que tenía unos dieciséis años y que llevaba el pelo partido y las trenzas colgando -dijo la muchacha dirigiéndose a la puerta de. calle, dejando a sus hermanas y a su madre para que las disculpara y para quo dijeran que aunque el retrato era malo, no por eso era menos admirado y querido.

-Vamos, vamos, quo tenemos que hacer mucho si hemos de acabar hoy -siguió diciendo la muchacha desilusionada desde la puerta-. Dejad los álbumes para que la señora Bhaer escriba un pensamiento, y usted, joven, puede decirle que sentimos mucho no haberla visto.

-Ya que la señora está fuera, déjenos usted echar una miradita a su estudio -dijo la entusiasta mamá, al ver en otra habitación a una mujer de mediana edad con un pañuelo atado a la cabeza quitando el polvo a los muebles-. Como ya hemos visto el retrato, aunque no la veamos a ella no importa -siguió diciendo mientras se iba metiendo para adentro.

-¡Caramba, ya la han visto! -dijo Teddy con cómico desmayo-. Y como han visto el retrato no puedo decir que no es ella.

-Niñas, éste es el sitio donde ella escribe esos cuentos tan admirables y morales que nos llegan al alma. Si usted me permitiera tomar un pedacito de papel, un sobre, una pluma, cualquier cosa de lo que ella haya tocado, se lo agradecería a usted muchísimo - dijo la buena mujer a Teddy en tono de humilde súplica.

La muchacha mayor se había fijado mientras en la mujer que quitaba el polvo a los muebles, y tocando a su madre en el brazo le dijo por lo bajo:

-¡Esta es, mamá; ésta es la señora Bhaer! ¡Yo lo sé, yo lo sé!

-¿Es ella? ¡Ah, sí! Es la misma. Señora, perdónenos usted; ya vemos que está usted muy ocupada; déjenos usted estrechar su mano y nos marchamos ahora mismo.

Al verse descubierta, tía Jo se volvió y le presentó su mano como el que presenta una bandeja, resignándose a lo que viniera.

-Señora -siguió diciendo la madre de las muchachas -, si algún día viene usted a Oshkosh no pisarán sus pies el pavimento de las calles, porque las recorrerá usted en los brazos de sus habitantes.

Jo resolvió mentalmente no visitar aquella efusiva ciudad, y contestó lo más cordialmente que pudo, y después de escribir su nombre en los álbumes las besó a todas, entregándoles un recuerdo, y se marcharon a visitar a Longfelees, Holmes y otras celebridades, que estarían todas fuera de sus casas seguramente.

-Oye, bribón, ¿por qué no me has dado tiempo para que me pudiera escabullir? ¡Qué de mentiras, Dios eterno, has dicho a aquel hombre! No sé qué va a ser de nosotros.

Y la tía Jo colgó el delantal dando un suspiro.

-¡Por la avenida viene hacia aquí la mar de gente! ¡Más vale que te escondas con tiempo! ¡Yo los recibiré a todos! -exclamó Teddy, mirando desde la ventana.

Tía Jo escapó escaleras arriba, y después de cerrar la puerta por dentro se asomó a la ventana y vio con espanto que se acercaba a su casa todo un colegio de chicos precedidos de sus profesores. Algunos de los primeros se habían ya desbandado y estaban cortando las flores de los "parterres" del jardín exterior de la finca y abriendo sus paquetes para merendar allí.

Siguieron unas horas de calina, hasta que volvió Rob jadeante del colegio con la noticia de que los colegiales del "Young Men's Christian Union" visitarían el colegio, y tres o cuatro de ellos llegarían en comisión para presentarle sus respetos de admiración.

-Sí, pero como va a caer una chaparrón de los buenos, a juzgar por lo oscuro que se va poniendo, no vendrán y me dejarán tranquila -contestó la tía Jo a su hijo, confiando en que la lluvia la salvaría-. Sin embargo -continuó diciendo-, lo mejor es que estés a la expectativa y me avises cuando los veas venir.

El chaparrón vino, como ella esperaba, y entonces, más confiada, se puso a sus anchas, quitándose algunas prendas con que se había ataviado y se dio prisa en terminar el capítulo que estaba escribiendo; porque se había impuesto la tarea de escribir treinta páginas diarias, y las de ese día confiaba terminarlas antes del anochecer. Josie había traído algunas flores y se entretenía en arreglar con ellas dos o tres vasos, y estando en esta operación ció por la ventana gran número de paraguas que se movían en el aire.

-¡Tía, ya suben! Desde aquí veo a mi tío cómo corre a través del campo para ir a recibirlos - gritó Josie desde la escalera -. Y no vienen pocos, no; viene un regimiento -siguió diciendo la muchacha.

-¡Dios nos proteja! ¡Si vienen más de doscientos! Poned baldes cerca de la puerta para que pongan los paraguas, pues si no nos van a poner la casa perdida; diles que pasen al salón ... ¡Pobres alfombras!...

Y la tía Jo tiró la pluma sobre la mesa, preparándose a recibir la invasión, mientras Josie y las criadas andaban asustadas corriendo de un lado para otro pensando en cómo traería aquella gente los pies de barro.

El profesor Bhaer se había detenido en la puerta, y estaba pronunciando un discurso de bienvenida, cuando Jo apareció, y al ver a sus visitantes tan mojados se compadeció de ellos y los hizo entrar en el salón. Los jóvenes se alegraron mucho y comenzaron a entrar, cerrando los paraguas y quitándose los sombreros.

¡Tram, tram, tram!, sonaban los pies a compás, mientras se oía al mismo tiempo el repiqueteo de los paraguas que iban colocando en los baldes, y los dueños de casa fueron acomodando a todo aquel regimiento de estudiantes en la habitación más grande. Un montón enorme de tarjetas apareció misteriosamente sobre la mesa, en las que había algunas palabras escritas pidiendo encarecidamente autógrafos. Escribió la tía Jo los que pudo, mientras su marido y los muchachos hacían los honores de la casa.

Josie había huído a otra habitación, pero fue descubierta por los chicos exploradores que andaban ya examinándolo todo, y fue terriblemente insultada por uno de ellos, que con la mayor inocencia del mundo le preguntó si ella era la señora Bhaer. La recepción no duró mucho tiempo, y el final fue mejor que el comienzo, porque la lluvia había cesado, apareciendo sobre las cabezas de los muchachos un hermoso arco iris, mientras que, descubiertos, entonaban en la calle, a coro, un melodioso canto de despedida. Era un feliz presagio para los chicos el que el cielo les enviaba en ese momento, como queriendo decirles que después de la lluvia y el barro sale el sol para todos.

Después de terminado el canto de despedida dieron tres hurras y se marcharon contentos, dejando en la familia un agradable recuerdo con las manchas de barro de las alfombras, los

Librodot

baldes casi llenos con el agua que había escurrido de los paraguas y otras muchas menudencias por el estilo.

-No ha estado del todo mal, y no siento la media hora que me han hecho perder; en medio de todo, hay que agradecerles a esos pobres chicos aplicaditos el que hayan venido de fuera a felicitarme; pero sí deseo que nadie me interrumpa ya en mi trabajo hasta la hora del té - dijo Jo a Mary, su sirvienta, porque su marido y sus hijos se habían marchado con los huéspedes y Josie había ido a contar a su madre lo ocurrido.

Reinó en la casa completa tranquilidad durante una hora, al cabo de la cual volvió a sonar la campanilla, y Mary subió corriendo a decir a su señora que una mujer muy extraña preguntaba si le permitían cazar saltamontes en el jardín.

-¿Qué dice usted? - preguntó, dejando caer la pluma, porque aquella pregunta era la más extraña de todo el día.

-Saltamontes o langostas, señora; yo no sé más que lo que dice; le he contestado que usted está muy ocupada y no puede ver a nadie, y ella insiste en que desea hablar con usted para ver si le da permiso para cazar algunos de esos insectos para un naturalista que le había dado ese encargo, y que ya lleva cazados muchos, pero que ahora los quiere precisamente de este jardín.

-Dígale usted que se los lleve todos, y le daremos las gracias, así no pasarán zumbando por nuestras caras ni se pegarán a nuestros vestidos - contestó Jo sonriendo.

Mary se retiró, para volver al momento sin poder contener la risa con el nuevo pedido que traía.

-Ahora dice, señora, que si le podríamos dar unas medias viejas de usted o alguna cosa con que golpear la hierba.

-Déle usted lo que encuentre por ahí y déjeme en paz, mujer -contestó la pobre señora, fatigada de tanta pregunta.

Pero Mary no tardó en volver a entrar diciendo que le era imposible echar a la calle a un hombre que se había metido ya dentro y que andaba buscando a la señora Bhaer con un descaro que le asustaba mucho.

-¿Pero quién es ese hombre tan impertinente que insiste en verme cuando yo no quiero recibir a nadie? ¿Oyó usted a nadie?

-No sé, señora; pero estoy segura de que ni usted misma lo conoce, por más que él dice que no le pesará a usted el verlo.

-¿Que no me pesará a mí el verlo? Pues, señor, está visto; hoy es un día de sorpresas y misterios. -No, señora, no; no le pesará a usted el verme -dijo una voz desde la misma puerta del estudio de la señora Bhaer.

Se quedó ésta sorprendida y mirando hacia la puerta, y cuando reconoció al que acababa de hablar soltó la pluma de la mano y se abalanzó a él, exclamando:

-Querido Dijo mío; ¿pero de dónde sales ahora? -le preguntó después de abrazarlo y besarlo.

-Vengo de California expresamente para ver a usted, madre Bhaer. Dígame ahora si siente haberme recibido - dijo Dan besándola.

-¡Dios misericordioso! ¡Dar yo orden de que no te dejaran entrar cuando hace más de un año que ansío verte! -dijo riendo, mientras bajaba con el muchacho a la sala para echar un buen párrafo.

CAPITULO IV
DAN

Más de una vez pensó da Jo que Daniel debía de tener algo de sangre india en sus venas, no sólo porque al chico le gustase mucho la vida de aventuras salvajes, sino por su apariencia; pues cuanto más crecía el muchacho más se distinguían en él las señales de la mezcla de sangre. A los veinticinco años que había cumplido, era un hombrazo muy alto y fuerte como un roble; muy moreno, de ojos negros como el carbón y muy vivos, de ademanes bruscos y, violentos, lleno de energía y de palabra fácil y rápida.

-¿Que he olvidado a todos los amigos? ¿Cómo es posible que yo olvide el único hogar que he tenido en mi vida? - decía el joven mientras ponía una de aquellas manazas negras sobre la blanca y delicada de la señora Bhaer. Por eso lo he

dejado todo, y he corrido a participar a ustedes mi buena suerte antes de fijar mi residencia en algún sitio; aunque, por otra parte, temía presentarme a usted para que no me dijera que ahora me parezco mucho más a un búfalo salvaje que antes - dijo el joven llevándose la mano a su negra y desordenada barba.

-¡Pero si a mí me gusta ese aspecto de bandolero que tienes!, a mí me entretienen mucho esos libros que relatan las hazañas de los bandoleros. Mary se asustó al verte, y Josie no te va a conocer, pero Teddy conocerá al momento a su querido Dan. No tardarán mucho en llegar, pero mientras cuéntame algo de tu vida. Dos años, ¡dos!, hace que te marchaste de aquí. Y qué tal, ¿te ha ido bien?

-¡De primera, señora, de primera! Yo no hago caso del dinero, ya lo sabe usted. Con tal de tener para tirar adelante, me basta. Además, ya me conoce usted y sabe que no puedo estar tranquilo mucho tiempo en un punto; y sabe Dios dónde irán a dar mis huesos - dijo Dan, dando a entender que le estorbaba la poca fortuna que había hecho.

-Sin embargo, Dan, el dinero es necesario; lo necesitas para cuando te cases y te establezcas, porque toda la vida no puedes andar así.

Dan sacudió la cabeza y miró a su alrededor, como si se encontrase ya allí muy apretado y buscase con la vista la puerta para escapar al campo.

-Pero ¿qué mujer se iba a atrever a casarse conmigo? Yo, que no descanso en ninguna parte, que me gusta la libertad, que me asfixiaría dentro de la casa.

-Ah, hijo mío; luego que pasa el tiempo se va aplacando uno. Mira, cuando yo era muchacha era lo mismo que tú y no soñaba más que con casarme con un hombre aventurero como tú. Las mujeres gustamos de las cosas extraordinarias y atrevidas, de lo romántico y valeroso; todas esas cosas tienen gran atracción para la mujer.

-¿Qué diría usted si le presentara un día una india de las tribus más terribles de este país? - preguntó Dan, volviendo la vista para fijarla en el busto de mármol de Galatea que estaba instalado en uno de los ángulos de la habitación.

-Pues recibirla bien, si era buena. ¿Hay algo de ese género en perspectiva? - Y tía Jo lo miró con el interés con que todas las literatas miran los asuntos de amor.

-No, señora, no; no hay nada por el momento; ando muy atareado con otro género de asuntos para ocuparme de esas necedades, como las llama Teddy -contestó Dan, dando un hábil giro a la conversación, como si estuviera ya cansado de sentimentalismos.

La tía Jo principió a hablar entonces del talento y la aplicación de sus muchachos hasta que entraron éstos saltando de gozo, y se abrazaron a Dan, a cuyo grupo se unió el profesor que seguía detrás. Todos hablaban a la vez, y sus lenguas se movieron durante un buen rato con la misma ligereza que se mueven las aspas de un molino de viento.

Después de tomar el té, principió Dan a recorrer el comedor en todas direcciones, sin dejar de hablar, asomando de vez en cuando la cabeza por la ventana para respirar más aire, porque sus pulmones parecía que necesitaban mucha más cantidad que la que necesitan los de los hombres civilizados.

En una de sus vueltas vio aparecer en la puerta una figura blanca, y se detuvo un momento para contemplarla. Bess se detuvo también porque reconoció de pronto a su viejo amigo, e, inconsciente de la hermosa figura que hacía en aquel momento, alta y delgada, destacándose del fondo oscuro por la blancura del chal que traía sobre los hombros y por lo dorado de sus cabellos, exclamó después de un momento

-¿Es Dan? - Y entró precipitadamente, alargándole antes de llegar a él la mano, dibujándose en sus labios una graciosa sonrisa de bienvenida.

-El mismo, ¡pero si casi no te conozco, princesa! Al verte aparecer en la puerta, tan guapa y radiante de luz, creí de pronto que eras un espíritu -contestó Dan mirándola de arriba abajo con gran admiración y dulce sorpresa dibujadas en su cara.

-Si, he crecido mucho, pero tú estás completamente cambiado-; y Bess contempló con alegría de niña la pintoresca figura que tenía delante y que formaba contraste con las personas elegantes que había a su alrededor.

Antes de que pudiera hablar una palabra más, entró Josie corriendo, y, sin reparar en que ya era una mocita que había pasado de los trece años, dejó a Dan que la levantara en alto y que la besara repetidas veces como a un niño, hasta que él, por último, se dio cuenta de esto y exclamó con desaliento:

-¡Cuánto has crecido, chiquilla! ¡Pues qué voy a hacer yo ahora sin tener ningún niño con quien jugar como antes! Teddy se ha estirado más que lo que se estiran los tallos de las habichuelas; Bess está hecha una señorita, y tú vas ensanchando por todas partes que es una bendición de Dios, pero que es una desgracia para mí.

Las chicas se echaron a reír, y las mejillas de Josie se tiñeron de carmín al darse cuenta de que se había colgado del cuello de aquel hombrazo. Las dos chicas formaban un bonito contraste; una era blanquísima y de cabellera rubia; la otra, algo morena, pero de tez sonrosada; y Dan las contemplaba con sorpresa, demostrando la satisfacción que sentía con repetidas inclinaciones de cabeza; porque en sus largos viajes había visto muchas jóvenes huesudas, y no había esperado hallar a sus antiguas amiguitas tan desarrolladas y hermosas.

-¡Aquí, aquí! ¿Tenéis vosotras solas el monopolio de Dan? - preguntó tía Jo -. Traedlo para aquí y lo contemplaremos todos; si no, se escabullirá y se marchará a dar otra vueltecita de dos o tres años, y lo habremos visto a medias.

Conducido por estos agradables apresadores, volvió Dan a la sala para recibir el regaño de Josie, que le decía le explicara por qué había crecido tanto, que Emil era mayor que él y parecía un niño, y él era, el más hombre de todos los muchachos.

-Parece que tienes ya más de treinta años, y estás más negro que uno de esos esclavos que vemos en algunas funciones de teatro. ¡Ah, tengo una idea soberbia! Tú representarás admirablemente el papel de Arbaces en "Los últimos días de Pompeya". Tenemos el león y los gladiadores, y nos hacía falta un hombre de tu color para el papel del egipcio; estarás admirablemente con el turbante blanco. ¿No es verdad, tía Jo?

Este diluvio de palabras obligó a Dan a taparse las orejas con las dos manos; y, antes que la señora Bhaer pudiese contestar a su impetuosa sobrina, llegaron los Laurence, acompañados de Meg y familia, seguidos de cerca de Tom y Nan, y todos se sentaron, deseosos de oír contar a Dan sus aventuras, las que refirió con pocas palabras, pero que hicieron su efecto y entusiasmaron al auditorio. Todos los muchachos se querían marchar, a la vez, a California; las muchachas estaban ya impacientes por ver lo que de aquellas tierras les traía para ellas; y los mayores disfrutaban de corazón al ver la energía y perspectiva de aquel muchacho suyo medio salvaje.

-Por supuesto, pensarás marcharte otra vez por ahí para ver si das otro golpe afortunado, y confío en que lo darás. Pero las especulaciones son un juego peligroso, y podrías perder en un momento todo lo que has ganado -dijo el señor Laurie, que había disfrutado también mucho al oír aquellas emociones fuertes de las aventuras del muchacho, y hubiera querido de buena gana haberlas corrido junto con él.

-Ya hay bastante, a lo menos por un poco de tiempo; las excitaciones violentas me gustan mucho; pero son peligrosas, y hay que descansar. Ahora quisiera probar fortuna en la agricultura en gran escala; porque, después de haber vagabundeado tanto tiempo por esos mundos de Dios, creo que me conviene dedicarme a ese trabajo rudo. Ya hice un ensayo en Australia en ganado lanar, y estoy algo enterado de eso.

Los que estaban enterados de lo mal que le había resultado aquel negocio se pusieron a reír haciendo perder a Dan por un momento la gravedad que se dibujaba en su cara.

-¡Idea superior, Dan! - exclamó la tía Jo al ver un rayo de esperanza en que se estableciera el muchacho y dejase ya de pensar en aventuras. Por lo menos, sabremos dónde estás, y podríamos ir alguna vez a verte; y no pondrías, como antes, la mitad del mundo de por medio. Te mandaría a mi Teddy, que se te parece mucho en lo intranquilo, y estaría contigo hasta que agotara la mitad de las energías que le sobran.

-Sí, mamá; pero las minas de California ofrecen mas porvenir que la agricultura - contesto Teddy, porque había estado ya examinando los pedazos de mineral que Dan había traído para el profesor.

-Mira, Dan, márchate y funda una ciudad; nosotros iremos después a poblarla, y como necesitaras un periódico, yo lo dirigiré, y esto me gustará más que andar por ahí pidiendo favores por las redacciones -propuso John, que andaba siempre buscando las oportunidades para distinguirse en la línea periodística.

-Y hasta podríamos fundar allí un colegio. Esas rudas gentes del Oeste tienen hambre de aprender -añadió el siempre joven señor March; porque con la vista y el pensamiento hubiera deseado de buena gana extender la enseñanza por las dilatadas regiones del Oeste de su país.

-¡Adelante, Dan!, que todos iremos detrás de ti. Yo no tengo inconveniente en emplear algunas cantidades en la compra de algunos campos y edificar colegios para los chicos - dijo el señor Laurie, que no se cansaba nunca de animar de palabra a los muchachos, ni les cerraba tampoco su bolsa.

-Es preciso llevar un buen repuesto de dinero, porque la cosa, sea cual fuere, no produce en seguida, y yo ya estoy un poco cansado, y antes de decidirme tengo que consultar con ustedes - dijo Dan, algo conmovido al ver el gran interés que todos se tomaban por él.

-Desde ahora te digo que en una hacienda no sabrías estarte; acostumbrado como estas a recorrer

el mundo, te parecerá aquello triste y hasta estúpido -dijo Josie, que prefería con mucho el romance y la aventura a la vida tranquila del labrador.

-¿Hay algo allí que se relaciona con el arte? -preguntó Bess, pensando que de Dan se podría sacar un buen dibujo en blanco y negro, si se mantuviera un rato a la luz.

-La espléndida y hermosa naturaleza, hija mía. Allí encontrarás animales preciosos que modelar, soberbios paisajes que pintar, como nunca los viste en Europa; qué más te diré ... ; hasta las prosaicas calabazas son allí de un tamaño colosal -dijo el señor Laurie, deseoso de que no se enfriara la cosa y se fuera adelante con el proyecto.

-Esa nueva ciudad me servirá de práctica -dijo Nan, ansiosa siempre de nuevas empresas -; hoy las poblaciones crecen en poco tiempo, y para cuando se edifique la ciudad ya habré yo terminado.

-Sí, pero Dan no admitirá en esa ciudad a ninguna mujer que no haya cumplido los cuarenta años. A las jóvenes, y sobre todo a las guapas, no las recibirá -dijo Tom, que hacía

rato que se mordía los labios de rabia, porque veía en los ojos de Nan la admiración que ésta sentía por Dan.

-No, eso no reza conmigo; los médicos son siempre una excepción a toda regla. No habrá muchos enfermos porque la vida del campo no se presta para eso, pero como los habitantes se dedicarán a ejercicios peligrosos, como la caza de las bestias salvajes, y tendrán también continuas escaramuzas con los indios, no faltarán huesos rotos que componer, y eso es precisamente lo que a mí más me gusta: la cirugía, que entusiasma mucho más que la clínica.

-Cuento contigo, doctora, y mandaré por ti tan pronto como tenga un techo que pueda cobijarte. Despellejaremos a unos cuantos pieles rojas y derrengaremos a una docena de muchachos en nuestras primeras correrías; para que vayas teniendo en qué entretenerte - dijo Dan riéndose al ver la firmeza y energía de Nan, cuya conspicua figura sobresalía de entre las demás muchachas.

-Gracias, acepto tu ofrecimiento. ¿Me permites ahora que te toque un brazo? ¡Estos sí que son bíceps! Muchachos, mirad aquí: esto es a lo que yo llamo músculos. -Y Nan se puso a explicar con pocas palabras el brazo de Dan.

Tom se marchó a la alcoba, y estuvo un momento contemplando las estrellas por la ventana, agitando al mismo tiempo su brazo derecho con tal vigor sugestivo, que le pareció que tiraba a alguien al suelo.

-Oye, Dan, podías nombrar a Tom sepulturero de la nueva ciudad, porque disfrutaría mucho enterrando a todos los pacientes que mate Nan. Tan. Su cara va tomando ya la expresión sombría propia del oficio. No lo olvides, Dan -dijo Teddy, llamando la atención de los demás hacia el rincón donde se había sentado Toin con la cara muy hosca.

Pero a Tom no le duraban mucho los enojos, y pronto se acercó al grupo muy sonriente, haciendo una proposición.

-La nueva ciudad se llamará Dansville, y como no faltará la fiebre amarilla, ni las viruelas, ni el cólera, Nan estará contenta y muy entretenida, y no se ocupará de los demás emigrantes y convictos.

-Yo no tengo mucha confianza en los resultados de la agricultura, así es que aun no estoy decidido del todo; y, por otra parte, me siento muy inclinado a volver con mis antiguos amigos los indios de Montana. Es una tribu pacífica que necesita nuestro apoyo, porque mueren a cientos, sin que las autoridades hagan nada por ellos. Si el dinero que tengo hoy lo hubiera tenido cuando estuve con ellos, les hubiera dado hasta el último centavo, así es que no sé si terminaré por marcharme allí para hacer lo que pueda por ellos; ¿qué les parece a ustedes?

-¡Hazlo, hazlo, hijo mío! -exclamó entusiasmada tía Jo , porque por la desgracia se interesaba ella más que por la fortuna.

-¡Hazlo, hazlo! -repitió Teddy aplaudiendo, como si se encontrara en un teatro-; ,V llévame a mí para ayudarte. Me gustaría verme cuanto antes en medio de esos valientes cazadores que hoy se ven acosados por todas partes.

-Cuéntanos algo más, y ya veremos si conviene -dijo el señor Laurie, pensando para sus adentros que tan dignos de protección eran los indios de Montana como las gentes de otros puntos a quienes socorría constantemente.

Dan refirió en pocas palabras la historia de todo lo que había visto en el tiempo que vivió entre ellos, y lo que los indios le habían contado.

-Son unos infelices; me salvaron la vida en más de una ocasión, y se entusiasmaban cuando veían los disparos que hacía yo con mi rifle, porque nunca habían visto un arma de fuego tan buena; y siempre me aconsejaban el camino que debía seguir el día que quisiera abandonarlos, Tengo contraída una deuda de gratitud con ellos -siguió diciendo Dan-, y debo pagarla cuanto antes.

La fundación de la ciudad de Dansville fue perdiendo interés con esta declaración de Dan; pero el prudente señor Bhaer arguyó que un solo agente en medio de tanta gente no podría hacer gran cosa

por mucha que fuera su buena voluntad, y que lo mejor era pensar más detenidamente en el asunto, y pedir con anticipación alguna protección de las autoridades.

-No está mal pensado -contestó Dan-; iré a Kansas para ver a un amigo que también estuvo con los indios, y comenzaremos a tantear el terreno, pero el caso es que aquello es tan grande, y hay tanto que hacer y tantos puntos donde acudir, que la verdad es que no sé por dónde empezar.

-Mira, yo te guardaré lo que tienes, porque tú eres tan impetuoso y estás tan deseoso de ayudar a todo el mundo, que te quedarás sin un centavo a los cuatro días - repuso el señor Laurie, que ahora era un hombre muy prudente, y no se parecía en nada al joven Laurie de vida agitada.

-Muchísimas gracias, le entregaré a usted mi pequeña fortuna, y con esto me quita un peso de encima; si me sucede algo por ahí y no vuelvo, la emplea usted en lo que emplea parte de la suya; en hacer el bien y ayudar al que lo necesita -contestó Dan, entregándole el gran cinto que llevaba arrollado a la cintura, con lo que quedó tan contento y tranquilo.

En esto estaban cuando se oyó la voz de Emil, que entraba en la casa entonando una canción, que era su forma habitual de anunciarse; y era de ver la alegría que se dibujó en la cara de los antiguos amigos al estrecharse las manos después de tan larga ausencia. La gente joven salió fuera de la casa a sentarse en los asientos de la plaza, para seguir conversando; el señor March y el profesor se retiraron al estudio; Meg y Amy se fueron a preparar las frutas y los pasteles para el pequeño banquete, y la tía Jo y Laurie se sentaron al pie de la ventana grande, escuchando con gusto la charla que sostenían los de afuera.

-Esa es la flor de nuestro rebaño -dijo tía Jo señalando el alegre grupo que tenía delante-. Los astros se hallaban esparcidos por toda la tierra; pero estos seis muchachos y las cuatro chicas son mi esperanza, mi orgullo y mi alegría.

-Cuando considero lo tan diferentes que son hoy a cuando los admitimos en el colegio, veo que, efectivamente, hay para estar orgullosos de nuestra obra - contestó Laurie con sobriedad, al ver relucir una cabecita rubia entre el grupo de las demás, iluminadas todas por el resplandor de la luna.

-Yo de las chicas no me cuido, porque con Meg, que tiene más paciencia que yo, hay bastante, pero a los muchachos los voy queriendo cada día más, y quisiera verlos a todos reunidos, establecidos y tranquilos; pero ellos huyen de aquí tan pronto como se ven aptos para manejarse solos, y no vienen

a verme tan a menudo como yo quisiera. ¿Qué te ha parecido Dan? -preguntó, por último, tía Jo a su cuñado.

-Muy bien, muy bien, Jo; es un gran muchacho; puliéndolo un poco lo convertiríamos en un verdadero gentleman, y sabe Dios lo que todavía llegará a ser entre nosotros - contestó el señor Laurie, dejándose caer en la silla de la señora Bhaer, en la misma forma que lo hacía cuando era un joven despreocupado y secreteaban los dos.

-Sería imposible, Laurie; la sangre le hierve en las venas, y no podría avenirse con la vida tranquila que nosotros llevamos; déjate de pulimentos, que lo que él desea es libertad, mucha libertad; trabajar, sí, pero en espacios abiertos de muchos cientos de kilómetros cuadrados. Nos quiere muchísimo, y haría cualquier disparate por nosotros; por eso conviene no perderlo de vista hasta que sea mayor y pierda parte de las energías que le sobran.

Tía Jo hablaba así, porque conocía a Dan más que nadie y sabia lo que le convenía. Tenía, además, la seguridad de que antes de volverse a marchar, le había de dar a entender sus intenciones, y le había de pedir su parecer; así es que, por ahora, no pensaba hacer más que

Librodot

observarlo mientras estuviera con ellos, y ver a lo que más se inclinaba. -Dan, trae un traje de india para mí, así podré

hacer el papel de Namícea cuando representemos a "Metamora" -dijo Josie batiendo palmas. -Dan, no olvides traerle a Bess una cabeza entera de búfalo -añadió Nan.

-Ya lo creo, modelará cosas más interesantes que aquellos monigotes que modelaba antes - contestó Dan irreverentemente al recordar los primeros trabajos de Bess.

-Mira, pues te lo agradeceré mucho, porque si no me sale bien el trabajo pondremos en el salón la cabeza de búfalo que me mandes, y así recordaremos mejor la tuya –dijo Bess, indignada por el insulto a sus ídolos de barro, pero, debido a su educación, pronunció todas estas palabras con cierta suavidad dulce y fría, como los helados de crema.

-Ya supongo que no vendrás a ver nuestro rancho, que se convertirá después en ciudad. Aquello resultará demasiado rústico para ti -preguntó Dan tratando de ser deferente con la princesita como lo eran todos los demás chicos.

-Ahora iré a Roma a estudiar unos cuantos años. Todas las bellezas del mundo en el arte están allí encerradas, y la vida de una persona resulta corta para estudiarlas todas - contestó Bess dulcemente.

-¡Roma! Roma es una ciudad vieja y mohosa, comparada con aquellas magníficas montañas; el arte me importa a mí dos cominos; nunca podrás tú encontrar en la ciudad eterna los modelos que te ofrecen aquellas praderas vírgenes, y aquellas gigantescas montañas de formas raras y caprichosas. Mas vale que te vengas con nosotros, y mientras Josie recorre a caballo las inmensas sabanas detrás de las piaras de caballos y búfalos cimarrones, tú puedes entretenerte en modelar lo que más te guste -exclamó Dan con entusiasmo, sintiendo no poder expresarse mejor para pintarles la naturaleza.

-Sí, sí, no te digo que no iré algún día con mi papá, para ver si esos caballos de las praderas son mejores que los de San Marcos. Haz el favor de no burlarte de mis muñecos de barro, y yo haré de modo que me gusten tus montañas, praderas y caballos silvestres - dijo Bess, pensando que acaso no estaba desacertado su amigo.

-¡Trato hecho! Yo creo que toda persona debe conocer bien su país antes de ir a visitar los extranjeros, como si el Nuevo Mundo no valiera nada -dijo Dan dispuesto a ceder y terminar la discusión.

-Pero allí tienen ventajas que nosotros no tenemos; en Inglaterra pueden votar las mujeres, y aquí, vergüenza da el decirlo, en la América libre,

que debe ir a la cabeza de todas las naciones, no tenemos esas ventajas -exclamó Nan, la de las ideas avanzadas en toda clase de reformas, y dispuesta siempre a la polémica.

-Vaya, vaya; no empieces con tus discusiones de siempre. Déjanos tranquilos, aunque no sea más que por esta noche -suplicó Daisy, que odiaba las discusiones tanto más que lo que le gustaban a Nan.

-No hay que afligirse por eso; en nuestra nueva ciudad votarás cuanto quieras, Nan; y serás gobernador, alcalde, concejal y director de sanidad -dijo Dan, sonriente.

Cansados ya de hablar, se pusieron a cantar, y a poco les avisó Mary que estaba la mesa puesta y esperaban a los mayores para comer. Fue una comida muy entretenida y alegre, y cuando Dan se levantó para irse a acostar, le dijo la tía Jo en la puerta:

-Dan, ¡que descanses bien y sueñes cosas muy lindas!

-Pero imagínese el lector qué golpe no recibiría la pobre señora, cuando, en vez de alguna confidencia interesante o palabra cariñosa, como ella esperaba, le contestó bruscamente:

-Lo que yo estaba deseando era salir de aquí para poder fumar.

Aquella salida de su muchacho, tan inesperada, le hizo reír mucho a tía Jo, que le contestó con cariño:

-Fuma, hijo, fuma en tu cuarto todo lo que quieras; pero haz el favor de no pegar fuego a la casa.

Librodot

Algo debió comprender el muchacho, porque se detuvo de pronto, y dándole un beso, le dijo, suavizando todo lo posible el tono:

-Buenas noches, madre.

Tía Jo quedó satisfecha a medias.

CAPITULO V
VACACIONES

Todo el mundo estaba contento en la casa a la mañana siguiente, por ser día de fiesta; tomaban el desayuno, sin dejar de hablar y reír, cuando tía Jo exclamó de pronto:

-¡Miren qué perro enorme se ha parado en la puerta de calle!

-Con medio cuerpo dentro de la casa y medio afuera, había un hermoso perro de los que en la América del Norte dedican a la caza del ciervo, con los ojos muy abiertos mirando a Dan, pero sin atreverse a entrar del todo.

-¡Hola, hola, amigo y compañero de fatigas!; ¿no podías esperar a que fuera yo a buscarte? ¿Es

que has roto la soga? Bueno, hombre, bueno; ven aquí y saluda a estos señores como un hombre - dijo Dan levantándose para ir a recibir a su compañero, que se echó a sus pies ladrando y moviendo la cola como pidiendo perdón por la desobediencia.

-¡Qué hermoso animal! ¡Si es como un caballo! -dijo tía Jo contemplando el hermoso perro de caza.

-Lo dejé en la fonda, y no ha tenido paciencia de esperar más tiempo; salgan ustedes aquí fuera y verán cómo trotarnos los dos -dijo Dan, entusiasmado-; se llama Octoo.

-¿Qué quiere decir Octoo? -preguntó Rob con interés.

-Relámpago, y el nombre le cuadra admirablemente, porque es una exhalación; me lo dio un cacique indio a cambio de mi rifle, pero yo he ganado en el cambio el valor de muchos rifles, y, además, me ha salvado la vida varias veces -contestó Dan acariciando al hermoso animal.

Dan marchó a la fonda, y a poco volvió a aparecer con dos hombres cargados con los trofeos que había reunido en sus correrías por las comarcas habitadas por las tribus indias independientes del norte de América, y que traía como recuerdo a sus amigos y educadores.

-Nos va a devorar la polilla -pensó tía Jo, cuando vio que sacaban de los fardos las pieles de oso y lobo que Dan les traía para los pies. También les trajo a las chicas una porción de adornos de indias, rodelas y armas de los indios para el profesor, y para los muchachos otros varios objetos.

Era el primer día de fiesta de las vacaciones de verano, y cualquier observador podía ver sin fijarse mucho la agitación que Dan y Emil habían introducido en la pacífica y estudiosa comunidad; pues parecía que estos dos jóvenes habían traído con ellos una brisa agradable y fresca, que animaba y vivificaba a todas aquellas buenas gentes. Muchos de los colegiales permanecieron allí todo el tiempo de las vacaciones, y Plumfield y el Parnaso hicieron cuanto pudieron para que aquellos días resultasen lo más agradable posible para ellos, porque la mayor parte de los estudiantes vivían en Estados muy distantes de allí, y no se les ofrecía siempre la oportunidad de divertirse, por ser muchos de ellos de familias pobres. Emil era vivaracho y locuaz, y tenía gran partido entre las muchachas, pero Dan permanecía entre ellas callado, con la vista fija como el águila en una bandada de palomas; con los chicos era más

expresivo, y todos lo querían y admiraban como a un héroe. Andaba ahora tratando de aprender en los libros lo necesario para poder explicar lo que había aprendido en la madre Naturaleza; no dejaba, sin embargo, de gustar bastante a las muchachas, que le llamaban el "español" por el color moreno de su cara, y sus hermosos ojos negros, que eran mucho más elocuentes que su lengua, y le demostraron en mil ocasiones y mil modos el aprecio en que le tenían.

Comprendiólo él, y procuró hacerse digno de este aprecio y deferencias, hablando más pausadamente con ellas, tratándolas con más consideración y respeto que en un principio, y observando siempre el efecto que producían sus palabras y modales. Fue olvidando poco a poco la vida de California y de cazador, se despertó en él el deseo de aprender, se aficionó a la música y demás diversiones de aquellas sencillas e inocentes muchachas, y, paulatinamente y sin notarlo, se fue convirtiendo en un hombre muy diferente de lo que era cuando vino de su última y larga correría.

Nat aprovechaba bien los momentos que le quedaban, conversando con Daisy, porque ya se iba aproximando el momento de emprender su largo viaje a Europa; y la señora Meg confiaba en que la ausencia aplacaría en parte aquel desgraciado capricho. Daisy no hablaba mucho, derramaba algunas lágrimas cuando se veía sola, y confiaba que por mucho tiempo que pasara no olvidaría a Nat.

Tom y Nan seguían viéndose y riñendo tantas veces como se veían y sentían que se aproximaba el momento en que el "Brenda", donde iba embarcado Emil, se hiciera a la mar; y Dan, que aun no se había resuelto a nada, fue a Nueva York para despedir a Nat, que se embarcaba en dicho puerto para Europa. En el Parnaso se organizó un baile de despedida, al que, además de aquella numerosa familia, asistieron los amigos de Plumfield. El pobre Tom estaba de desgracia; pues como todos se compusieron y pusieron lo mejorcito que tenían para asistir al baile, él hizo lo mismo; pero el cosmético o aceite de olor que le pusieron en la cabeza en casa del peluquero exasperó tanto a Nan, que le prohibió terminantemente que se acercase a su lado, con gran sentimiento del muchacho, que se moría por ella. Dan no había tenido aún tiempo de hacerse ropa a propósito para estas fiestas familiares, y a falta de otra cosa mejor se puso el pintoresco traje mejicano, de chaquetilla corta recamada, calzón corto con botones por los costados, sombrero de pirámide bordado con lentejuelas, faja de seda encarnada, y manga ligera a listas de colores vivos, cuyo conjunto llamó mucho la atención, por lo bueno y lo bien que lo llevaba Dan. Emil llevaba un bonito terno azul, y animó mucho la fiesta con su carácter jovial y alegrías de siempre.

La fiesta estuvo animadísima; la tía Jo bailó con tanta soltura como cuando era muchacha; el bueno del profesor andaba de un lado para otro con su habitual cara de alegría, atendiendo a unos y a otros, mientras que el señor March discutía en el estudio con otros amigos sobre el teatro griego. Tía Jo se había sentado en un rincón del salón a descansar un poco, y Laurie se acercó a ella, diciéndole que se había hecho muy matrona, y que no podía saltar ya como lo hacía de joven.

-Ven conmigo, Jo, y te enseñaré, mientras se aproxima la hora de comer, unos cuadros muy bonitos -le dijo Laurie-. Aquí tienes a Otelo contando sus aventuras a Desdémona.

Por una de las ventanas se veía un grupo muy pintoresco de tres personas. El señor March, sentado en una butaca, y Bess, a sus pies, sentada en un almohadón, escuchando a Dan, que, apoyado en una columna, hablaba con animación desacostumbrada. El anciano estaba en la sombra, pero a la pequeña Desdémona le daba la luna de plano en la cara, que la tenía levantada para escuchar mejor la historia que tan bien estaba relatando Otelo. 1.a manta o poncho de alegres colores que Dan llevaba tirada a la espalda, el tinte moreno de su cara v el accionar de su brazo, hacían que resultase un cuadro verdaderamente interesante.

-Me alegro de que se marche. Es demasiado pintoresco para vivir aquí, entre tantas chicas románticas; no, no, sería peligroso; que se marche cuanto antes.

-¡Qué ha de ser peligroso! Dan es un poco rústico, pero va adelantando en cultura de día en día, y llegará a ser una gran cosa. ¡Mira qué hermosa está la princesita con la luz suave de la luna que le da de frente!

-Ella está siempre bien. -Y tía Jo siguió orgullosa y entusiasmada. Después de algún tiempo volvería a recordar aquella escena y sus proféticas palabras.

El cuadro que vino después hizo reír mucho al señor Saurio: "El caballero herido", y señaló a Tom, que se había rodeado la cabeza con un gran pañuelo para evitar que trascendiera el olor del cosmético que le habían puesto en la peluquería, y Nan, cerca, amenazándole con pegarle con un junquillo que tenía en la ruana, si insistía en acercarse a ella.

-¿Te he hecho mucho daño? -le preguntó ella una de las veces que le había dado con el junquillo. -Ni pizca; no lo he sentido siquiera - contestó Tom, rascándose en la parte dolorida.

-No, si no es más que para alejarte un poquito de mí.

-Pobre Tom; ¡qué negra es su estrella! ¡Está perdiendo el tiempo miserablemente! Oye, Jo, ¿por qué no lo desengañas tú?

-Pero si se lo he dicho, Saurio, no una vez, sino cincuenta veces; pero (ese babieca está tan enamorado, que cree que se lo digo en broma. Dejemos esto ahora; estos cuadros los tendré yo muy presentes, y algún día les daré más vida -terminó diciendo tía Jo.

La mesa estaba ya preparada, y todos fueron ocupando los puestos que se les había señalado. La cena estuvo muy animada, y los muchachos se deshacían en obsequios y atenciones para las jóvenes.

-Siento muchísimo que se marchen los que más animan nuestra sociedad - dijo Nan, muy contenta al verse retirada del desventurado Tom, que no había vuelto a acercarse a ella.

-También lo siento yo - contestó Bess con tristeza, por no haber podido terminar la cabeza de Dan, que estaba modelando.

-Nunca había visto yo a Bess poniendo tanto esmero y cuídalo en ninguno de sus trabajos como pone en el que está haciendo ahora -dijo Daisy al marcharse Bess del brazo de su abuelo.

-Es que Dan es muy guapo –contestó Nan muy decidida-. A mi me gustan los hombres con arrestos como él; esos babiecas que no saben salir de aquí me cargan soberanamente. Me gusta mucho, pero muchísimo. ¡Qué agilidad, qué músculos, y qué de aventuras peligrosas ha corrido! ¡Esos son hombres, Daisy, ésos son hombres!

-¡Pero no es más guapo que Nat! -exclamó la fiel Daisy, formando su carita sentimental contraste con la en aquel momento alegre de Nan-. Me gusta. Dan, y me alegro al ver lo mucho que adelanta; pero me da miedo, es muy impetuoso; a mí me gustan más los jóvenes dóciles y quietos.

-La vida es una lucha continua; yo prefiero un buen soldado, un hombre valiente y atrevido. Eso de acostumbrar a los jóvenes a que ganen las victorias sin luchar, no está bien ni debe ser así; mira al necio y ridículo de Tom, que parece estar haciendo penitencia allí. ¿Quieres una cosa más ridícula que ésa? Porque no puede tener lo que desea, llora como una criatura de pecho que desea alcanzar la luna con la mano y no puede.

-En cambio, otras jóvenes estarían muy orgullosas y hasta se enternecerían con un amor tan puro y constante como ése -dijo Daisy tapándose la cara con el abanico y bajando la voz, porque en aquel momento se habían sentado cerca de ellas otras muchachas.

-Tú no puedes ser buen juez en este asunto porque eres muy sentimental, Daisy. Nat llegará a ser

un hombre de provecho cuando termine sus estudios en Europa. Yo hubiera deseado que este Tom, este majadero de Tom, se hubiera marchado también por ahí; hubiera ganado mucho más que quedándose aquí estudiando medicina sin tener vocación para ello.

Librodot

-¡Aquí estoy yo! -exclamó Alice Heath que acababa de entrar; y que era una joven que se parecía mucho, por sus arranques y ademanes varoniles, a su inseparable amiga Nan, acérrima defensora, como ésta, de los derechos de la mujer. Un poco de paciencia -siguió diciendo después de saludar-, y habremos ganado la batalla. Ahora conviene que seamos prudentes, como han venido siendo los hombres durante varias generaciones, y después seremos nosotras las que mandaremos.

-Aquí estoy yo para ayudarte -exclamó John subiéndose a una silla-; yo seguiré tu bandera v lucharé con entusiasmo por tu causa, aunque estando Nan a tu lado casi no me necesitáis a mí.

-Para un caso de apuro vendrá muy bien, John; cuento contigo, y ya sabes lo mucho que yo estimo tu buena voluntad.

Dan escuchaba la conversación con gran atención y miraba a un lado y otro, pensando sin duda a qué lado se inclinaría en caso de que empezara la lucha.

-Pero, ¿qué escándalo es éste?

-Nada, nada; que Nan y Alice se van entusiasmando más y más y creen que en este momento se hallan en un gran mitin donde se discuten y defienden los derechos de la mujer. ¿Quiere Su Alteza presidir y juzgar después? -contestó John al oír los aplausos de los concurrentes.

-No, gracias; no tengo yo tanta talento como se necesita para eso -contestó dulcemente Bess, sentándose para escuchar la discusión.

-Sólo me resta decir una cosa, y esta cosa es -siguió diciendo Nan con calma y acentuando bien las palabras, aunque en sus ojos se veía retratado el sarcasmo mezclado con la ansiedad- que deseo preguntar a cada uno de vosotros si estáis conforme con lo que os voy a proponer. Dan y Emil han recorrido ya casi medio mundo, y en sus largos viajes han ya a apreciar lo mucho que vale adquirir un conocimiento práctico de la vida. Tom y Nat pueden hablar de esto porque han tenido buenos ejemplos durante muchos años. John es de la familia y estamos orgullosos de él; lo mismo digo de Rob. Teddy es una veleta y Dolly y George son todavía nebulosas. Comodoro, ¿estás listo para la pregunta?

-Sí, "patrón".

-¿Eres partidario del sufragio femenino?

-Ya lo creo, y en el momento en que lo ordenes, estoy dispuesto a embarcar una bella tripulación femenina.

A esta salida de Emil respondió Nan con un largo discurso que convenció a medias a su auditorio, pero que dejó absorto al enamorado Tom.

Siguieron los aplausos al terminar Nan su discurso y se despidieron cariñosamente, prometiendo ocuparse nuevamente del asunto tan pronto como se presentase la oportunidad para ello.

CAPITULO VI
ULTIMAS PALABRAS

AL día siguiente era domingo, y los alegres grupos de jóvenes y grandes se fueron acercando a la iglesia; unos iban a pie y otros en carruajes, pero todos contentos y disfrutando del hermoso tiempo y de la feliz quietud que viene a refrescarnos de los trabajos e

incomodidades de la semana. Daisy se quedó en casa porque tenía dolor de cabeza, y la tía Jo se quedó para hacerle compañía, porque sabía perfectamente que el dolor más grande lo tenía su sobrina en su corazoncito por la lucha que estaba sosteniendo al ver que se aproximaba el momento de la marcha de su amor.

-Daisy conoce ya mis deseos y sé que me obedecerá. Procura hablar con Nat y dale a entender de la mejor manera que puedas que no me gustan estos amoríos y que las cartas que escriba a mis hijas las interceptaré yo para que no lleguen a su poder -dijo Meg a su hermana mientras esperaba a su hijo John, con quien iría a la iglesia.

-Así lo haré, querida. Como vieja, espero a estos tres muchachos, y con cada uno de ellos tendré un buen rato de conversación. Ya saben `que yo los comprendo muy bien, y más tarde o más temprano todos me van abriendo sus corazones. Pero, oye, mujer, ¿sabes que observo que estás guapísima? Nadie diría que ese mocetón que llevas a tu lado es hijo tuyo - añadió tía Jo al salir John muy peripuesto ofreciendo el brazo a su madre.

-No tanto, mujer, no tanto; ya sé que eres la misma Jo de siempre, que se burla hasta de su sombra; pero, en fin, si hay algo de cierto en lo que dices, John se alegrará -contestó la señora Meg, mientras al andar hacía crujir su vestido de seda gris.

Fuera esperaba ya el coche de Laurie, con Amy y Bess, y a punto de arrancar preguntó Jo desde la puerta, como acostumbraba a hacerlo su difunta madre:

-Muchachas, ¿lleváis todas vuestros bonitos pañuelos de bolsillo?

Todas sonrieron, y Jo salió con su sombrilla en busca de la sombra de algún árbol para esperar el regreso de sus muchachos.

Dan se había marchado a dar una vuelta por el campo y Nat se suponía que habría ido a acompañarlo; pero al poco rato se le vio venir callandito, acercándose más y más a la casa donde estaba la que él tanto quería, para aprovechar los momentos que le quedaban de estar en el pueblo; pero tía Jo lo vio y le hizo señas para que se acercase y se sentase a su lado debajo del añoso olmo, donde podrían tener sus confidencias sin que nadie les estorbase.

-¡Qué fresquito más agradable y qué bien que se está aquí! Dan camina demasiado para acompañarlo y, además, dijo que iba a los manglares pantanosos a cazar culebras, por lo que me he vuelto atrás y no le he querido acompañar -dijo Nat mientras se abanicaba con su sombrero de paja.

-Has hecho divinamente. Siéntate y echemos un párrafo como aquellos que acostumbrábamos a echar en otro tiempo. Tanto tú como yo, hemos estado tan atareados últimamente, que ya hace tiempo que no nos contamos nuestras cosas -contestó tía Jo, pensando que antes de que se marchara su muchacho a Leipzig tenían que arreglar algunos asuntos en Plumfield.

-No deseaba y o otra cosa. Usted es tan buena para mí, que verdaderamente no sé cómo agradecérselo, y el señor Laurie también, por lo mucho que hacen ustedes por mí - contestó Nat con voz entrecortada, porque era de corazón muy tierno y nunca olvidaba las atenciones que recibía.

-Pues mira, hijo mío: hay un medio magnífico para que nos agradezcas lo que por ti hacemos, y este medio consiste en seguir nuestros consejos y acceder a nuestros deseos, y excuso decirte que no dudo de que lo harás. En la nueva vida en que vas a entrar hay miles de tentaciones y contrariedades, y sólo con serenidad y talento podrás apartarte de las primeras y vencer las segundas. Cometerás, naturalmente, tus equivocaciones, todos las cometemos; pero hay que retirarse a tiempo, hijo mío; reza y vigílate a ti mismo; trabaja y no pierdas nunca la esperanza, y verás cómo por fin obtendrás éxito.

-Muchísimas gracias, madre Bhaer; yo haré cuanto pueda para que sigan queriéndome e interesándose por mí como lo han hecho hasta ahora; comprendo que nunca llegaré a ser gran cosa, porque no tengo talento, pero mi corazón, que dejo aquí muy bien guardado, sustituirá a lo que me falta.

Librodot

Los ojos de Nat, que mientras hablaba los tenía fijos en la ventana de la casa, se habían ido llenando de lágrimas; y en su cara se veía reflejado el mucho amor que el muchacho sentía por la sobrina de la que le había servido de madre.

-Precisamente quería yo hablarte de esto; y tengo la seguridad que me perdonarás, aunque seguramente te parecerá muy duro lo que de ti voy a exigir -dijo tía Jo, contenta de ver ya el camino abierto para plantear la cuestión.

-¡Sí, sí, hable usted de Daisy! Ya sabe usted que mi mayor alegría es oír hablar de ella y mi mayor pena el pensar que se aproxima el momento de separarnos.

-Bien; pues en este caso pon atención a lo que te voy a decir, que yo trataré de consolarte y te daré un buen consejo. Todos sabemos aquí que Daisy te quiere mucho, pero su madre se opone a estos amores, y como ella es buena hija, hace lo posible por obedecerla. Los jóvenes creéis que no es posible olvidar a una persona que se ama mucho, pero esto es un error, y lo prueban los pocos enamorados que se mueren de amor. - Y la tía Jo sonrió al recordar cuando, en otra ocasión, trató también de consolar a otro enamorado, que ahora se encontraba muy bien. Después continuó hablando, y Nat esperando con ansia sus palabras, como si de éstas dependiera su suerte o su ruina-. Puede suceder muy bien, hijo mío, que tú te enamores de otra por allá, o bien, y esto sería lo mejor, que le tomes tanto amor a la música y estés tan atareado con tus estudios, que no pienses en esto y dejes el asunto para cuando vuelvas de Alemania. Será muy fácil que Daisy te olvide en cuanto te marches, y tú debes alegrarte y hacerte la cuenta de que dejas aquí una buena amiga y sólo una amiga.

-Pero, por amor de Dios, ¿habla usted de veras? ¿Cree usted que es posible que suceda eso? -preguntó Nat, fijando sus ojos azules, medio empañados por las lágrimas, en los de su protectora.

-No, yo no creo nada - contestó tía Jo.

-Entonces, ¿qué haría usted si se encontrara en mi lugar? -preguntó el muchacho en tono de mando, nunca oído antes por tía Jo; porque Nat era el más cariñoso y el de voz más dulce de todos sus muchachos.

"¡Dios me asista! ¡Buena la hemos hecho! ", pensó tía Jo, entre asustada y contenta, al darse cuenta de lo grande que era aquel amor y ver las inesperadas energías que comenzaba a demostrar Nat.

-Por mi parte le diré a usted lo que pienso hacer -continuó diciendo el joven-: trabajar como un desesperado para llegar cuanto antes a ser un buen músico, para que sus padres me quieran y me consideren digno de su hija. Otros jóvenes pobres y obscuros como yo y mucho más ignorantes que yo han llegado con su aplicación y constancia a ser grandes hombres; ¿por qué no he de llegar yo también? Ya sé que la señora Brooke pone algunas dificultades por mi origen humilde, porque me recogieron ustedes de niño por caridad y me dieron educación; pero mis padres fueron ricos antes de morir, y ninguno de mi familia estuvo nunca en la cárcel, ni ahorcaron a ninguno; así es que yo no tengo por ese lado de qué avergonzarme, y, con aplicación, conseguiré algún día que la gente me respete y me admire.

-¡Así me gusta, ésa es la verdadera virtud, Nat! Sigue con tesón adelante, y no desmayes nunca, por muchas dificultades que se te presenten en tu camino. Mi hermana Meg será la primera en admirarte; eso tenlo por seguro. No es que ella desprecie tu pobreza y tu origen, nada de eso; es que el amor de madre es muy grande, Nat, y, como es natural, desearía algo más de lo que tú eres para su hija. Nosotros también hemos sido pobres, y no me da vergüenza decirlo, porque nadie debe avergonzarse de eso; pero en la familia de los March ha habido una serie de personas ilustres que valen mucho más que todas las riquezas del mundo.

-Yo ya lo he dicho, señora: no tengo de qué avergonzarme; mis padres fueron pobres después de haber sido ricos, pero murieron honrados y sin haber estado ningún miembro de mi familia en la cárcel.

Nat se excitó tanto, que tía Jo le suplicó con una sonrisita que se calmara, después de lo cual continuaron hablando amigablemente.

-Todo eso que acabas de decirme se lo has dicho ya a Meg, y se alegró mucho de saberlo. Yo me atrevo a asegurarte que si te aplicas y empleas bien estos años que vas a pasar en el extranjero, ella se ablandará un poco, y ya verás cómo todo se arregla; a menos que no ocurra lo que antes te he dicho.

-Ya lo haré, señora, ya lo haré; no perderé un momento ni pensaré en nada que no sea en mis estudios y en adelantar todo lo posible. Muchísimas gracias, madre Bhaer, por ponerse usted de mi parte; yo sabré corresponder a su bondad y cariño; ahora me encuentro más aliviado y animado para luchar; yo procuraré ser digno del amor de Daisy.

Y Nat se llevó ambas manos a la cabeza, como si le doliera por aquella confusión de esperanzas y temores.

-¡Pero si yo no dudo que tú harás lo posible para salir adelante con tu empresa! Sé que eres bueno y que trabajarás con entusiasmo. De ti de pende tu éxito. Eres el único que has de dirigir tu canoa, y has de aprender a sacarla de las corrientes peligrosas.

-Sí, señora, si; me encuentro con más fuerza que un caballo, y con muchos deseos de trabajar; si no caigo enfermo, no perderé un momento en nada -contestó Nat sonriéndose, al acordarse del cuaderno manuscrito que le había puesto la señora Jo en el baúl, donde estaban apuntadas las dificultades que se le presentarían en la nueva vida que iba a emprender y el modo de vencerlas.

A renglón seguido añadió ella algunos consejos verbales, y viendo que Emil venía hacia ellos terminó diciéndole:

-Necesito decir algo al comodoro; no olvides nada de lo que te he dicho, y ahora puedes ir a hablar con Daisy y hacer un poco de música...

Y tía Jo despidió a Nat dándole un golpecito en el hombro. El muchacho vio el cielo abierto y se apresuró a obedecerle.

-Venga usted a bordo, tía, y hágase cuenta de que esta en su casa. ¿Cuándo querrá usted hacer un viaje conmigo? De mí ya no se acuerda ni me quiere como me quería antes.

-Ya lo creo, hijo, ya lo creo que me acuerdo de ti. ¡Cómo es posible que yo te olvide!

Y tía Jo hizo sentar a su lado al joven alegre del terno azul.

-Bueno; pues entonces no ponga usted cara de chubasco, porque yo estoy muy contento al ver que saldré del puerto con muy buen tiempo -contestó Emil echándose el sombrero para atrás y volviéndose para mirar desde allí a Plumfield.

-No, no; ya tienes tú bastante agua salada, y no hay necesidad de que yo añada más. Casi, casi me voy convirtiendo en madre espartana y voy enviando a todos mis hijos a luchar sin proferir el menor gemido, pero los mando bien armados -añadió da Jo sonriéndose-. Oye, Emil, pues sabrás que más de una vez he pensado en hacer un gran viaje por mar en tu compañía, y si Dios quiere, lo haremos algún día, cuando seas capitán y tengas un buen barco tuyo; y esto no ha de tardar mucho, teniendo al tío Herman que desea, ayudarte.

-Cuando esto suceda, le prometo que mi barco se llamará "Alegre Jo" y será usted primer piloto. Yo la llevaría a dar la vuelta al mundo, cosa que usted lo está deseando hace ya mucho tiempo y aun no ha podido realizar -dijo mil, entusiasmado de alegría con aquella hermosa visión de viajar con tía Jo.

-El primer viaje que haga por mar lo haré contigo y disfrutaré lo indecible a pesar del marco; yo he soñado algunas veces con un naufragio, y verme después salvada por un hombre valiente exponiéndose a perder su vida por mí.

-No, no; dejemos los naufragios; buen tiempo, siempre buen tiempo; el capitán me dice que yo espanto a las nubes, porque desde que navego con él no hemos corrido ningún gran

temporal -dijo Emil sonriéndose, mientras dibujaba en la tierra con una varita un barco con todo el velamen extendido, como él deseaba, allí en su interior, que fuese el suyo.

Librodot

-sí, hijo, eso es bueno; que siga la buena suerte, y ahora que has ascendido a piloto, lo deseo mucho más, porque tendrás s responsabilidades que no tenías antes. ¿Estás bien preparado, Emil, para desempeñar tu cargo con lucimiento? E, n todo esto he estado pensando, pues ahora tienes que obedecer como antes y al mismo tiempo saber mandar. Mucho cuidado, Emil, mucho cuidado; no abuses, por Dios, del mando, no te conviertas nunca en un tirano.

-No tenga usted cuidado; con lo que he visto en los viajes anteriores creo que tengo bastante, y procuraré que me quiera mi gente sin permitir nunca que abusen de mí.

Emil, mucha prudencia y gran tacto para tratar a la tripulación, porque si das motivo a una insubordinación a bordo, tu tío Herman te retiraría su protección y no llegarías nunca a ser capitán ni podríamos realizar nuestro proyectado viaje.

-Yo le juro que seré prudente -y Emil dio un beso a tía Jo para robustecer su promesa, lo que sirvió de gran alegría a Nat, que estaba en los pórticos de la casa tocando el violín para alegrar y entretener a Daisy.

-Orgullosa estoy de ti, capitán; pero permíteme que te diga dos palabras más y termino, porque veo que ya no tengo nada más que aconsejarte; mi marido es el que podrá decirte algo más. Yo he leído, no sé dónde, que cada pulgada de maroma de la que usa la marina inglesa tiene un cordón encarnado y que cualquier pedacito que se encuentre, sea donde fuere, se reconoce al instante. Este es, precisamente, el texto del pobre sermón que te estoy echando. La virtud, que significa honor, la honradez y el valor, y en general todo lo que constituye la fama, es el hilo encarnado que señala el hombre bueno en dondequiera que se halle. Guárdalo con cuidado, querido Emil, que si la desgracia hace que algún día naufragues (no lo quiera Dios), por él te reconocerán en seguida. La vida del mar es rústica, lo comprendo; pero esto

no impide que tú seas un caballero en todo el sentido de la palabra; no te preocupes nunca de la suerte de tu cuerpo; procura que tu alma esté siempre limpia, que tu corazón sea fiel para los que te aman de veras, y espera confiado y contento el resultado.

Mientras ella hablaba, Emil se había puesto de pie y escuchaba con la cabeza descubierta, el continente grave y respetuoso, como si estuviera recibiendo las órdenes de un oficial superior; al terminar ella de hablar, contestó el joven con la voz algo entrecortada:

-¡Dios lo haga! Yo bien lo deseo.

La tía Jo se separó con una sonrisita de su sobrino cuando vio venir a Dan, que era algo duro de pescar, y no quería perder aquella oportunidad.

-Ven, hombre, ven; después de tu gran caminata te conviene descansar un poco - exclamó, llamándole para que se sentara en aquel gran sofá donde tantos muchachos se habían sentado.

-Es que no quería interrumpir a usted...

Y Dan se sentó con gusto porque sus pies ya deseaban descansar en alguna parte.

-Nunca, si yo estoy siempre deseosa de hablar; por algo soy mujer, ¿es verdad, Dan? -dijo Jo, riéndose mientras el joven cruzaba con gusto las

piernas y se disponía a escuchar y a decir él también algo.

-Ya se acabaron las fiestas. ¿No le parece a usted que ya es hora de que vaya yo pensando en hacer algo? - preguntó Dan, mientras se quitaba las hierbecillas que traía adheridas a la barba, porque había estado echado en el césped.

-No hay que precipitarse; todo se irá haciendo. Ya has rodado bastante y necesitas descansar; además, el tiempo que has estado con los libros no ha sido tiempo perdido, porque veo con gusto que te vas civilizando -contestó de pronto la tía Jo, v a continuación siguió diciendo-: La idea de dedicarte a la agricultura me gusta mucho, aunque más me gustaría que pudieras ayudar y favorecer a los pobres indios, porque siempre vale más trabajar para otros que para uno mismo.

-Es mucha verdad - asintió Dan con vehemencia -. Necesito arraigar en alguna parte y tener a mi alrededor mucha gente a quien cuidar. De mi propia compañía estoy cansado, y es

preciso que busque cuanto antes con quien vivir. Soy bastante ignorante, lo comprendo, pero me gusta más andar por ahí contemplando la naturaleza que encerrarme con los libros como hacen otros; ¿no le parece a usted?

Esperó con ansiedad la contestación de Jo, y ésta

procuró disimular la sorpresa que le habían causado sus palabras, porque Dan había estado últimamente devorando los libros y parecía que estaba entusiasmado con el estudio.

-No, a mí no me parece eso; a mí me parece que debes irte acostumbrando a otra clase de vida; pues no vas a estar siempre corriendo a caballo detrás de las fieras y en aventuras peligrosas por esos mundos de Dios. Y a propósito de aventuras, aun no me has dicho, verdad es que yo no te lo he preguntado, porque esperaba oportunidad para ello, cómo has ganado el dinero que has traído. ¿Lo has ganado en el juego?

-¡Ni un solo penique! He jugado, sí; porque la especulación no es más que un juego en grande; pero lo que gané por un lado lo perdí por otro, y gracias que me retiré a tiempo.

-¡Bendecido sea Dios, hijo mío! No lo vuelvas a intentar; que no te ciegue nunca la ambición. Prefiero mil veces que corras peligros por tus praderas y montañas detrás de los búfalos que no que se pierda tu alma.

Dan asintió con la cabeza, al verla tan turbada, y se apresuró a contestar para tranquilizarla:

-No tenga usted cuidado, que no jugaré nunca más; ahora soy un buen muchacho; ni bebo, ni hago nada de lo que a usted tanto le asusta. Por esa par-

te puede usted estar tranquila; lo que pasa es que me voy por momentos excitando más y más, y me veo impotente para dominar a este maldito temperamento mío. Acosar a un búfalo o a una morsa, es cosa sencillísima para mí; pero tener, por ejemplo, que tratar a un hombre que sabe usted ciertamente que es un tuno, un holgazán hipócrita, que le viene con una sonrisita falsa, eso no lo puedo sufrir; me voy porque el día menos pensado mato a uno... Y Dan dio un puñetazo en la mesa, con tal fuerza, que la lámpara colgada sobre ella quedó vacilando durante un buen rato.

-Esas fueron siempre tus mayores dificultades, Dan; y yo simpatizo mucho contigo, porque desde que me reconozco uso de razón vengo trabajando sin descanso en tratar de dominar mi temperamento y aun no lo he conseguido del todo - dijo Jo, dando un suspiro -. Por amor de Dios, hijo mío, trata de dominarte y no vayas, en un momento de ira, a perderte para siempre. Haz lo que le he dicho a Nat que haga: reza con frecuencia, porque para todas estas debilidades humanas no hay más medicina que la paciencia y el amor a Dios.

Los ojos de tía Jo se habían llenado de lágrimas, y Dan la miraba enternecido, aunque un tanto contrariado, como le sucedía siempre que le hablaban de religión, porque él tenía sus ideas sobre este particular y las entendía allá a su manera.

-Yo rezo muy poco, pero haré lo posible por dominarme y me marcharé cuanto antes a vivir con los pieles rojas, hasta que esté en condiciones de vivir con otra clase de hombres más civilizados -dijo Dan, apoyando su cabeza con desaliento en sus manos.

-Sigue mis consejos, Dan; no te desanimes, estudia un poco más y procura buscar la sociedad de otra clase de hombres, que en vez de mortificarte te ayuden a vivir feliz y tranquilo. Nosotros no te hemos instruído para salvaje; tú eras antes cariñoso y manso como un cordero, y todos estábamos tan satisfechos de ti...

-Pues gracias a eso; pero ahora he caído aquí como un gavilán en gallinero y he sentido ya irresistibles deseos de echar las garras a más de una gallina -contestó Dan, sonriéndose al ver la cara de espanto que había puesto tía Jo -. Seguiré sus consejos y procuraré asociarme el poco tiempo que esté aquí con otra clase de amigos, aunque un hombre como yo no puede escoger mucho.

-Sí, hombre, sí; mira, éstos son los mejores amigos; yo te escogeré unos cuantos - y Jo empezó a separar algunos libros del estante que tenía en la habitación donde estaban sentados.

-Déme usted novelas y libros de viajes; no me dé libros de oraciones porque no leeré ninguno -dijo Dan fijándose en los rótulos de los que tía Jo iba apartando.

Jo se volvió de pronto, y poniendo una mano en cada uno de los anchos hombros del joven, se quedó un momento mirándolo a los ojos; después le dijo con dulzura:

-Oye, Dan, no desprecies nunca las cosas buenas ni pretendas ser peor de lo que en realidad eres. Llevado de falsas preocupaciones y necedades no vayas a descuidar la religión, sin la cual no hay hombre que pueda vivir en el mundo. No hables de ella si no quieres, pero no le cierres nunca tu corazón en cualquier forma que venga. La naturaleza es tu único Dios ahora; bastante ha hecho ya por ti; ella seguirá haciendo más y te dará a conocer, y hará que ames al más sabio, al más tierno y cariñoso de todos los maestros, al amigo y consolador de todos los hombres. Esta debe ser tu única esperanza; no la desprecies ni pierdas el tiempo inútilmente, porque más tarde o más temprano lo necesitarás, y El vendrá a ayudarte cuando todas las demás ayudas te falten.

Dan permaneció inmóvil, oyéndola con atención y respeto, y ella pudo leer en la tranquilidad de los ojos del joven lo que se agitaba en su corazón, que él no encontraba palabras con que expresar, pero hacía de modo que ella lo adivinara. No despegó los labios, y tía Jo se apresuró a decir:

-En tu cuarto he visto la Biblia que te di cuando te marchaste, muy ajada por fuera, pero nuevecita y limpia por dentro, lo que prueba que no la has leído mucho. ¿Ale prometes que la leerás ahora, aunque no sea más que una vez por semana? El domingo es día de descanso en todas partes, y este libro es siempre nuevo, hijo mío; nunca pasa de moda. Empieza con las historias que acostumbrabas leer cuando eras niño. David era tu favorito, ¿te acuerdas? Vuelve a leerla; verás cómo ahora te gusta más que antes, y encontrarás sus pecados y arrepentimientos muy útiles, hasta que llegues a las obras y a su divino ejemplo. Hazlo, hijo, hazlo por amor a la madre Bhaer que tanto se preocupa por ti.

-Lo haré, lo haré - contestó Dan, alegrándose de pronto su rostro como se alegra el cielo cuando el sol rompe las nubes que durante algún tiempo lo han tenido oculto.

Tía Jo volvió a los libros y comenzó a hablar de ellos, porque sabía perfectamente que Dan no llevaría mas que los que tenía separados. Estaba un poco más alegre, cosa que a él era bastante difícil podérselo notar, porque ponía en ocultarlo el mismo empeño que ponen los indios en esconder sus penas o temores.

-¡Hola, hola! Aquí está el viejo Sintram; ya me acuerdo, ya; de pequeño me gustaba mucho, y se lo leía de cabo a rabo a Teddy. Va a la cabeza, con la muerte, y el demonio a su lado.

Mientras Dan examinaba el dibujo del joven, con caballo y perro de caza, que va con decisión hacia el desfiladero de la montaña, acompañado de otros jinetes, exclamó tía Jo, movida por impulso de curiosidad:

-¡Ese eres tú, Dan! Exactamente lo mismo que lo que eres tú ahora. En la vida que llevas está el peligro y el pecado; las pasiones y el mal humor te atormentan constantemente; el mal padre te abandonó para que lucharas tú solo, y los espíritus salvajes te impulsan a cambiar sin cesar, a recorrer el mundo de un extremo a otro en busca de reposo y del dominio de ti mismo. Mira, hasta el caballo y el perro están ahí, tu Octoo y tu Don, tus dos fieles amigos. Aun no tienes la armadura, pero yo te diré dónde la encontrarás. ¿Te acuerdas que la madre de Sintram buscaba, y por fin halló la recompensa después de la batalla? Acuérdate de tu madre; yo siempre tuve la persuasión de que sus buenas cualidades viven en ti. Obra como aconseja esta historia, y tu madre estará allá arriba orgullosa de ti.

Librodot

Tía Jo se fue entusiasmando con la explicación del cuento y el significado de las láminas, porque veía el buen efecto que todo ello producía a Dan, que escuchaba con gran atención, porque era muy impresionable, como lo son todos los de su temperamento, y la vida que había llevado entre cazadores e indios había hecho que fuera supersticioso; creía en ensueños y en el destino, y todo lo que él pudiera ver, aunque fuera pintado, le producía más efecto que todas las palabras, por muy sabias que fueran.

-Eso es poco probable. Yo no creo que la gente se vuelva a encontrar en el cielo. Por otra parte, ¿por qué había de recordarse mi madre del hijo que dejó tan pequeño?

-Porque las verdaderas madres jamás se olvidan de sus hijos. Y la tuya fue de ésas. Has de saber que se separó de tu padre para que t' no sufrieras la perniciosa influencia de éste. ¡Quién sabe qué hubiera sido de ti sin su protección constante y tierna! Nunca olvides lo que hizo por ti y los sacrificios que le costó.

La señora Jo dijo esto con gran entusiasmo, porque sabía que Dan recordaba con gusto los primeros años de su niñez; y, en efecto, no pasó mucho tiempo, y la tía Jo vio caer un gran lagrimón sobre la lámina del libro que miraba Dan.

-Bueno, guardaré este libro si usted me lo permite; lo leeré todo, y puede ser que me sirva de algo; quisiera volver a ver a mi madre fuera donde fuera; ¡pero me parece que será tan difícil!

-Guárdalo, guárdalo, hombre; mi madre me lo dio a mí, y ya lo he leído y releído; cuando lo leas, acuérdate de que ninguna de tus dos madres te olvidan -y la tía Jo le dio un golpecito cariñoso en el hombro.

Dan se metió el libro en el bolsillo, y, dando las buenas noches, se fue en dirección al rió, para que el aire, cale la noche refrescara su cabeza, que se había ofuscado con tantas ternuras y recuerdos.

Los viajeros se marcharon a la mañana siguiente y después de despedirse de todos y de besar muchas veces las manos de la señora Bhaer, dijo ésta a su marido:

-No sé, pero tengo como un presentimiento de que a alguno de ellos le va a suceder algo y no lo voy a volver a ver; y, si lo veo, será muy cambiado. Pero, en fin, no puedo hacer más que repetir lo que tantas veces he dicho. ¡Que Dios acompañe siempre a mis muchachos!

CAPITULO VII
EL LEON Y EL CORDERO

Detrás de los muchachos fueron desfilando otras personas, desparramándose hacía diferentes puntos, y Plumfield quedó más tranquilo que en años anteriores. Había llegado agosto, y todos sentían deseos de cambiar de aires. El profesor se llevó a Jo a las montañas; los Laurence estaban en la playa, y la familia Meg y los muchachos de Bhaer iban y venían, turnándose entre ellos para no dejar abandonadas las casas del todo.

Meg y su hija se encontraban en el despacho del colegio el día que ocurrieron los sucesos que vamos a relatar. Rob y Teddy acababan de volver de las montañas, y Nan estaba en el pueblo, pasando tina semana con la única amiga que ella quería de veras. John se había marchado con Tom en un viaje corto por aquellos contornos, así es que Rob era el amo de casa en aquel momento. El aire del mar había indudablemente trastornado la cabeza a Teddy,

a juzgar por lo revoltoso que estaba, mortificando al pobre Octoo, el hermoso perro de Dan, que no quería separarse de la puerta del cuarto de su amo.

-No, hombre, no -decía Teddy a Rob-; este perro está enfermo; no quiere jugar, ni comer, ni beber; no se mueve de la puerta del cuarto. Si le sucede algo, Dan nos va a matar cuando vuelva.

-Será el calor -contestó Rob-; los perros sienten mucho el calor; y, además, se ve que está triste, como si presintiera algo. Oye, Teddy, ¿le habrá sucedido algo a Dan? Yo he oído hablar algo de esto - siguió diciendo Rob, y se quedó muy pensativo.

-¡Puf!, ¿qué quieres tú que sepa el perro de esas cosas? Es que está fastidiado con nosotros - y Teddy castañeó sus dedos para llamarle la atención, pero el perro no hizo más que mirarlo con tristeza, y volvió a bajar la cabeza sin moverse de su puesto.

-Déjalo, déjalo; si mañana sigue así, lo llevaré a que lo vea el doctor Watkins, y veremos lo que dice- y Rob se marchó a pulir un poco unos versos volatinos que acababa de componer.

Pero el espíritu de perversidad que se había apoderado de Teddy no le dejaba tranquilo, y siguió hostigando al animal, diciendo en alta voz que no le convenía estar allí tanto tiempo tumbado. Rob había tenido la buena idea de ponerle la cadena, y el animal seguía sufriendo con paciencia los insultos y amenazas de Teddy, y luego sus patadas y empellones, hasta que, ya cansado, se levantó y ladró.

-¡No toques al perro!, ¡deja tranquilo al pobre animal'. Dan encargó mucho que no le pegáramos, ¿oyes?

Rob era el que hablaba de este modo, pero Teddy, en vez de obedecerle, se apoderó de una varita que encontró a mano. Al verlo venir, el perro se preparó para lanzarse sobre él; Rob se puso por medio para apaciguarlo y recibió una dentellada en una pantorrilla.

-Lo siento, Rob, lo siento muchísimo; ¿pero por qué te has puesto por medio, hombre? Ven, ven y te lavaré la herida -dijo Teddy mojando una esponja y sacando del bolsillo su pañuelo para vendarle la pierna.

Rob se sentó en una silla, y no dirigió a su hermano una sola palabra de reproche; se miró la herida y el contorno amoratado, y Teddy le dijo al ver la palidez de su cara:

-Esto no es nada, Rob; ¿te vas a asustar por tan poca cosa?; verás qué pronto está curado.

-No, a lo que le tengo miedo es a la hidrofobia; pero, en fin, si el perro está rabioso, yo seré el único que sufra las consecuencias -contestó Rob con una sonrisa y haciendo un estremecimiento de cuerpo.

Teddy se quedó más muerto que vivo al oír estas terribles palabras, que l hicieron de pronto pensar en lo que a él no se le había ocurrido.

-Por Dios, Rob, no digas eso. ¿Qué haría yo, pobre de mí, qué haría yo si resultara una desgracia como ésa?

-Llama a Nan, que nadie mejor que ella lo puede saber y que no se entere la tía, porque se asustaría; a Nan la encontrarás detrás de la plaza; que venga en seguida, y no perdamos un momento. Yo me levantaré mientras ella llega; acaso no sea nada.

Rob procuraba mostrar energía en sus palabras, a pesar del dolor que sentía, y a Teddy le temblaban aquellas piernas suyas tan largas; tan atolondrado estaba que no acertaba a encontrar la puerta por donde salir a la calle, en busca de la futura médica.

-¡Pronto, Nan, ven a curar a Rob que lo ha mordido el perro, que debe estar rabioso! ¡Anda, mujer, corre, que es culpa mía; pero que no lo sepa nadie!

Nan dio un salto de la hamaca donde estaba perezosamente recostada, y, sin dar explicaciones a su amiga, apretó el paso en compañía de Teddy, que le fue dando más detalle; de lo ocurrido.

-Mira, Rob -dijo Nan antes de examinar al perro y de ver la herida; por si acaso, lo mejor será

hacer una cosa; lo siento, hijo, porque es muy dolorosa, pero es el único medio de salvarte.

-Ya sé, ya sé lo que quieres hacer; quemar la herida; hazlo, hazlo sin miedo, que yo lo resistiré; pero tú márchate, Teddy, márchate que tú no lo puedes ver - dijo Rob apretando los labios.

-Sí, pero lo siento, lo siento porque yo debía ser en realidad el mordido, y no tú, que no tienes culpa.

Era día de planchado y aun ardía el fuego en la cocina. Nan no tardó en poner un asador candente, y con éste y un cacharro de agua fresca, se dirigió al paciente, más asustada que serena' a pesar de sus aptitudes profesionales y sus aficiones por la cirugía.

-Ahora, Rob, estate quietecito, hijo mío; es cuestión de un minuto y estamos salvados; apóyate en Teddy por si te desmayas.

Rob cerró los ojos, apretó los puños con fuerza, y esperó, resignado como un héroe. A Nan le temblaba el pulso, sudaba la gota gorda, y creía sentir más dolor que el que iba a causar a Rob.

Cuando cesó el ruido producido por la chamuscadura de la carne, Rob abrió los ojos y se echó a reír al ver la cara de angustia que había puesto Nan.

-Todo va bien ahora; esta precaución convenía tomarla -decía Nan mientras vendaba la pierna-; ahora escuchadme: no hay necesidad que alarmemos a la familia; tú, Teddy ensilla el caballo, que voy a hablar con el doctor, y Rob que no mueva la pierna del sofá.

El doctor Morrison tranquilizó a Nan, y, con la explicación de ésta, ya le anticipó lo que tenía el perro antes de verlo. "Quemar la herida ha sido buena precaución; que se lleve el perro al veterinario para que lo tenga un tiempo en observación, por más que lo que tiene el animal es que extraña a su amo."

Nan quedó muy contenta con la explicación de su profesor, y se volvió a casa avisando de paso al veterinario, que no tardó en presentarse a reconocer al perro. El animal se quedó mirándolo, y se marchó muy gustoso con él, como diciendo para sus adentros: "Este me entiende, y sabe lo que tengo".

Teddy sentía grandes remordimientos, y andaba intranquilo, de un lado para otro, dudando si le contaría a tía Jo lo ocurrido. Por fin, se calmó, y no se apartaba del lado de su hermano, entreteniéndolo, contándole cuentos y leyéndole los libros que más le gustaban a Rob, hasta que éste estuvo en disposición de caminar.

-Pues, señor, me hago cruces y no acierto a explicarme lo que yo misma estoy viendo - decía un día Jo a su marido, una semana después de su vuelta de las montañas, al ver el buen comportamiento de su hijo menor. Teddy es un santo ahora; casi voy teniendo miedo porque creo que lo vamos a peder. ¿Consistirá en la dulzura de Meg o en las comidas exquisitas que Daisy sabe hacer? Nada, no soy supersticiosa, como sabes, pero nadie me quitará de la cabeza que aquí ha habido brujería.

-Jo, mujer; es que está creciendo y convirtiéndose por momentos en un hombre formal; yo también he notado algo en Rob; está algo serio, pero hay que confesar, Jo, que son hermosos muchachos; cualquier día nos dan una sorpresa. Mientras el profesor hablaba, fijaba la vista con orgullo en los dos hermanos que venían tomados del brazo, paseando muy despacito en dirección de su casa, y hablando de geología, a cuyo estudio tenía Rob gran afición. Teddy se reía antes de estas aficiones de su hermano, y había hecho mil diabluras mandándole paquetes muy bien envueltos de barro, y otras picardías por el estilo, con el rótulo de "Al Profesor R. M. Bhaer". Pero desde algunos días escuchaba con atención las explicaciones de Rob, a quien siempre había querido, pero a quien nunca había hecho caso, y cuyas chifladuras había despreciado, como él llamaba a las aficiones de su hermano, hasta que cambió de repente, al ver con la serenidad y valor que soportó la quemadura de la herida que le causó el perro por su culpa, pensando en las consecuencias terribles que podía haber tenido todo aquello. La pierna de su hermano iba mejor, aunque aun cojeaba un poco, y Teddy le daba siempre el

Librodot

brazo para que pudiera caminar mejor y disimulara más la cojera. Nadie, más que Teddy y Nan, había visto la herida, y de la cojera salió Rob del paso diciendo a su madre que había resbalado por la escalera.

-De vosotros hablábamos en este momento, hijos míos; sentaos y decidnos qué milagro ha sido ése, que durante nuestra ausencia ha ejercido un cambio tan repentino y hermoso en vosotros - dijo tía Jo, dando golpecitos en el sofá del comedor para que se sentaran a su lado, mientras que el profesor dejaba a un lado de la mesa las cartas que había recibido, para oír mejor a su mujer y a sus hijos.

-Pues muy sencillo, yo te lo diré mamá; consiste en que, al vernos tantos días solos, nos fuimos acostumbrando a dar nuestros paseítos juntos, y a contarnos todas nuestras cosas; exactamente igual que te sucede a ti con papá -y Teddy creyó que con esta contestación quedaba todo arreglado.

-Eso que haces de compararte con mamá, no

está bien; yo sí, yo tengo gran orgullo en imitar en todo lo que puedo a papá - dijo Rob, haciendo una reverencia a su padre, que hizo reír a todos.

-No, no importa que se iguale a mí, porque es verdad lo que dice; y si tú haces por tu hermano la mitad de lo que papá hace por mí, ya puedes contar que serás feliz y que lo seremos todos -dijo la tía Jo con entusiasmo-. No sabéis lo mucho que yo disfruto al veros tan unidos y ayudandoos el uno al otro; así es que seguid de esta manera, y dadnos muchas, muchísimas sorpresas de esta clase.

-La querida mamá lo ha dicho todo; yo estoy lo mismo que ella, contentísimo al veros tan unidos y ayudándoos mutuamente. ¡Quiera el cielo que no os canséis de seguir así! -y el profesor movió la cabeza varias veces, para dar más fuerza a sus palabras.

Rob fue más prudente, y no quiso meterse en más honduras, temeroso de que se le escapara alguna palabra y se descubriera todo; pero Teddy se extendió más en sus explicaciones, y se contradijo dos veces, poniéndose colorado y tapándose la boca al echarle su hermano una mirada imponiéndole silencio.

-Bien, pero el caso es -dijo Jo- que nos quedamos sin saber una palabra de verdad de lo que

ha motivado este cambio tan repentino que durante nuestra ausencia se ha operado en vosotros. y esto, francamente, no lo encuentro bien, ni lo puede encontrar bien vuestro papá. Yo creo que Teddy ha de haber mortificado mucho a Rob, y que, después, os habéis puesto de acuerdo para que nosotros no sepamos nada.

Rob se había puesto tan colorado como Teddy, y después de un momento de vacilación levantó la cabeza y dijo resuelto, como el que desea quitarse un peso de encima:

-Bueno, mamá; lo pasado, pasado está; Teddy lo hizo sin querer, y lo sintió tanto que no se apartó de mí un momento, y ahora es muy bueno conmigo.

Tía Jo miró a Teddy, que pestañeaba muy de prisa, pero sin mover la cabeza; después miró a Rob, cuya sonrisa la tranquilizó mucho, pero notó algo en él que no acababa de comprender y se decidió a interrogarle.

-Mira, Rob, dime la verdad, hijo mío; tú has estado enfermo; no me lo niegues porque te lo conozco en la cara. Ya sabes que a mí no me gustan los secretos. ¡Oye, Fritz, diles que confiesen la verdad!

El señor Bhaer dejó de leer, y, acercándose a

ellos, les dijo en tono que tranquilizó a Jo y animó a los chicos.

-Pero, hijos míos, decid la verdad de lo ocurrido; nosotros tenemos que saberlo todo para poderos aconsejar, y Teddy sabe perfectamente que yo le perdono siempre, porque le quiero mucho, así es que sed francos y no andéis con tapujos.

Teddy se acurrucó en un rincón del sofá, y no se le veían más que las orejas, muy coloradas, mientras que Rob contaba todo lo ocurrido, dulcificando la voz y sonriéndose a

Librodot

cada palabra; pero esto no bastó para que Jo quedara tranquila, porque se puso de pronto tan pálida, que parecía que se iba a desmayar, y su marido principió a pasearse de un lado para otro exclamando en alta voz:

-¡Cielos santos, qué desgracia, qué atrocidad, Dios mío!

Teddy se llevó las manos a sus encendidas orejas para no oír las exclamaciones de su padre, y tanto se fue encogiendo que quedó casi hecho un ovillo, y no se sabe dónde pudo meter aquellas piernas tan largas que en aquel momento casi no se le veían.

Jo se había abrazado a Rob, y no cesaba de llorar, hasta que el profesor le dijo:

-¡No te pongas así, mujer!; en medio de todo, debemos estar orgullosos de ver la valentía con que el muchacho soportó la cura, y además, contentos al verlo fuera de peligro, gracias a Dios.

-Teddy, ¡por amor de Dios!, no seas tan alocado, hijo; procura corregirte, que el bien será para ti, y a nosotros nos ahorrarás también muchos disgustos -dijo Jo secándose las lágrimas.

-Ya estoy corregido, mamá -contestó Teddy, deshaciendo de pronto el complicado enredo que había formado con sus piernas y brazos-; seré siempre tan bueno o más que en estos últimos días, y no os volveré a dar el menor disgusto.

-¡Ven aquí, pecador, ven aquí! Sé que has sufrido bastante, y por eso no quiero decirte una palabra más; pero figúrate lo que hubiera sido de nosotros si a Rob le hubiera ocurrido una desgracia.

-Bueno, papá, castígame, porque lo merezco -dijo Teddy con valentía-; pero antes de castigarme dime que me perdonas, como ya me ha perdonado Rob.

-Sí, hombre, sí -contestó el bueno del profesor abrazando a su hijo-; una y mil veces te perdono; pero ten entendimiento, hijo mío; corrígete, que ahora puedes hacerlo con suma facilidad; después sería ya demasiado tarde.

La tía Jo quedó tan satisfecha de las promesas de su hijo, que disfrutó lo indecible, como romántica que era, al pensar en el brillante porvenir de todos ellos. Se convino en no decir una palabra a nadie de lo ocurrido, excepto a Nan, a la que era preciso dar las gracias.

-Pues, señor, camino de sorpresa en sorpresa -dijo tía Jo-; siempre creí que las muchachas eran por su propia naturaleza asustadizas y chillonas; que se desmayaban y armaban gran alboroto por la cosa más insignificante, y al oíros referir ahora su acierto y serenidad en la cura que hizo a Rob, me he quedado como quien ve visiones; ¿qué podría yo hacer para mostrarle mi gratitud?

-Pues muy sencillo; espantar a Tom de aquí para que la deje en paz, y verás lo mucho que te lo agradece -contestó Teddy sin pestañear, por más que la reprimenda que acababa de llevar había disminuido algo su nativa alegría.

-Sí, mamá, hazlo y harás una obra de caridad, porque la mortifica mucho más que un mosquito cuando se ceba en la oscuridad en nosotros, y no acertamos a aplastarlo -añadió el prudente Rob, sonriéndose-; es buen muchacho y viejo amigo nuestro; pero no me gusta que asedie de esa manera tan inicua y tan poco noble a la pobre Tan, que es muy estudiosa y muy buena.

-Pues, mira, lo voy a hacer; porque es lástima que la muchacha pierda su carrera por un zángano como ése, que ni estudia ni la deja estudiar a ella -contestó tía Jo, muy decidida.

Pero tía Jo no sabía que iba a tomar una determinación que no hacía maldita la falta; porque el amor y la gratitud hacen milagros, particularmente si a esto se unen juventud, belleza, un accidente y la fotografía, como lo prueba el caso que le sucedió al confiado pero muy susceptible Tom, del que hablaremos más adelante.

CAPITULO VIII
JOSIE HACE LA SIRENA

Mientras los chicos Bhaer pasaban en su casa los contratiempos y disgustos que acabamos de referir, Josie disfrutaba en Rocky Nook lo indecible; porque los Laurence sabían ya por experiencia que para pasar el verano divertido, sin sentir mucho el calor, lo mejor de todo era la playa. Bess quería mucho a su prima, y la señora Amy comprendía que, aunque su sobrina fuera un día actriz, o dejara de serlo, sería siempre una señorita distinguida y guapa; y se esmeraba más y más en darle una buena educación para que pudiera distinguirse en todas partes; pero el tío Laurie, en cambio, nunca era tan feliz como cuando se veía remando en bote, paseando a caballo, o corriendo a pie, seguido de su familia por las montañas próximas al mar. Josie y Bess se divertían también mucho con las amigas de las villas inmediatas a la suya, situadas en las laderas de los montes de la costa, y ganando en buenos colores y alegría.

Un acontecimiento vino de pronto a turbar la paz y tranquilidad de Josie, que de la noche a la mañana se convirtió en el policía secreto, que no descansaba un momento en ningún lado. La célebre actriz señorita Cameron alquiló una villa inmediata a la de ellos, para descansar los meses de verano y estudiar algunos papeles para la temporada de invierno. Se había encerrado en su villa, que tenía un trozo de playa propia, y no recibía a nadie. Los Laurence la conocían, pero respetaban su aislamiento y no querían molestarla.

Josie no descansaba ni de día ni de noche, pensando que estaba tan cerquita de su ídolo, y no podía verla ni hablarla. Aquella mujer que por su talento, hermosura y habilidad en las tablas se había conquistado una fortuna y la admiración de tantos y, tantos más de personas, tenía a Josie trastornada. Una actriz así era lo que ella quería ser, que ennoblecen y purifican la escena. Si la amable señorita Cameron hubiera sabido el ardiente deseo de aquella jovenzuela, que ella veía saltando por las rocas próximas a su casa, corriendo otras veces en un caballejo a lo largo de la playa, o remando en el bote, a buen seguro que se hubiera dejado ver y hasta le hubiera dirigido la palabra.

-Yo ya no sé qué hacer -decía Josie a su prima una tarde que se preparaban para salir a pasear en el bote-; como no me suba a aquel pino que hay allí cerca de su jardín, no sé ya qué hacer para poderla ver, porque ya no me atrevo a acercarme por la playa, pues el otro día mandó a un criado para que me marchara de donde yo estaba esperando que saliera a tomar su baño.

-No pierdas el tiempo de ese modo, mujer; ten un poquito más de calma y no te impacientes, que ya tendrás ocasión de verla. Ya sabes que papá ha dicho que antes de que termine la temporada de baños hablaremos un día con ella - contestó Bess mientras se recogía el pelo y se preparaba para la pesca.

-Es que soy enemiga de esperar, me carga soberanamente; pero, en fin, qué remedio me queda; esperaré hasta que se presente la oportunidad.

Las dos se fueron con sus trajes de baño puestos, a aquella hora de la mañana, en la que no se veía casi ningún bañista por la playa; eran nadadoras resistentes y sabían hacer muchos ejercicios en el agua. Poco rato hacía que andaban remando, tratando de pescar algún pececito con la caña y zambulléndose y jugueteando con las olas, cuando de pronto exclamó Josie:

-¡Mírala, mírala, Bess! ¡Ella es! ¡Ay, qué lástima, si saliera un poquito más!

-No mires así, mujer; haz como si no la viéramos, o como si no nos importara nada, y entonces se estará más tiempo donde está y la contemplaremos mejor, aunque sea mirando con disimulo - contestó Bess sonriéndose.

-Bueno, pero acerquémonos más, como quien va a arrancar algas, y así la veremos mejor; luego nos retiramos, y así comprenderá que no intentamos curiosear - propuso Josie, que no cesaba de imaginar situaciones dramáticas.

En el momento preciso que se disponían a acercarse donde estaba la señorita Cameron vieron con sorpresa que ésta les hacía señas para que vinieran. Llamó también a su criada y las dos miraban el agua como buscando alguna cosa.

-¡Vamos, vamos, que nos llama! -exclamó Josie entusiasmada.

La señorita Cameron les dijo al llegar, con aquella voz suya tan hermosísima, sin apartar los ojos del agua:

-Se me ha caído un brazalete; lo estoy viendo, pero no lo puedo agarrar. Si el chico quisiera hacer el favor de darme la caña o un palo largo, se lo agradecería muchísimo. Seguiré con la vista fija en él para que no se lo lleve el agua.

-Yo se lo tomaré con mucho gusto; pero yo no soy chico, soy chica -contestó Josie sonriéndose.

-¡Ay, perdone usted, que no me había fijado! Es un brazalete que tengo en gran estima.

-No se apure usted, que ya lo sacaré yo ...

Y Josie se zambulló de cabeza en el agua. Al momento salió bufando y con los ojos cerrados, pero en vez de brazalete sacó un puñado de piedras.

-No no, ya ha desaparecido, es culpa mía. No se moleste usted más -dijo la señorita Cameron, desanimada.

-Ya lo pescaré, ya -dijo Josie después de tomar nuevos alientos; y al momento se volvieron a ver sus piernas por el aire.

-Sentiría que se hiciera daño -dijo la señorita Cameron mirando a Bess, a quien reconoció por el gran parecido con su madre.

-No se apure usted, Josie nada como un pez, y lo hace con mucho gusto - contestó Bess sonriéndose.

-¿Es usted hija del señor Laurence? ¿Cómo está usted, querida? Dígale a su papá que muy pronto iré a ver a ustedes a su casa. Me encontraba tan cansada, que no he podido visitar ni a mis mejores amigos. Aquí tenemos ya la perla de los buzos. ¡Qué resistencia tan grande!

Josie no sacó más que algas y piedras; pero después de respirar y quitarse el agua de los ojos, dijo con mucha serenidad:

-No me doy por vencida; lo sacaré aunque tenga que ir por debajo del agua hasta Liverpool. Y allá fue de nuevo la sirena, bajando hasta perderla de vista.

-¡Qué valiente es esta niña! Me gusta muchísimo. ¿Quién es? -preguntó la señorita Cameron sentándose en una roca para verla nadar por debajo del agua, ya que había dejado de ver su brazalete.

Bess le dijo quién era, y le informó además de los ardientes deseos que tenía su prima de ser cómica y lo mucho que había estado anhelando el hablar con ella.

-¡Hija de mi alma! Pero, ¿por qué no ha venido a decírmelo? Aunque por lo general huyo de las jóvenes entusiastas por la escena, lo mismo que de los reporteros; pero con una tarjeta de su papá yo la hubiera recibido con mucho gusto.

No hubo tiempo para seguir hablando más, porque apareció en el agua una mano morena empuñando el brazalete, seguida de la carita amoratada de Josie, con los ojos cerrados y dando resoplidos, medio ahogada, pero triunfante.

La señorita Cameron se le acercó a ella, le quitó el pelo de la cara y la animó diciéndole: "¡Bravo, bravo!", que Josie interpretó como un aplauso en el primer acto que representaba. Josie siempre había creído que llegaría a tener un día una entrevista con la renombrada actriz americana, pero nunca se imaginó que su primera visita fuera de aquella manera.

-¡Lo pesqué, lo pesqué y estoy muy contenta! -Respire, hija, respire, y lo estaré yo también. No sabe usted cuánto le agradezco todo esto que ha hecho por mí. ¿Con qué le

Librodot

pagaré yo este favor tan grande? - preguntó la señorita Cameron mirándola con aquellos ojos tan hermosos que decían tantas cosas sin palabras.

Josie se frotó las manos, que aun no se habían secado, y contestó con un tono tan dulce y suplicante que hubiera enternecido a cualquier corazón por muy duro que hubiera sido.

-Permítame usted que vaya a visitarla una vez, sólo una vez. Deseo preguntar a usted si serviré yo para el teatro; usted lo comprenderá en seguida, y yo seguiré al pie de la letra lo que usted me . diga; si me dice que no, no volveré a pensar en esto, y si me dice que sí, estudiaré con entusiasmo, aunque sea a disgusto de mi mamá. ¿Quiere usted recibirme?

-Sí, sí; vaya usted mañana a las once. Hablaremos un buen rato; ya me demostrará usted lo que puede hacer, y yo le daré mi opinión. Pero le anticipo que no le gustará.

-S í, señora, si; yo acepto lo que usted me diga; si me dice usted que soy una imbécil, no me he de incomodar por eso ni por mucho más.

-Ah, hija mía; no crea usted que todo son flores; hay muchas zarzas espinosas en el camino y hay que sufrir mucho antes de pasarlo. Acaso pueda usted, y no intento desanimarla; vaya mañana y conversaremos.

La señorita Cameron daba vueltas en sus manos al brazalete mientras hablaba, y se sonrió con tanta dulzura, que la impetuosa Josie estuvo a punto de abalanzarse a ella y darle dos o tres besos; pero pudo refrenarse, aunque sus ojos se humedecieron aquella vez con algo más dulce que el agua del mar al darle las gracias.

-Mira, Josie, que estamos entreteniendo demasiado a la señorita Cameron, y la privaremos de contemplar la bajada de la marea; vamos a casa a dar cuenta del buen recibimiento que nos ha hecho interrumpió Bess de pronto.

-Gracias, sirenita, gracias. Diga usted a su papa que vayan todos cuando quieran, (que con ustedes no reza mi recogimiento; adiós, recuerdos.

Y la reina de la tragedia siguió despidiéndose y saludando con la mano a aquellas dos figuritas hasta que las perdió de vista; y al quedarse sola comenzó a decirse por lo bajo: "Tiene buena presencia, es graciosa, viva y enérgica, y debe tener talento, porque lo tienen todos los de su familia. ¡Quién sabe! Puede ser que sirva; ya veremos."

Por supuesto, ¡cómo era posible que Josie pegase los ojos aquella noche! ¡Para dormir estaba ella con la alegría y cosquilleo que corría por todo su cuerpo! Al tío Laurie le hizo la mar de gracia cuando le refirieron el episodio, y la tía Amy pensó al momento en el vestido que debía ponerse su sobrina, y Bess le prestó el sombrero más bonito que tenía. A las diez de la mañana siguiente ya estaba la muchacha vestida, se sentó un momento y quedó contemplando con alegría sus flamantes guantes blancos.

Sola, sola; quiero ir sola, porque así podré hallar con más libertad. Oye, Bess, ¡dime, mujer, dime que me dirá que sí! ¡No se ría usted tanto, tío, por amor (le Dios! Esto es una cosa muy seria para mí, y ustedes lo toman a broma. Déme usted un beso, tía Amy, y dígame que voy bien, ya que mamá no está aquí, y así me iré más satisfecha. Vaya, adiós, que se acerca la hora.

Con la persuasión de que ahora la recibirían, iba alegre y decidida, y no tardó en encontrarse en una bonita sala, donde quedó un momento mirando desde su asiento los muchos retratos de artistas que colgaban de las paredes. Conocía a muchos de ellos por haber leído sus biografías, y procuraba imitar a la señora Siddons en "Lady Macbeth", cuyo retrato contemplaba en aquel momento; y tan abstraída estaba en su contemplación, que la señorita Cameron la estuvo observando desde la puerta algunos momentos sin ser vista; entró después, de pronto, con la vista fija en ella y pronunciando algunas palabras, que era una de sus mejores escenas.

-Eso sí que no lo puedo hacer yo -dijo Josie saliendo de su abstracción-; pero trataré de imitar a usted todo lo posible.

-Veamos, querida; veamos lo que sabe usted hacer -contestó la actriz, entrando de lleno en el asunto, pensando al mismo tiempo que le sería difícil disuadir a su amiguita.

-Primeramente, haga usted el favor de aceptar este puñado de flores campestres que he recogido para usted; he pensado que debe usted estar cansada de las flores de jardín y que estas silvestres acaso le gustasen más -contestó Josie presentándole el ramo que tenía en la mano.

-Sí, verdaderamente; me gustan mucho estas flores del campo, de las que tengo la casa llena; pero, ¡calla!, ahora lo comprendo todo; son exactamente iguales al ramo que diariamente encuentro en la verja de entrada. ¡Conque era usted quien lo ponía! ¿Quién será, Señor, decía yo para mi, el que ha averiguado mis gustos?

Josie se puso colorada al verse descubierta y le contestó con una dulzura y sencillez encantadoras.

-Perdóneme usted; la admiro tanto que no sabía qué hacer para demostrárselo; ya sabía yo que no debía permitirme esta libertad; pero, ¡qué quiere usted!, no sabía contenerme, y venía todos los días muy temprano a depositar mi ofrenda, espiando en todas direcciones para no ser vista.

Aquella mujer, tan acostumbrada a recibir impasible tantas coronas y ovaciones, quedó conmovida al oír a la joven expresarse con tanta verdad y sencillez.

-Sí, hija, si; esto me encanta, las alabanzas me aburren. ¡Es tan dulce el amor puro y sincero como éste!...

Josie recordaba haber oído, entre otras varias historias, que la señorita Cameron había tenido hacía algunos años, una contrariedad amorosa y que desde entonces no vivía más que para el arte. Comprendió que todo esto podía ser verdad y que la artista hacía en aquel momento un esfuerzo por olvidar lo pasado, porque se apresuró a preguntarle, poniendo la cara muy risueña:

-¿Y qué sabe usted hacer? Vamos a ver; Julieta, por supuesto. Todas empiezan con lo mismo. ¡Pobre alma, morir suicidándose!

No se equivocaba; Josie había pensado en representar algún trozo de "Romeo y Julieta", pero se acordó de pronto de los buenos consejos de su tío Laurie, y la señorita Cameron vio con extrañeza que, en vez del lenguaje altisonante que ella esperaba, comenzó Josie a expresarse con naturalidad en la escena de locura de la pobre Ofelia.

-¡Muy bien, pero muy bien! Muchísimo mejor de lo que yo esperaba, se lo confieso; diga otra parte -dijo la voz del oráculo.

Josie comenzó entonces a recitar admirablemente el discurso de Porcia, dando a cada una de aquellas hermosas sentencias su correspondiente énfasis. Después no pudo contenerse, y representó la escena de Julieta en el balcón, que ella consideraba como su mayor esfuerzo, terminando con el veneno y la tumba. Creía ella que en aquello estaba superior, y que recibiría infaliblemente un gran aplauso de la actriz; pero al ver que ésta soltó una carcajada, quedó desconcertada, y se acercó a ella diciendo en tono de atención y sorpresa:

-¡Pues si me han dicho que esto es lo que hago mejor!; siento muchísimo que usted no lo crea así.

-Hija mía, lo siento; pero eso es malísimo. ¿Cómo quiere usted que resulte bien? ¿Qué sabe una niña como usted de amores, dudas y muerte? Vaya, vaya, deje a la tragedia tranquilita y no se vuelva por ahora a meter con ella hasta que no esté usted en disposición de hacerlo.

-Entonces, ¿por qué me ha aplaudido usted en Ofelia?

-Porque lo ha hecho usted muy bien; y ese papel lo puede hacer cualquier niña inteligente. Pero la verdadera interpretación de las obras de Shakespeare no está todavía al alcance de usted, ni lo estará en mucho tiempo. El trocito de comedia es lo que más me ha gustado. En él ha demostrado usted que tiene talento; ha sido cómico y patético; eso es arte; no lo deje de la

Librodot

mano. La declamación de Porcia ha sido también muy buena. Siga usted con ese genero, y vaya educando poco a poco la voz, aprenda los matices de expresión. La voz de usted es bonita, que no es poca ventaja, y tiene usted, además, gracia nativa, cosas ambas muy difíciles de adquirir.

-Algo es algo -dijo Josie dando un suspiro y dejándose caer con desmayo en el sofá, al ver desaparecer en un momento sus más hermosas ilusiones.

-Hijita, le repito que lo siento; pero acuérdese usted que le anticipé que acaso no le gustaría mi contestación; si realmente desea usted que le ayude, he de empezar por ser sincera. Con otras muchas jóvenes como usted he hecho lo mismo, y nunca olvidaron mis consejos ni se cansaron después de darme las gracias, aunque mis palabras les parecieran en un principio algo duras, porque les aconsejé que fueran buenas esposas y buenas madres, y que no volvieran a pensar en el teatro. Sin embargo, a otras, que realmente tenían talento y aptitud para la escena, les dije que siguieran. Usted es muy joven todavía para poder determinar definitivamente. Desde luego, hay que tener presente que los genios son rarísimos y que a los quince años rara vez se descubre lo que se podrá llegar a ser en lo futuro.

-Yo nunca creía, señora, que yo fuera un genio, ni mucho menos -exclamó Josie serenándose, al escuchar la voz melodiosa de aquella mujer y mirar la expresión de confianza que se dibujaba en

sus ojos y en su risueño rostro-; sólo deseo que me diga usted si tengo talento suficiente para después de algunos años de estudio, representar algunos papeles de las funciones que nunca se cansa el público de ver. No espero, no, llegar nunca a ser una señora Siddons ni una señorita Cameron, por más que bien lo desearía; pero me será difícil, se lo confieso a usted, abandonar la idea que vengo acariciando desde tanto tiempo.

-Si realmente lo siente usted, el mejor consejo que puedo darle es que siga estudiando con entusiasmo a nuestros grandes maestros -contestó la actriz pausadamente-. Pero hay mucho, muchísimo que hacer antes que llegue usted a interpretarlos fielmente. Si tiene usted paciencia y energía para principiar de nuevo, y va usted estudiándolos con gran detenimiento, acaso llegue usted a ser una buena actriz, no digo yo lo contrario; pero sí le advierto que la labor es dura, pesadísima; quizá mucho más de lo que usted se imagina.

-¿No saqué el brazalete del mar, a pesar de la mucha agua salada que me entraba por los ojos?

-¡Sí efectivamente! No olvido ese precedente; es un buen agüero -contestó la señorita Cameron con aquella sonrisa que a Josie le parecía un rayo de sol después de muchas horas de nublado, y estrechándole la mano con efusión-. Nada, pues,

ahora no se desanime por lo que voy a decir. En vez de venir a estudiar aquí conmigo, vuelva al colegio y termine bien su educación. Esto es lo primero de todo. Cultive usted bien su inteligencia y que se desarrolle su cuerpo a la vez, hasta convertirse en una joven robusta y hermosa; y cuando tenga usted dieciocho o veinte años de edad, empiece usted de nuevo su educación teatral, pero no antes, créame usted. ¿Tendrá usted paciencia para esperar todo ese tiempo y no se aburrirá antes de tanto estudiar?

-No, señora, esperaré y estudiaré.

-Bueno, lo veremos; yo tendré mucho gusto en saber de vez en cuando cómo le va a usted en sus estudios, y en ayudarla en todo lo que pueda -dijo la señorita Cameron inclinándose y besando a su amiguita.

-Y yo no olvidaré en vida esta hora tan agradable que he pasado en su compañía, ni los buenos consejos que acaba usted de darme -contestó Josie, despidiéndose de ella.

Bess hacía rato que esperaba a su prima, y al verla llegar corrió a su encuentro llena de alegría, deseosa de enterarse; pero quedó sorprendida al ver que, en vez de lágrimas en sus ojos, y desaliento en su cara, como ella esperaba ver por el desencanto de sus ilusiones, vio pintado en ellos la satisfacción y el orgullo.

Librodot

Refirió la joven el recibimiento y entrevista con la gran actriz a aquel pequeño pero muy interesado auditorio, y todos convinieron en que la señorita Cameron tenía mucha razón. La señora Amy suspiró al ver que había mucho tiempo de por medio, antes de que su sobrina llegara a ser actriz, pensando que, acaso, desapareciese la idea con el tiempo y la reflexión.

El do Laurie, en cambio, no se cansaba de formar magníficos planes y anunciar profecías, y escribió una bonita carta a su vecina, dándole las gracias por su amabilidad y por el buen recibimiento que había dispensado a su sobrina, mientras que las chicas pensaban con alegría lo hermoso que era pensar en el arte y en la gloria, y en pasar el tiempo estudiando sin descanso para llegar a conseguirla.

No fue aquélla la primera y última entrevista, porque la señorita Cameron tomó el asunto con muchísimo interés y tuvo con los Laurence frecuentes y largas conversaciones sobre el particular, con cuyo motivo Josie pudo llenar cuadernillos enteros que envió a su madre.

CAPITULO IX
VOLVIÓ LA POLILLA

A la caída de una tarde del mes de septiembre, bajaban por la carretera de Plumfield dos magníficas bicicletas, montadas por dos jóvenes, tostados y sucios de tierra que, a juzgar por lo risueño de sus semblantes, debían volver de una expedición muy afortunada.

-Adelante, Tom, y dales tú la noticia, que yo me quedo aquí -exclamó John, apeándose en la puerta de Villa Paloma.

John quedó mirando sonriente a su compañero, el cual seguía lentamente por la avenida, con cara de gran satisfacción, buscando con la vista a alguno de la familia, que, según se imaginaba él, quedaría toda desconcertada y anonadada con la noticia que les tenía que dar.

No tardó mucho en divisar, con gran alegría, a tía Jo, que, sentada y con el impermeable puesto, esperaba a los excursionistas. A la primera mirada comprendió al momento que pasaba algo extraordinario.

-¿Qué es lo que ocurre ahora, Tom? - preguntó, volviéndose en la silla y dibujándose en su cara la expresión de temor, vergüenza, diversión y pena todo mezclado.

-Un conflicto horroroso, señora; me encuentro en un conflicto espantoso.

-De ti ya se sabe; no se puede esperar otra cosa; conflictos y dificultades a montones. Explícate, hombre. ¿A que has arrollado en el camino a alguna pobre anciana? -preguntó sonriendo tía Jo.

-¡Quia!, mucho peor que todo eso - contestó Tom dando un resoplido.

-Ya sé lo que es; que has envenenado a algún infeliz que te pidió una receta para curar sus dolencias.

-Peor, peor todavía.

-Oye, no seas bárbaro; supongo que no se habrá caído John por algún despeñadero y lo habrás dejado abandonado, porque tú eres capaz de eso y de mucho mis.

-Aun peor que eso, señora, mucho peor, -Mira, pues se acabó; date prisa a explicarte, que para recibir una mala noticia no puede una perder el tiempo en bromas tontas.

Cuando comprendió Tom que la excitación de tía Jo había llegado ya al grado máximo, redujo todo su argumento a una breve sentencia, y se colocó el, posición conveniente para ver el efecto que producía en ella.

-¡Que me caso! ¡Estoy comprometido para casarme, señora!

Tía Jo se dio un golpe instantáneo y nervioso en la mano izquierda con el vuelo del impermeable que tenía asido con la derecha, y exclamó:

-No la perdono; no perdonaré en vida a Nan por haberte dicho que sí.

-¡Pero si no es Nan!; es otra muchacha.

Tom puso una cara tan cómica al pronunciar estas palabras, que a tía Jo le fue imposible reprimir la risa, porque en la cara del joven se veía retratado el aborregamiento y la satisfacción juntos. -¡'í1 alegro, hijo, me alegro muchísimo! No me importa saber quién es ella; cásate, cásate en seguida porque esas cosas no se pueden dejar enfriar; pero ahora me vas a contar cómo te las has compuesto para en tan poco tiempo preparar el terreno y dejarlo todo dispuesto.

-¿Qué dirá ahora Nan? -preguntó Tom a su vez, sin contestar a la pregunta que le acababa de hacer tía Jo.

-¡Qué quieres que diga!: alegrarse muchísimo al ver que, por fin, logró quitarse de encima el mosquito que tanto la atormentaba. Mira, no te preocupes tu por Nan; al asunto, háblame de la otra, de tu futura mujer.

-¿No les escribió John hablando de ella?

-Escribió, sí; pero no decía más que estabas en negociaciones con una señorita que se llama West, que vive en Quitno; pero aquí no se le dio gran importancia a la noticia, porque todos creímos que sería una broma.

-No, señora, no; fue` el principio de la aventura, que terminará por casamiento. ¡Qué suerte! Yo la atendí muy bien, y todos estaban muy contentos de mí. Todo ha sido culpa de John, que casi la mata con su bicicleta. Andaba también ella de excursión con varios amigos, y tuvimos ese contratiempo - y Tom sacó, mientras hablaba, un montón de fotografías, en las que se veían varios grupos de jóvenes sentadas en las rocas con las sombrillas abiertas.

-¿A que es ésta? - preguntó tía Jo, señalando a una joven rechoncha, con un sombrero muy complicado y la sombrilla en la mano.

-La misma, Dora. ¿Verdad que es encantadora? -preguntó Tom, olvidando por un momento sus tribulaciones y hablando en tono amoroso.

-Si, muy bonita, muy bajita, parece; supongo que no será como la Dora de Dickens, porque con esos ricitos en la frente se le parece algo.

-No, señora, no; es una muchacha elegantísima, de un carácter dulce y agradable; le aseguro a usted, señora, que si todas las jóvenes fueran como ella, de otra manera estaría el mundo; y canta como un ruiseñor, baila de una manera que encanta y tiene verdadera pasión por los libros.

-Bueno, hombre, bueno; todo es extra superior en ella; ¡y qué pronto os habéis arreglado! - exclamó tía Jo moviendo la cabeza en señal de admiración.

-Confieso a usted, señora, que en un principio no pasó siquiera por mi cabeza la idea de que esto llegase a formalizarse; pero, al ver lo guapa que es, su formalidad conmigo, y acordarme de los continuos desaires de Nan, cambié de parecer y principié a pensar que podían convenirme estas relaciones; hasta que, después, terminé por decidirme, y me declaré, al comprender que ella no pondría ninguna dificultad. Ella escribió a su familia, dando detalles míos; la contestación no tardó mucho en llegar, y todo se arregló admirablemente.

-Y aquí tenemos a un hombre feliz,. ¿Pero has escrito ya a tu padre?

-Ya lo creo; le escribí cuatro líneas en seguida que ella me dijo que estaba conforme; le decía, poco más o menos, lo siguiente: "Querido padre:

Estoy comprometido con la señorita Dora West, y no dudo que te ha de gustar su familia. Ella me gusta a mí mucho. Tu hijo, que te quiere, Tom." Y todo quedó arreglado, porque a mi padre nunca le gustó Nan, como usted sabe perfectamente; pero Dora le gustará de arriba abajo-. Tom estaba satisfecho por su buen gusto y por su gran tacto en el asunto.

-¿Y no se escandalizó John al ver la rapidez con que arreglabas asunto tan trascendental? - preguntó tía Jo, tratando de reprimir la risa, al pensar cómo andaría su sobrino rodando por la carretera cuando atropelló con su bicicleta a Dora, y Tom asistiéndola, limpiándole el polvo y curándole las contusiones.

-Ni tanto así, señora, ni pizca; al contrario, se interesó mucho y me habló como un padre. Es un chico de mucho talento - contestó Tom muy serio.

-¿Y no se fijó él en ninguna de las amigas de Dora? -preguntó tía Jo, de pronto.

-Ah, sí; no había pensado en decírselo a usted. Me dijo que tenía que ver en Quitno a su amigo Fred Wallace, pero como éste andaba en su yate por la costa, empleó el tiempo con Alice y estuvo siempre hablando con ella.

-Nada, está visto; es el verano que hace de las suyas; pero dejemos a John. Dime, Tom, lo que piensas hacer.

-Pues mire usted, señora; yo he pensado que no está bien querer a dos mujeres a un tiempo. ¿Qué me aconseja usted hacer?

-Por lo que me has dicho, he comprendido que lora te quiere y que tú quieres a Dora. Nan no piensa en ti, y tú no debes pensar en ella más que como amigo; así es, Tom, que lo mejor es que sigas con Dora y te cases con ella, si es que verdaderamente la quieres.

Demasiado sabía tía Jo que a quien quería Tom era a Nan, y que el muchacho había hecho todo aquello para dar celos a ésta, y para ver si conseguía que correspondiese a lo mucho que él la quería; pero tía Jo se moría por estos sondeos en las conversaciones íntimas con sus muchachos, y quería ver por dónde salía Tom.

i -S1, el caso es que yo quiero mucho a Nan; pero ella me desprecia tanto que yo quisiera olvidarla, mas no puedo. Además, Dora conoce a Nan, y si yo sigo aquí con las insistencias de siempre, tendrá que enterarse por fuerza, y ya tenemos el conflicto que le dije a usted en un principio.

Tom cortó de pronto la conversación al ver acercarse a Nan, y le dijo por lo bajo a su interlocutora que se lo dijera ella.

-¿Estás tú enterada, Nan?

-Enterada, ¿de qué?

-Tom se ha comprometido con Dora West.

-¿De veras? -Y Nan quedó tan sorprendida que tardó un poco en poder pronunciar otras palabras. Tía Jo sonrió, comprendiendo lo que pasaba, pero Nan se repuso al momento, y contestó aparentando gran alegría:

-Ya sabía yo que mi prescripción produciría su efecto si se tomaba la dosis necesaria. Mi viejo y querido Tom, ¡que sea enhorabuena, hombre! -y alargó las dos manos a un tiempo para estrechar las de su amigo.

-Oye, Nan; te participo que todo ha sido una pura casualidad; de la manera más sencilla del mundo; la madre Bhaer te lo dirá, que yo voy a lavarme, a quitarme el polvo, y a tomar el té con John, pero volveré más tarde.

Tom se hizo un lío; se le trabó la lengua más de una vez, se puso muy colorado, y parecía como atontado. Cuando desapareció, se dispuso Nan a escuchar con interés a su tía, porque conocía mucho a Dora y quería enterarse de lo ocurrido.

-Ya veo que me quedo sin él; pero, al menos, me dejará tranquila y él estará más contento, porque emprenderá negocios con su padre y será feliz. Yo regalaré a Dora un elegante botiquín de familia como regalo de boda, y la enseñaré cómo tiene que manejarlo, porque lo que es Tom se quedará sin terminar la carrera, y pronto olvidará lo que ha aprendido de medicina.

-Tú debes estar contentísima, Nan; porque tu esclavo ya es libre; déjalo, así podrás estudiar mejor, y poco a poco terminarás tu carrera, que todo eso es muy hermoso - dijo tía Jo moviendo la cabeza en señal de aprobación.

-Creo que sí; y a propósito, ahora pienso que en el pueblo hay mucho sarampión, y lo mejor será, tía, que diga usted a las chicas que no vayan a reunirse donde hay muchachas, porque es peligroso - y Nan se marchó, sonriéndose.

Tía Jo comprendió que, al hablar Nan del sarampión, se refería al amor, que les había entrado a todos de pronto, comenzando por Franz; el de Nat era crónico; el de Tom, un caso repentino; en John se notaban algunos síntomas, y lo peor de todo era que su mismo Teddy le había dicho el día anterior: "Mira, mamá, yo quiero una novia como tienen los demás muchachos", que para ella era lo mismo que si le hubiera pedido dinamita para jugar con ella.

CAPITULO X
JOHN SE COLOCA

-Mamá, ¿podríamos hablar de un asunto serio? - preguntó él un día al sentarse los dos un anochecer cerca del fuego, en los primeros días del invierno, que se había echado encima de pronto, mientras Daisy escribía en las habitaciones de arriba y Josie estudiaba en la pequeña biblioteca.

-Sí, hijo mío, sí, hablemos lo que quieras. Supongo que no me irás a dar alguna mala noticia. Y la señora Meg dejó la aguja y miró a su hijo, dibujándose en su cara de madre la ansiedad mezclada con la alegría, porque le gustaba mucho hablar en serio con su hijo, y sabía que siempre tenía algo bueno que contarle.

-Creo que para ti es una buena noticia -contestó John sonriéndose, y, arrojando el periódico que tenía en la ruano, se acercó más a su madre, que le hizo sitio en el sofá.

-Entonces empieza cuanto antes.

-S é, mamá, que no te gusta el periodismo y que te alegrarás si te digo que he dejado la idea de ser reportero.

-Me alegro muchísimo, hijo mío; porque es una cosa muy insegura y de poco o ningún por venir, y yo, lo que deseo es que te coloques en una buena casa de comercio, donde aprendas y vayas ascendiendo a medida que vean tu buen comportamiento. ¿Te gustaría entrar en las oficinas de una compañía de ferrocarriles? Te pregunto esto porque tengo medios para que puedas entrar.

-No, eso no me gusta; por más que hay gente buena, la mayoría son personas muy rudas, sin ninguna clase de instrucción, y no hay tampoco porvenir, porque tienen que pasar muchos años antes de poder llegar a la categoría que está bien retribuída. Pienso entrar en una buena casa editorial como secretario del jefe, con poco sueldo, por ahora.

-Eso sí que me gustaría. Deseo verte cuanto antes en una buena casa de esas donde puedas utilizar tus conocimientos y tu talento. Cuando eras muy niño, hablé yo precisamente con tu padre, que en gloria esté, de esto, y, si hubiera vivido, ya estarías colocado.

La señora Meg derramó mientras hablaba algunas lágrimas, porque la memoria de su marido era muy tierna para ella, y la educación de sus hijos le había preocupado siempre mucho. John pasó su brazo derecho por la cintura de su madre, y comenzó a hablar de esta suerte:

-Querida mamá: no te apures, que ya tengo bien segura la colocación que tú deseabas para mi. No he querido decirte nada antes de ahora, porque no estaba muy seguro si la conseguiríamos, y digo esto porque tía Jo y yo venimos trabajando desde hace algún tiempo,

hasta que ha dado el resultado apetecido. Creo que tú conoces al editor de la tía, el señor Tibet, uno de los editores más ricos de este país, generoso, amable y hombre honrado, como lo prueba su comportamiento con la tía, respecto a sus obras. Pues bien, como sabes, a mí me gustan mucho los libros, y hace tiempo que vengo detrás de esta colocación, porque ya que no puedo escribir libros, a lo menos podré publicarlos. Para esto se necesita gusto y conocimientos literarios, y creo que tengo algo de las dos cosas.

John se detuvo al llegar aquí, para poder respirar un poco, y la señora Meg, cuya cara se había ido alegrando poco a poco, exclamó con alegría:

-¡Pero qué casualidad, hijo mío!; ir a buscar precisamente lo que a mí tanto me gusta, y en lo que vengo pensando hace ya tanto tiempo. Tu suerte está hecha, porque siendo una casa tan importante y unos dueños tan generosos, ascenderás en poco tiempo.

-Así lo creo, pero aun no podemos decir nada hasta que no me hayan admitido y vean lo que

puedo hacer. El señor Tibet estuvo muy atento conmigo, y me dijo que iría ascendiendo en cuanto viera mis aptitudes. Por el momento, pasaré a la sección de expediciones, y más tarde a la secretaría; esto es lo que nos dijo a la tía Jo y a mí la última vez que estuvimos en su despacho. Estoy muy contento -dijo John, sonriéndose-, porque te repito que el negocio de libros me gusta mucho.

-Sí, hijo, y yo lo estoy más que tú. Esa gran afición que tienes a los libros la has heredado de tu abuelo, a quien también le gustan muchísimo. No importa que empieces un poco tarde, porque a mí tampoco me gusta enviar a mis hijos por esos mundos de Dios sin que hayan terminado su educación. Hoy ya eres un hombre hecho y derecho, y empezarás a trabajar para ti con entusiasmo, y precisamente en lo que a todos nos gusta. No me importa, hijo mío, que no hagas una fortuna, con tal de que ganes para vivir y que estés contento, que así también lo estaré yo.

-Así lo espero. Esa casa paga muy bien, y trata a los empleados como a señores. El señor Tibet me dijo que ahora comenzaría por hacer paquetes y anotar las expediciones, para que fuera imponiéndome de todas las operaciones de la casa, pero me reservaba para más tarde un puesto muy importante, porque la tía Jo le había dicho que, si bien era verdad que no podía escribir ningún libro como los de Shakespeare, como ella dice siempre, que cuando yo tuviese más edad podría hacer algo que se pueda publicar.

-Ya lo creo que llegarás a escribir algunos libros buenos. Dios te iluminará, hijo de mi alma. ¡Qué rato más dichoso me has hecho pasar! ¡Hace tanto tiempo que venía yo pensando en tu porvenir!... Ahora que Josie deseche esa pícara afición que le tiene al teatro, y entonces seré yo la más feliz de las madres.

John dejó que su madre disfrutara en silencio unos cuantos minutos, pensando en el porvenir de sus hijos, mientras que él, a su vez, disfrutaba pensando en otra cosita suya, que aun no estaba lista para ser dada a conocer; y después de un momento dijo en el tono paternal que inconscientemente usaba siempre que hablaba de sus hermanas.

-También pienso yo en las chicas; pero no hay que olvidar, mamá, aquellas palabras del abuelo que dicen: "que cada uno de nosotros tenemos que ser lo que Dios y la naturaleza nos ha hecho". Naturalmente, tenemos que ayudar para que cada uno podamos desarrollar lo que tenemos de bueno, y estar muy alerta para atajar a tiempo lo malo. Deja, mamá, a la pobre Daisy que sea feliz. Si Nat llega un día a formar parte de nuestra familia, bien venido sea; es buen muchacho, y todos podemos vivir tranquilos y felices.

-Creo que sucederá algo de eso, John; pero yo no puedo dejar de formar mis planes para lo futuro y de pensar en vosotros. Ya veo que Daisy quiere mucho a Nat; y si él es digno de ella, no seré yo la que ponga dificultades para que se casen y sean felices. Pero Josie es la que más me preocupa; mas que todos vosotros, por esa afición desmesurada que tiene por la escena, y

Librodot

aunque a mí me gusta mucho el teatro, y me ha gustado siempre, no sé si consentiré que sea un día actriz, aunque comprendo que realmente tiene talento para ello.

-Pero, ¿qué ves tú de malo en eso, mamá? -preguntó John sonriéndose, al recordar la extraordinaria afición que su madre tenía antes por las tablas, y lo bien que representaba en los improvisados teatros de su casa, y de las de los amigos íntimos.

-Nada de malo, hijo; pero en nuestra familia no hubo nunca ningún cómico, y vamos a ser nosotros precisamente los que a última hora vamos a dar alguno al teatro; y si alguien tiene la culpa de todo esto, soy yo; sí, yo, que no pensaba de pequeña más que en las funciones caseras; y tú mismo me has visto representar algo en casa de tu abuelo y de tus tías; así es que nada de particular tiene que tu hermana haya sacado algo, mejor dicho, mucho, de mis aficiones.

-Alguna vez tenía que ser, mamá; que en la familia haya una gran actriz, una escritora, un clérigo y un eminente editor, ¿qué de particular tiene? No somos nosotros los que escogemos nuestras aptitudes y talentos; nacemos con ellos, y no conviene paralizarlos porque no nos gusten. Deja a Josie que siga adelante con sus aficiones, que aquí estoy yo para cuidarme de ella; déjala, mamá, que puede ser que esa chiquilla tan modestita añada un día nuevos timbres de gloria al escudo de la familia.

John estaba en este momento de espaldas al fuego, en esa actitud noble que toman los hombres cuando los asuntos le marchan bien o cuando quieren poner la ley a cualquier cosa.

La señora Meg se puso muy encarnada, y sonrió al oír las alabanzas de su hijo, y trató de disculparse de sus antiguas aficiones por el teatro.

-Tu tía Jo y Laurie me animaban para que siguiera estudiando, porque aquellas funcioncitas que representábamos no salían del todo mal; ¿alcanzaste tú a ver "The Moorish Maiden's Vow" y " "Witch's Curse"? ¿No te parece que lo hacía bien? Cosas de chiquillos; en fin, hijo; ya pasó

todo aquello; ahora os toca a vosotros divertir a los viejos.

-Oye, mamá, ¿no te parece que Alice representó su papel la última vez mejor que Daisy? Daisy tiene muy poco de actriz, pero Alice saca partido de lo más malo; da vida a las palabras. El papel de Marquesita lo hace admirablemente; ya no se puede pedir más naturalidad ni más gracia -decía John, mientras que con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la vista fija en el suelo, recorría la habitación de un lado para otro.

-Sí, lo hace muy bien. Es una joven encantadora; yo la quiero muchísimo. ¿Dónde está esta noche?

-En casa de unas amigas. Y, además de hermosa, es muy instruida: tiene una educación esmeradísima; en una palabra, mamá, es lo mejor que hay en muchas leguas a la redonda -y John acentuó mucho estas últimas palabras.

La señora Meg había vuelto a su costura, y estaba terminando un ojal con tanto interés que no pudo ver la cara que puso su hijo cuando enumeraba las prendas personales de la señorita Alice. En sus ojos, en su cara, en todo él, se adivinaban las simpatías por su amiga; pero como John era un joven inteligente, sabía que no convenía decir una palabra a su madre ni a sus hermanas aunque a la

aguda Josie no le pasaban inadvertidas ciertas cosas de su hermano, y sabía que a su amiga Alice no le era él indiferente, aunque John había tenido buen cuidado de no hablarle una sola palabra de amores; cuando pruebe, decía él para sus adentros, de que yo puedo conquistarme un pasar decente, entonces será otra cosa. Josie entró al poco rato en la habitación donde estaba su madre y su hermano, diciendo:

-Os he oído pronunciar mi nombre varias veces; ¿se puede saber de qué se trata? - Y se dejó caer en una butaca, esperando la contestación.

Su madre le dio la buena noticia, y John recibió su parabién con aire tan bondadoso, que le hizo a ella pensar al momento en que tanta satisfacción no le sentaba bien, y que ella pondría

algunas espinas en su lecho de rosas. Al retirarse John a su dormitorio, lo llamó Josie y le dijo por lo bajo:

-Toma, hombre, toma; una cartita de Alice, que he recibido junto con otra que me escribe a mí; luego dirás que no piensa en ti; puede ser que creas tú que yo soy tonta, y que no veo las cosas que pasan entre vosotros dos, pero...

-Si no es nada, mujer; si no dice más que si mañana por la noche iremos juntos al concierto; ten, léela, si quieres -dijo John, alargando la esquela a su hermana.

Josie se apresuró a leerla para satisfacer su gran curiosidad, y la rompió en mil pedazos antes de terminarla.

-Tus dramas te han trastornado la cabeza, y te vas volviendo extremadamente romántica. En la cosa más insignificante y sencilla quieres descubrir el amor; cuando realmente no hay más que una amistad sincera -decía John increpando a su hermana, y a continuación añadió, para terminar-; que no lo vuelvas a hacer, ¿me oyes? Porque eso siempre es feo en una señorita, y en una aspirante a trágica, muchísimo más.

CAPITULO XI
EMIL AGRADECE A DIOS

El "Brenda" se hallaba con todas las velas extendidas, esperando que el viento se levantara y empujara la nave, y todos andaban muy contentos a bordo, al ver que se iba acercando el fin del largo viaje.

-Cuatro semanas más, señora Hardy, y le daremos a usted una taza de té como nunca lo bebió mejor -dijo el segundo piloto, señor Hoffmann, al pasar por delante de dos señoras que estaban sentadas en un rincón abrigado de la cubierta.

-La tomaré con mucho gusto, y con mucho más gusto todavía pondré los pies en tierra firme -contestó la mayor de las señoras, sonriéndose; porque nuestro amigo Emil era el favorito, hasta donde podía serlo, de la señora y de la hija del capitán, únicos pasajeros de a bordo.

-Y yo también, aunque tuviera que ¡levar unos zapatos como los juncos chinos -dijo Mary, enseñando los zapatos rotos de tanto andar por la cubierta del barco.

-No crea usted que en toda la China se encontrarían otros más pequeños -contestó Emil, de pronto, con galantería marinera, resolviendo allá en su interior comprar tan pronto como saltara a tierra los zapatos más bonitos que encontrara.

-Pues, hija, no sé yo cómo te habrías arreglado para hacer ejercicio si no hubiera sido por el señor Hoffmann, que te ha hecho pasear todos los días. Esta vida perezosa es muy mala para las jóvenes, aunque para los cuerpos viejos, como el mío, es muy buena con buena mar. ¿Cree que habrá tormenta? - preguntó la señora Hardy, mirando hacia el oeste.

-Un poco de viento fuerte, señora, buena falta nos hace para que salgamos cuanto antes de aquí - contestó Emil, echando una mirada comprensiva por arriba y abajo.

-Cante usted algo, señor Hoffmann; usted, que sabe; ¡es tan bonito el canto con un tiempo como éste! Cuando estemos en tierra lo echaremos de menos -dijo Mary en tono tan persuasivo, que hubiera hecho cantar a un tiburón, si tal cosa fuera posible.

Emil la obedecía en todo, y no tardó en templar la flauta de su garganta, entonando una de sus canciones favoritas, alusiva a la brisa del mar y a los bergantines veleros. En el momento preciso que expiraban las notas de su clara y potente voz, exclamó el señor Hardy:

-¿Qué es aquello?

El ojo avizor de Emil descubrió al momento el humo que salía por un extremo de la cubierta del buque; pero, antes de dar la voz de "¡Fuego a bordo! ", quiso ver si podría apagarlo solo; mas, en el momento de penetrar en uno de los departamentos de debajo de cubierta, quedó medio atufado y horrorizado al ver el peligro, y volvió pensando que su tumba sería algún banco de coral del fondo del mar.

-Fuego en la bodega, capitán.

-No asustemos a las mujeres -fue la primera orden que dio el capitán Hardy, y los dos se fueron a ver el medio de atajar el fuego cuanto antes. El cargamento del "Brenda" era muy combustible, pues a pesar del río de agua que se echó dentro de la bodega, siguió ardiendo, como si tal cosa. La señora Hardy y Mary recibieron la terrible noticia con relativa serenidad; y a los pocos minutos se oyó la voz del capitán de "¡Todos los botes al agua!", y el "Brenda" quedó en poco tiempo convertido en una hoguera flotante. Embarcaron, como es natural, primeramente las mujeres, que afortunadamente no había más pasajeros que ellas a bordo, por ser barco de carga, y, luego fue saltando la tripulación, quedándose Emil con el capitán, que no quiso abandonar el buque hasta el último momento, después de haber recibido algunas quemaduras graves.

Los botes se fueron alejando del peligro, porque se esperaba que de un momento a otro el "Brenda" hiciera explosión; mas antes que esto sucediese arreció el viento, encrespando las olas en tal forma que no pudieron ver cómo acababa de hundirse.

Emil acomodó, tras de titánicos esfuerzos, al herido capitán en el bote donde iba su mujer y su hija, y todos juntos corrieron el temporal, pasando la noche en una angustia continua. Al día siguiente, aflojó mucho el viento, y los náufragos lo pasaron con relativa tranquilidad, pero el herido principió por la tarde a delirar, su esposa estaba medio muerta por el cansancio y la ansiedad, y la pobre Mary, que no había comido en veinticuatro horas más que dos o tres galletas, estaba acurrucada en un rincón del bote, sin poder hablar, de puro débil que estaba.

-¡Agua, agua! -pedía el herido en su delirio, y dos de los marineros principiaron a refunfuñar, pero al ver el ejemplo de Emil, que dio su ración, le imitaron los marineros, terminando los revoltosos por apaciguarse. Emil les contaba muchas historias de naufragios para animarles, y hacía cuanto humanamente podía para atender a las mujeres y al herido.

Al cuarto día, y cuando ya casi no quedaba agua ni víveres, cayó Emil rendido de sueño, y los marineros aprovecharon el momento para apoderarse de la última botella de coñac, que estaba muy escondida, y de los pocos víveres que quedaban; pero, al poco rato, cayó un copioso aguacero, que reanimó a los náufragos, y al despejarse el tiempo vieron con alegría un. barco de vela que se: les venía encima. Todos agitaron los pañuelos y prendas de vestir, y desde el barco hicieron señal de que los habían visto.

Sobre la cubierta del "Urania", buque en que había navegado Emil, se encontraron los náufragos poco después, atendidos por el médico y la tripulación. Emil se arrodilló en un rinconcito de la cubierta, y estuvo largo rato orando con gran fervor para dar las gracias a Dios por haberles salvado la vida.

CAPITULO XII
LA NAVIDAD DE DAN

¿QUE dónde se encontraba Dan? Pues en la cárcel. ¡Pobre tía Jo! Si hubiera sabido ella que mientras el viejo Plumfield era todo algazara y alegría por estar sus habitantes celebrando la Natividad del Señor, se encontraba uno de sus muchachos en la obscura celda de una cárcel, leyendo el librito que ella le había entregado hacía poco tiempo, y derramando lágrimas por la libertad perdida, a buen seguro que hubiera derramado ella muchas más de las que derramó él.

Sí, señores, sí; Dan se encontraba preso, pero no lloraba porque no venían a sacarlo de allí, pues a nadie había dicho lo que pasaba, ni tampoco pensaba en decírselo a nadie; y hubiera ido a la horca con la serenidad y estoicismo del indio; lloraba porque al leer el libro se acordaba de los primeros años de su juventud.

La historia de su caída, que vino cuando menos la esperaba, cuando el muchacho se encontraba lleno de nobles propósitos, de nobles ideas de volver a la vida tranquila y santa de sus primeros años, se puede narrar en pocas palabras. En el coche del ferrocarril en que viajaba iba un joven muy simpático llamado Blair, que, según le dijo, tenía que unirse con dos hermanos suyos mayores en un rancho de Kansas. A Dan le gustó mucho este joven por su carácter alegre y expansivo, y los dos intimaron muy pronto. En el coche de fumar inmediato, que se comunicaba con el de ellos, iban otros viajeros jugando a las cartas; dos de ellos de muy mala catadura. Cansado el muchacho, porque no tenía más que unos veinte años, del largo viaje que llevaba, principió a tomar parte en el juego; pero Dan, fiel a su propósito de no volver a jugar, no quiso imitar a su compañero de viaje, y se mantuvo impasible, pero observando el juego y a los jugadores con gran interés. No tardó en comprender que dos de los sujetos eran fulleros que trataban de apoderarse del dinero de los demás, haciendo trampas, y particularmente de Blair, que cometió la imprudencia de sacar su cartera llena de billetes de banco delante de ellos. Dan guardaba, como recuerdo de sus primeros arios, una sombra de ternura en su corazón por los chicos, porque se acordaba mucho de Teddy y demás muchachos de su madre adoptiva, y principió a hacer señas a Blair para que se retirase. Todo fue en vano; y al llegar por la noche a una de las grandes ciudades donde tenían que descansar, Dan se llevó al muchacho a una fonda; pero en un momento que se separó de él, se le escapó, y al preguntar adónde había ido, le dijeron que se había marchado con dos sujetos de no muy buena catadura.

Con ayuda de un mozo de la fonda, no tardó Dan en encontrar a su compañero de viaje, jugando en uno de los garitos más inmundos de la ciudad, con los dos hombres que venían en el tren, que se habían propuesto quedarse con los cuartos del muchacho, el cual, al ver a Dan, le dio a entender sin palabras que la cosa iba muy mal.

-No puedo marcharme -le dijo después en voz baja, al insistir Dan en que dejara de jugar-; he perdido mucho, y, antes me dejo matar que presentarme a mis hermanos sin el dinero que les llevo de casa.

El temor y la vergüenza desesperaban al muchacho, que se cegó de tal manera que no veía ya lo que hacía. Viendo los dos tunantes que Dan no apartaba la vista del juego, dejaron que ganara un poco el chico, pero no querían de ningún modo soltar la presa; y viendo que Dan se había convertido en centinela, cambiaron una mirada de inteligencia entre ellos, que-era lo mismo que si hubieran dicho:

-Hay que quitar a este prójimo de delante". Dan lo comprendió y se puso en guardia; porque tanto él como el muchacho eran allí forasteros, y aquellos dos tunantes estaban en su casa. No tardaron en oírse palabras duras, después insultantes, y Dan, que era una pólvora, al ver que uno de ellos echaba mano a una pistola, le dio tal puñetazo en la cara, que cayó contra la chimenea y se rompió la cabeza, mientras la emprendía con el otro.

-¡Márchate! ¡Corre! -le gritó Dan al muchacho al ver que aquel hombre no se movía del suelo -. Y no digas una palabra.

Blair se asustó tanto, que salió de la casa y de la ciudad sin perder un momento, dejando a Dan que pasara la noche en el puesto de policía inmediato, de donde fue llevado a la cárcel, por haber sido condenado a un año de prisión y trabajos forzados por homicidio involuntario. Para no alarmar a sus protectores, si leían el suceso en los periódicos, dio al juez el nombre de David Kent, como había hecho ya en otras oportunidades en que fuera detenido por riñas.

Atontado al ver el cambio súbito que había sufrido su vida, no pensó en nada hasta que oyó rechinar los goznes de la puerta de hierro de su prisión, pues sabía que con sólo dos letras que le hubiera puesto al señor Laurie hubiera venido al momento a sacarlo de allí.

-No, no -decía en su celda apretando el puño.

- No les diré una palabra; prefiero que crean que me he muerto, que como me tengan aquí mucho tiempo no tardaré en morir.

Y empezó a pisar los sillares del piso de la celda paseándose de un lado a otro como un león enjaulado, con un torbellino de rabia y de pesar, de rebelión y remordimiento que le hervían en el corazón y en el cerebro, hasta el punto que hubo un momento en que parecía que se había vuelto loco, porque principió a golpear fuertemente con los puños las paredes que le privaban de la libertad que era su vida.

Su guardián era hombre de cara hosca y repulsiva, que por el innecesario mal trato que daba a los presos se había hecho odioso a todos; pero el capellán era un hombre de muy buen corazón, y desde el primer día le fue Dan simpático, porque vio al momento qué clase de persona era y adivinó lo que pasaba en su corazón. Pero Dan seguía tan excitado que no oía nada de lo que le decía el cura.

Destinaron a Dan al taller de escobas y cepillos, y allí trabajaba sin levantar cabeza, con un fervor tan grande y guardando tanto silencio y compostura, que no tardó en ganarse las simpatías del maestro del taller y compañeros cercanos a él. Día tras día se le veía sentado en su sitio, trabajando, vigilado por un guardián armado que recorría el taller imponiendo silencio a los que levantaban mucho la voz. Dan cumplía como ninguno y hacía el trabajo de dos o tres; pero en las miradas que echaba a los guardianes cuando le ordenaban algo, comprendieron que era un "hombre peligroso", aunque en esto se equivocaban, porque había allí otros mucho más peligrosos que él: todos los avezados en el crimen, que no eran pocos, por cierto.

-Estoy perdido; todo ha terminado para mí -decía para sus adentros cuando se acordaba de sus buenos protectores y del pacífico Plumfield-. ¡Pobre madre Bhaer! Ya no la veré más; porque aquí me matarán cuando aplaste a dos o tres guardianes de éstos.

Y Dan escondía la cabeza entre las manos, sentado en el bajo camastro, viendo desfilar en su mente a los seres más queridos, que seguramente se preguntarían con frecuencia por qué no volvía a Plumfield.

En el taller de Dan había un pobre hombre que era mucho más desgraciado que él, porque tenía mujer e hijos, y estaba tan débil y enfermo que no podía terminar nunca su tarea, por mínima que fuera. Iba a cumplir pronto la condena, pero Dan veía que se iba a morir antes, y, compadeciéndose de él, le ayudaba cuanto podía. Mason, que así se llamaba el preso enfermo, envidiaba la salud de Dan, y le daba gracias por su bondad.

En la capilla de la prisión se celebró una fiesta religiosa en la que además del cura del establecimiento predicaron otros que vinieron de fuera. Dan tenía algún temor al ver que

entraban en la capilla personas extrañas, por si alguna de ellas venía de Plumfield y lo reconocía entre los presos. Esta fiesta cayó en sábado, y al día siguiente se presentó en su celda el capellán del establecimiento mas temprano que de costumbre para darle un encargo.

-Kent -dijo el capellán al acercarse al camastro donde estaba Dan tumbado-, el pobre Mason acaba de morir y me ha encargado muchísimo que te diga "que no la hagas", que tengas un poco de paciencia, porque es lástima que se pierda un hombre de tan buenos sentimientos como tú. Me ha entregado este papelito, donde tenía escrito el pueblo donde vive su mujer, para que hagas el favor de escribirle. Sí, hijo mío; ten paciencia y confía en Dios, que tú eres bueno y todos te queremos. Las rebeliones nunca dieron buen resultado en las penitenciarías, Kent; desecha esa idea y verás cómo se pasan sin sentir los meses que faltan. Acuérdate que no estás ya solo en el mundo, porque la pobre viuda de Mason esperará con impaciencia el día de poder verte para darte las gracias con lágrimas en los ojos por lo que has hecho por su marido.

Dan escuchó al capellán con mucha más atención de lo que lo había escuchado antes, y éste, al ver que no le contestaba, permaneció a su lado rezando un buen rato, antes de salir de la celda. La noticia de la muerte de su compañero de prisión, el encargo de éste en el momento de morir, el papelito que le enviaba con la dirección de su mujer y las consoladoras palabras del capellán, fueron para Dan un ángel salvador que venía a fortalecerle en el momento más peligroso de su vida.

Al día siguiente Dan era ya otro hombre; había podido llorar y desahogar su pecho, y entró en el taller alegre y animoso, con gran asombro de los guardianes y compañeros. La viuda del compañero difunto vivía en un pueblo de otro Estado; le escribió dándole el pésame y suplicándole que echara al correo una carta que le incluía para tía Jo, en la que le decía que el asunto de la agricultura marchaba bien y que no le había escrito antes por hallarse en el campo.

CAPITULO XIII
EL AÑO NUEVO DE NAT

-DE Emil ya sé que aun tardaré algún tiempo en recibir carta; Nat escribe regularmente; pero ¿dónde está Dan que no resuella por ninguna parte? Desde que se marchó no ha escrito más que dos o tres postales. Un muchacho tan enérgico como él tenía ya tiempo de sobra de haber comprado todas las casas de labor del estado de Kansas - dijo tía Jo una mañana al no descubrir los rasgos nerviosos de Dan en ningún sobre de las cartas que acababa de traer el cartero.

-Ya sabes, mujer, que nunca escribe muy a menudo; trabaja, y cuando termina lo que trae entre manos se presenta en casa. Los meses y los años tienen muy poco valor para él, y en esas soledades que tanto le gustan se pierde fácilmente la noción del tiempo -contestó el señor Bhaer, que andaba engolfado en la lectura de una carta muy larga que escribía Nat desde Leipzig.

-No, no; algo le ha pasado a ese muchacho, porque me prometió escribirme con frecuencia, y él cumple siempre lo que promete -respondió la tía Jo, contentándose con acariciar la cabeza del

hermoso perro, ya que su amo no quería escribir.

-No te apures, mamá; a un veterano como ése no le puede pasar nada malo; el día menos pensado lo veremos entrar por la puerta con una mina de oro en un bolsillo y toda una pradera en el otro -dijo Teddy, sintiendo que el dueño del perro volviera pronto, pues debería devolvérselo.

-Acaso esté en Montana, con los indios, y haya abandonado la idea de las granjas - interrumpió Rob, ayudando a su madre a abrir todo aquel montón de cartas que tenían sobre la mesa.

-Puede ser; eso le conviene más. Pero me extraña mucho que no haya escrito notificando el cambio de plan y enviando a buscar dinero para trabajar. No, no; mis huesos proféticos me están dando a entender que algo extraño ocurre -contestó tía Jo fijando la vista con una solemnidad profética en las tazas en que servía el desayuno.

-No te preocupes, Jo, que ya escribirá. Oye lo que dice mi amigo Raungarten de Nat: lo pondera mucho y dice que llegará a ser una gran cosa si antes no se vuelve loco de tanto estudiar.

Y el profesor leyó la carta laudatoria de su amigo. -Esto es satisfactorio v consolador. Nat es muy aplicado, y antes de salir de aquí ya había hecho el propósito de trabajar como un hombre - contestó tía Jo.

-Ya veremos, ya veremos; creo que el muchacho utilizará bien las lecciones que ha recibido aquí y sabrá sacar el mejor partido de ellas. A todos nos ha sucedido lo mismo de jóvenes - contestó el profesor, sonriendo al recordar su vida de estudiante en Alemania.

Tenía razón, porque Nat había llevado a la práctica de su vida las lecciones que había recibido en casa con una rapidez que hubiera asombrado a cualquiera de su pueblo. Las energías de que hablaba tía Jo las había desarrollado de una manera inesperada, y el pacífico Nat se había lanzado resueltamente a las inocentes disipaciones de la alegre v bulliciosa ciudad, con el ardor del inexperto joven que prueba el primer sorbo de placer. Aquella libertad e independencia en que se veía era deliciosa. Nadie sabía allí su origen; con su guardarropa bien provisto y la cartera llena de billetes de banco; con los mejores profesores de música por maestros, recomendado por el muy respetado profesor Bhaer y el opulento señor Laurence, se presentó nuestra joven como músico en los salones de la buena sociedad de Leipzig.

Todo esto lo estaba viendo Nat y no acababa de comprenderlo; porque cuando se veía entre tanta señora elegante, obsequiado y atendido, v se acordaba de la humilde y sencilla Daisy, de cuando él andaba de niño tocando por las calles de Plumfield, cayéndole el agua encima, le costaba trabajo creer que fuera él la misma persona. Su corazón era fiel, sus impulsos buenos y sus ambiciones nobles; pero la vanidad había principiado a trastornar su cabeza, y, emborrachado en el placer, ya no pensaba más que en aquella encantadora vida que llevaba. Sin intención de engañar a nadie, dejó a la gente que le juzgaran como perteneciente a una opulenta familia de América, exageró la fortuna de su protector, el señor Laurence, y la importancia del colegio donde se había educado, sin pensar en los resultados que todo aquello podía tener.

Todas estas noticias corrieron muy pronto por entre los estudiantes de casas ricas, condiscípulos suyos, y a nuestro joven le fue imposible seguir viviendo en el modesto y pacífico barrio que había escogido para vivir y estudiar con tranquilidad. Alquiló habitaciones más lujosas en un barrio aristocrático, y dejó a la pobre señora Tetzel, en cuya casa vivía modestamente, pero muy bien, y a su vecina, la artista señorita Vogelsteiln.

La cantidad que habían puesto a su disposición para sus gastos le pareció a Nat una fortuna, aunque fue menor que la que en un principio propuso el generoso señor Laurence. El profesor Bhaer le aconsejó que tuviese mucha prudencia, porque Nat no estaba acostumbrado a manejar dinero, y el buen hombre sabía las muchas tentaciones que a esa edad ocasiona una bolsa bien llena. Nat disfrutó mucho al verse en aquellas hermosas habitaciones que acababa

de alquilar, y poco a poco se fueron aumentando las necesidades de cosas superfluas, y con ello el costo de vida. Siguió estudiando, porque amaba la música, pero las atenciones de las nuevas amistades que había hecho le fueron disminuyendo el tiempo que antes dedicaba al estudio, y principió a abandonarse. En las horas de recogimiento, cuando Nat podía pensar en él libremente, veía que aquello no iba bien y que no podía tener un buen resultado.

"Un mes más, y volveré a emprender mi trabajo con el mismo entusiasmo que antes", se había dicho más de una vez, cuando reflexionaba sobre la vida que llevaba ahora, tratando de disculparse a sí mismo por ser todo aquello nuevo para él. Por otro lado, los amigos no lo dejaban tranquilo, y le aconsejaban que le convenía mucho seguir frecuentando la buena sociedad en que le habían presentado, y Nat se veía obligado a corresponder a todas aquellas atenciones de las señoras con ramos de flores, billetes para el teatro, viajes en coche y todas las demás cosas que estas amistades traen consigo. Tomó por modelo de galantería al señor Laurie, y su bolsa, que parecía que no tenía fin, se iba, sin embargo, vaciando poco a poco; pero, en cambio, era muy querido de todos y bien recibido y mimado en todas partes.

Entre estas amistades femeninas había una señora de edad, con una hija muy bien educada y de gran talento y disposición para la música, pero pobre. La madre se había empeñado en casarla con un hombre rico. Cuando Nat iba a su casa, que era con bastante frecuencia, se encontraba allí como en la propia, pues la sentimental Minna, que así se llamaba la joven, lo recibía con tales muestras de regocijo, alegrándose tanto sus ojos azules, que al verlo parecía que veía a una cosa sobrenatural; y al marcharse se quedaba muy triste y desconsolada. La madre los dejaba siempre solos en la sala, y la joven se entretenía tocando en el piano las piezas más escogidas de su repertorio.

Todas estas cosas las refería él en las largas cartas que escribía a su casa de tarde en tarde, porque con tantas diversiones y ocupaciones no tenía tiempo para escribir más a menudo; y mientras Daisy se alegraba de su buena suerte por lo macho que se divertía y por sus progresos, los muchachos se reían diciendo que el "palurdo" volvería convertido en un refinado caballero, y las personas de edad se ponían serias y decían entre ellas:

-Será preciso llamarle la atención, porque de lo contrario nos dará, algún disgusto; no conviene que vaya tan de prisa.

-Dejarlo, dejarlo, ya se apaciguará -contestaba el señor Laurie-. Ya tendremos tiempo sobrado para reprenderlo. Con el dinero que tiene no puede ir muy lejos, y no creo que adquiera deudas, porque honrado, lo es, como todos sabemos.

Así es que las amonestaciones que recibió de las familias fueron muy suaves; pero sí le aconsejaban que no se cansara nunca de estudiar. Daisy era la que comenzaba a escamarse, pensando si alguna de aquellas Minnas, Hidegardes y Lottchens que él mencionaba en sus cartas le estaría jugando a ella alguna mala pasada; pero nunca quiso escribirle nada de esto; al contrario, le decía siempre que estaba contenta al ver lo mucho que se divertía.

Los meses fueron pasando muy dulcemente, hasta que llegó Navidad con todas sus fiestas y regocijos. Nat pensaba divertirse mucho, y se divirtió, en efecto, en un principio, porque la Nochebuena en Alemania es un espectáculo digno de ser visto. Pero pagó bien caras todas esas alegrías a que se entregó durante aquella memorable semana, pues el día de Año Nuevo vino el ajuste de cuentas. Algún espíritu maligno debió sin duda preparar aquellas sorpresas tan inesperadas que vinieron de pronto a cortar tan bruscamente el hilo de la felicidad, convirtiendo el mundo feliz en que él vivía en escena de desolación y desesperanza, con la rapidez que en el teatro se transforma una escena de pantomima.

La primera sorpresa la recibió por la mañana, cuando, muy cargado con ramos de flores y paquetes de bombones, se presentó en casa de Minna. La madre de ésta lo recibió afectuosamente, pero cuando preguntó por su hija le contestó con alguna aspereza, diciéndole que ella necesitaba saber cuáles eran sus intenciones, porque su hija no podía perder la tranquilidad. tontamente. Nat se vio comprometido y tuvo que confesar la verdad. Que era un

Librodot

pobre estudiante que había venido a Alemania gracias a la generosidad de un señor que lo protegía y que les pedía mil perdones por las molestias que les había causado.

La sinceridad de Nat ablandó un poco a la buena señora, que terminó por permitirle que se despidiera de su hija, que lloraba amargamente detrás de la puerta de una habitación inmediata, desde donde lo había oído todo. La despedida fue tiernísima, como es natural.

-¡Nunca, nunca, amor mío, podré olvidarte!... ¡Mi corazón está deshecho! - fueron las últimas palabras de la joven.

La segunda sorpresa la recibió estando comiendo con el profesor Baumgarten, es decir, haciendo como que comía, porque aquella escena última le había desganado por completo, cuando se presentó un condiscípulo suyo diciendo que se marchaba a América, y que una vez allí lo primero que haría sería ir a saludar al dignísimo profesor Bhaer, y que le contaría lo que se divertía su protegido en Leipzig. Nat se estremeció al oír esto, pensando en la impresión que producirían en Plumfíeld todas estas noticias, no porque él los tuviera engañados, sino porque en sus cartas no lo había dicho todo. Se serenó un poco, y pensando cómo salir de aquel compromiso, le dio la dirección de Bhaer a su compañero Cansen, de tal modo que hubiera sido un verdadero milagro que éste lo encontrara en América.

Ya le era imposible probar bocado, de tan nervioso y desasosegado que se había puesto; se levantó de la mesa lo antes que pudo y principió a pasear calles y más calles sin rumbo fijo, pensando en la que se le venía encima. Se consoló un poco repartiendo algunas monedas de cobre entre los mendigos que iba encontrando, y pensando en Daisy, deseándose él mismo un año mejor que el que acababa de pasar.

Al volverse por fin a su casa se encontró con la tercera sorpresa, consistente en una nube de facturas que caían sobre él como tormenta de nieve

que ¡e enterraba en un alud de remordimientos, desesperación y disgustos. Las facturas eran tantas y tan importantes algunas, que se desmayó al verlas, recordando la predicción del señor Bhaer de que conocía muy poco el valor del dinero. Todo aquello había que pagarlo, no había más remedio, y para ello tendría que sacar el dinero que tenía en el Banco y quedarse sin un céntimo. Antes morir que pedir prestado, pues no iba a añadir una falta más a las muchas que llevaba cometidas. ¿Cómo salir de aquel atolladero? Con mano temblorosa iba revolviendo los sobres que había sobre la mesa, casi todos del país y con facturas, cuando vio uno con un sello americano.

-¡Gracias a Dios! No todo habían de ser facturas...

"¡Que Dios bendiga a mi muchacho!"

Así terminaba la carta de la madre Bhaer, que leyó Nat con los ojos llenos de lágrimas.

-¡Qué buenos son para mi y cuánto me quieren! ¡Qué disgusto tendrán cuando se enteren de lo imbécil que he sido! ¡Antes tocar el violín por las calles que pedirles más dinero! - exclamó Nat, aunque no dejaba de comprender que lo habían aliviado mucho.

Algo más tranquilo después, vio más claramente lo que le convenía hacer; porque una mano amiga, extendida a través de los mares, venía a ayudarlo. Dejaría aquellas habitaciones cuanto antes, pagaría todas las facturas, volvería a la económica casa de la señora Tetzel y vería el modo de buscar algún trabajo que le diera para pagar la pensión.

-No, prefiero sufrir y humillarme aquí que darles a ellos un disgusto. Se lo contaré todo al profesor Baumgarten y le pediré su consejo. Venderé todo lo que tengo y pagaré las cuentas.

El muchacho cumplió la palabra, y fue un gran consuelo para él oír de boca del profesor Baumgarten que guardaría el secreto y que no diría una palabra a su protector.

CAPITULO XIV
LAS REPRESENTACIONES EN PLUMFIELD

Como a la humilde historiadora de la familia de los March le sería imposible terminar la obra sin hablar de funciones de teatro, lo mismo que a la señorita Yonge escribir sus novelas sin introducir en ella doce o catorce muchachos, he creído necesario hablar aquí de las representaciones de Navidad en Plumfield.

Al edificarse el colegio, de que tantas veces hemos hablado a nuestros lectores, mandó el señor Laurence que se construyera en él un bonito teatro, que sirviera para representaciones, conferencias y conciertos. En el telón de este teatrito se veía pintado Apolo rodeado de las Musas, y como obsequio al donador, procuró el pintor que Apolo se pareciese todo lo posible a nuestro amigo, de lo que no rieron poco los demás de la familia. De esta numerosa familia, y de otras del pueblo, salieron los cómicos, músicos y demás actores necesarios para las representaciones.

Tía Jo estuvo trabajando algún tiempo en la adaptación al inglés de algunas comedias y dramas franceses, que era lo que primaba en aquel tiempo, en cuyo trabajo le ayudó el señor Laurence, dándose los nombres de Beaumont y Fletcher, disfrutando y celebrando ellos mismos su obra por los grandes conocimientos de Beaumont en arte dramático y la facilidad de Fletcher para adaptar las piezas extranjeras a la lengua y costumbres de aquel país.

Días antes de Navidad estaba todo dispuesto. Ya se habían hecho varios ensayos de la obra, los actores tímidos habían perdido el miedo y las nuevas decoraciones estaban pintadas. El teatro estaba engalanado la noche de la representación con banderas de todas las naciones y con muchas plantas sacadas del invernadero de la casa del señor Laurence, y los invitados habían llegado, hallándose entre ellos la señorita Cameron, que cumplió su palabra. Los de la orquesta comenzaron a afinar sus instrumentos con mucho más cuidado que otras veces, el tramoyista arregló las decoraciones con habilidad y esmero, el apuntador ocupó heroicamente su puesto y las actrices se vistieron con manos temblorosas, dejando caer a cada momento en el suelo los alfileres. Beaumont y Fletcher se multiplicaban acudiendo a todas partes, temerosos de que no se hundiera su reputación literaria, porque habían invitado a varios críticos amigos y reporteros, que habían acudido como mosquitos.

-¿Ha venido ella?...

Era la pregunta que se hacían a cada instante los que se encontraban detrás del telón, y cuando Tom, que iba a desempeñar el papel de anciano, estuvo atisbando por los agujeros del telón, expuesto a estropearse sus respetables piernas, les dio la noticia de que había visto la bonita cabeza de la señorita Cameron en el sitio de honor, la compañía entera tembló de miedo, y Josie declaró que presentía que aquella noche se iba a cortar en medio de alguna escena por primera vez en su vida.

-Si lo haces, te sacudo de firme -contestó tía Jo bruscamente, porque andaba muy agitada y temía que le desacreditasen su obra.

-Serenidad, mujer, serenidad. Somos artistas veteranos y no nos debemos inmutar por nada -contestó John, haciendo una inclinación de cabeza en señal de aprobación al ver a Alice vestida con todos sus trebejos en la mano.

Comenzaría la función con un bonito sainete que habían representado ya muchas veces y que hacían admirablemente bien. Alice era una muchacha alta y elegante, de cabellos y ojos negros, que indicaban mucha inteligencia, y una cara graciosísima, de buenos colores, señal

de salud robusta y sana. Estaba hermosísima con su vestido recargado de blondas y su sombrero de largas plumas, porque representaba el papel de marquesita; y John, en traje de corte, con espadín, sombrero de tres picos y peluca blanca, también estaba muy bien en su papel de barón. Josie representaría el papel de doncella, y con las manos metidas en los bolsillos del delantal y aquella mirada inquisitiva suya, parecía realmente una "soubrette" francesa. Estos tres eran los únicos personajes, y de su habilidad y acierto dependía el éxito de la obra.

Todo se preparaba bien, y el barón andaba muy orgulloso de ver a la marquesita tan elegante y risueña con él, cuando de pronto se oyó un crujido de maderas y al momento se vio un bastidor que se venía encima de Alice. Corrió John a parar el golpe, consiguiendo salvarla, pero a él le cayó un hierro en la cabeza que le produjo una herida.

-¡Ay, John de mi alma, estás herido! -exclamó Alice, agarrándole la cabeza con ambas manos y manchándose los guantes blancos de sangre. Afortunadamente, estaba allí Nan con su cajita de cirugía y ungüentos en el bolsillo, de la que nunca se separaba, y en un momento curó al herido, mientras tía Jo entró, preguntando trágicamente:

-Se ha hecho mucho daño? ¡Por fin echaréis a perder mi obra!

-No se apure usted, tía; por mí no ha de quedar; ya estoy curado -contestó John resueltamente volviéndose a colocar la peluca.

-¿Cómo están tus nervios, Fletcher? -preguntó Laurence minutos antes de dar la señal.

-Tan tranquilos como los tuyos, Beaumont -contestó tía Jo, gesticulando atrozmente para que la señora Meg se pusiera el sombrero derecho.

-¡Pues adelante, socio! Aquí me tienes para cualquier contratiempo que ocurra.

Al levantarse el telón, apareció la cocina de una casa, de campo, y Meg al lado del fuego, en su papel de anciana campesina, ocupada en los quehaceres de la casa. Tiene un corto soliloquio, en el que habla de su chico Sam, que quiere sentar plaza, de su pobre hija Elizy, que casó muy mal y viene a morir a casa, y de la otra hija, Dolly, a la que le gustaba mucho el lujo y los placeres y la vida de las grandes ciudades. Antes de terminar el soliloquio principiaron a oírse murmullos de aprobación en el público, a los que siguieron grandes aplausos.

-¡Esto va bien, Laurie! -decía Jo entusiasmada-. Esta escena que viene ahora la he cambiado para que produzca mejor efecto.

Y corría de un lado para otro dando diversas indicaciones.

Entra en escena un hombre de mala catadura, cargado de espaldas y harapiento, reclamando a su mujer, y Meg le contesta con valentía que su hija ha venido a morir allí, y que no saldrá de su rasa con él; pero aquel malvado insiste, grita y se enfurece, y se va derecho a la cuna que está cerca de la chimenea para llevarse a su hijo; pero la señora Meg defiende a su nieto, golpeando a su yerno con brío con el atizador del fuego. Los que conocían el carácter bondadoso de la señora Meg no acababan de convencerse de que fuera la misma mujer, de que fuera ella aquella anciana y valiente campesina que con tanto arrojo echaba de su casa a golpes al degradado y perverso yerno.

Josie estuvo admirable en su papel de doncella, y tía Jo no dejó de mirar un momento a la señorita Cameron, que movía la cabeza en señal de aprobación. Tom y Nan también representaron los suyos con mucha naturalidad, en la visita que hacen a un hospital reconociendo a los enfermos; John y Atice estuvieron los dos admirables.

La señora Meg se consideró la mujer más feliz del mundo cuando la señorita Cameron le dijo, durante la comida con que la obsequiaron:

-Debe usted estar orgullosa, señora Brooke, porque sus chicos tienen mucho talento. La felicito, y también al señor barón, por lo bien que lo ha hecho -dijo mirando a John-, y el verano que viene hará usted el obsequio de dejarme a Josie para que pase conmigo la temporada de baños.

Librodot

La alegría que recibió toda la familia con esta declaración de la gran actriz ya se la puede imaginar el lector; alegría que vino a aumentarse después con lo que dijeron los críticos y amigos de la obra de Beaumont y Fletcher, que afirmaban que aquello era una tentativa, el primer paso para conseguir que lo natural y el arte fueran de la mano. Hubo baile después de la representación para terminar las fiestas de Navidad; se recibió la carta de Dan, aunque sin señas, y tía Jo abrazó al profesor, con gran risa de los presentes, porque ya podía, sin miedo, seguir escribiendo para el teatro.

CAPITULO XV
EN LA. ESPERA

-Mira, hija mía, siento mucho tener que darte una mala noticia -dijo el profesor Bhaer a su mujer una mañana del mes de enero.

-Pues dila, Fritz, en seguida. Ya sabes que no tengo paciencia para esperar mucho tiempo - contestó tía Jo tirando la labor que tenía en las manos y poniéndose de pie al momento para recibir el disparo con valentía.

-Esperemos, mujer, esperemos con seguridad. Ven y te diré las noticias que tengo. El barco de Emil se ha perdido y del muchacho no se sabe nada.

Hizo bien el señor Bhaer en dar el brazo a su mujer, porque de lo contrario hubiera caído al suelo al oír la noticia. La sentó a su lado, y cuando la vio más tranquila acabó de referirle lo que sabía, Franz había telegrafiado de Hamburgo diciendo que el armador del buque había recibido noticias de la pérdida del barco y que se ignoraba el paradero del resto de la tripulación, pero que un bote salvavidas con tripulantes había sido recogido por un barco, y podía ser que Emil se encontrase entre ellos.

Tía Jo afirmaba después que su chico no se había ahogado, porque tenía valor y serenidad para hacer frente a todas las tempestades del mundo; y que volvería alegre, y entraría en la casa cantando como hacía siempre que volvía de viaje. El señor Bhaer se animó un poco con estas seguridades que le daba su mujer, porque quería a aquel sobrino, hijo de una hermana suya, como si fuera hijo propio. Franz siguió telegrafiando desde Hamburgo, a medida que iban recibiendo más detalles del naufragio; y si algo podía consolar a los Bhaer por la probable pérdida de uno de sus muchachos, era el gran pesar que demostraban todos los demás. Tom corría como un desesperado, preguntando a todos los consignatarios de buques para ver si podía averiguar algo más de lo que se sabía; Nat escribía cartas consoladoras desde Leipzig, y hasta el atareado Jack escribía con más fervor que antes; y el pobre Ned vino desde Chicago para derramar delante ole ellos algunas lágrimas por la pérdida de su antiguo compañero.

-Esto es hermoso, consolador; aunque yo no hubiera enseñado a mis muchachos otra cosa que ese amor tan grande que se tienen unos a otros, que les durará mientras vivan, estaría orgullosa de mi obra - dijo tía Jo al despedir a Ned para volverse a su puesto.

Rob tuvo que contestar a cientos de cartas que recibían dándoles el pésame; y si todas las alabanzas que en ellas hacían de Emil hubieran sido verdad, habrían tenido que colocar su nombre en medio de los héroes o de los santos. Nan no hacía más que imaginar palabras alegres para tratar de consolar a Daisy y a Bess, pero no lo conseguía; y la señorita Cameron envió una carta muy bien escrita a Josie en la que le encargaba que recibiera con valor la primera lección de la tragedia real de la vida, y que fuera una de las heroínas que tanto deseaba ella representar. En el Parnaso no se oyó durante algún tiempo más que música y

cantos religiosos, y en el cobertizo donde había estado últimamente E mil sentado conversando con tía Jo s puso una bandera a media asta.

Así fueron pasando las semanas muy pesadamente, hasta que un día llegó la noticia, alegrando los corazones como alegra el sol el firmamento después de la tormenta. "¡Todos en salvo, cartas en camino! ¡Arriba la bandera, que toquen las campanas del colegio!", gritaba tía Jo, y mientras los muchachos más pequeños entonaban un coro dando las gracias al Señor y los mayores se abrazaban unos otros, con gran alegría y algazara. Fueron llegando después las cartas en las que se daban detalles del naufragio. Emil lo refería con bastante sobriedad,

la señora Hardy con elocuencia, el capitán con agradecimiento, y Mary añadía algunas palabras más que conmovieron a todos. Pocas cartas habrán sido tan leídas como lo fueron éstas; ni habrán pasado por tantas manos como pasaron éstas; cuando no las llevaba encima el profesor, las llevaba en su bolsillo tía Jo, y a todos los amigos que llegaban a la casa o que se encontraban por la calle se las daban a leer. Las felicitaciones principiaron a llegar en mayor número que llegaron antes los pésames, y Rob dejó a sus padres asombrados con el poema que les leyó, escrito por él, notabilísimo para sus años, y al que John le puso música para poderlo cantar cuando volviera el náufrago.

Emil estaba en Hamburgo esperando la boda de Franz, para volver a casa con los recién casados. Este plan gustó mucho a toda la familia, que pensaba ya en la alegre primavera que iban a pasar; y las chicas andaban con mucha anticipación quitando el polvo a los muebles y arreglando la habitación para los novios.

Mientras trabajan y esperan contentos, veamos nosotros dónde se encuentran los otros muchachos, que también trabajan y esperan mejores días. Nat sigue ahora con tesón por el camino que últimamente se había trazado con tanto acierto y saber; pero no estaba todo él cubierto de rosas; encontraba tantas espinas, que caminaba muy despacio, y lo iba pasando con gran pena, después de haber disfrutado mucho en otros más llanos. De día estudiaba y daba algunas lecciones, y de noche tocaba el violín en un teatrucho de mala muerte. Los amigos alegres le olvidaron muy pronto, pero los antiguos, los que le querían de veras, siguieron a su lado animándolo, resultándole de este modo menos penosa aquella vida de estrecheces y trabajo duro. Pero se alegraba, por otro lado, al ver que ya no tenía deudas y que iba ganando para vivir. El maestro Bergmann le dijo un día que pronto cambiaría su situación, a lo menos por algún tiempo, y en efecto, al llegar el mes de mayo lo eligió entre muchísimos alumnos para la orquesta de conciertos de verano en Londres.

-Ten contento a Bachrneister en Londres, que con tu inglés puede hacer allí mucho, y si le va bien, como es de esperar, te llevará a América, donde piensa ir a la entrada del otoño, para los conciertos de invierno. En estos últimos meses has adelantado mucho, y, a la verdad, estoy muy contento de ti, y confío en que llegarás a ser un buen músico.

Como el gran Bergmann no solía alabar mucho a sus discípulos, estas palabras llenaron el corazón de Nat de satisfacción y alegría, y siguió trabajando con entusiasmo para que se cumplieran. pronto las profecías del maestro. El viaje a Inglaterra le. entusiasmó más aun, y al llegar a Londres se encontró con la agradable sorpresa de que Franz y Emil llegaban a pasar unos días con él. ¡Qué satisfacción tan grande, qué alegría más inmensa! Verlos en su cuartito de Londres, donde no pasaba la vida ociosa, y adonde sus hermanos -pues todos eran "los muchachos de la madre Bhaer" le llevaban muchas noticias y buenos regalos para el solitario compañero, que al verlos se echó a llorar como si fuera una niña de seis años. ¡Con qué orgullo les dijo que había pagado hasta el último centavo de todo lo que debía! ¡Y que ahora ahorraba dinero! ¡Y qué pronto volvería a la patria! Al pronunciar estas últimas palabras, comenzó a llorar de nuevo. Ellos le abrazaron repetidas veces, y le felicitaron por los muchos progresos que había hecho en la música. Emil tenía que asistir a la boda de Franz, que sería a fines de junio, y se lo llevó casi a la fuerza, a casa de su sastre, para que tomaran la medida de un traje que él le regalaba. Con esto, y con un cheque que recibió de América,

Librodot

se consideró y a un millonario; pero un millonario feliz, porque ya no quería dinero, que tantos disgustos le había proporcionado;

quería gloria, ser un gran músico, y para esto era preciso trabajar mucho y distraerse poco. Mientras acontecía esto en Londres, Dan esperaba también resignado en el penal donde se hallaba recluido, contando las semanas que faltaban para que llegara el mes de agosto, en que se vería libre. Pero no le esperaban fiestas de casamientos ni músicas; ningún amigo se alborozaría cuando saliese de la prisión; no veía ningún paisaje risueño ante su vista; no tenía un rinconcito dichoso donde poder ir. Y, sin embargo, sus éxitos eran mucho mayores que los que había tenido Nat, aunque sólo Dios y un buen hombre los veía. Dura, muy dura fue la batalla; pero no tendría que librar otra igual en toda su vida, porque, aunque es verdad que no le faltarían enemigos por dentro y por fuera, tenía ya el librito de la táctica maravillosa que todo buen cristiano lleva en su pecho: el amor, la penitencia y la oración: las tres dulces hermanas que le darían la armadura que le sacaría ileso de todos los combates. Aun no había aprendido a llevarla, aun lo fatigaba mucho, lo ahogaba, pero ya conocía sus virtudes, gracias al amigo fiel que había estado a su lado casi todo aquel amarguísimo año.

Pronto se vería libre; pronto podría contemplar a sus anchas el hermoso azul del cielo, del

que no veía ahora más que un jirón por la alta y estrecha ventana de macizos barrotes de su celda. Cuando Dan penaba en todo esto, cuando se acordaba de sus correrías por las inmensas llanuras, por los espesos bosques y las risueñas cañadas, que él tanto amaba, creía que no podría esperar tanto tiempo y volvía a pensar cómo podía fugarse: Luego se tranquilizaba y principiaba a hacer proyectos para cuando saliera de allí. Iría a ver ante todo a Mary Mason; lo había prometido y lo cumpliría; después iría a vivir con sus amigos los indios, a esconder su vergüenza y a curar sus heridas en aquellos impenetrables bosques; a trabajar para salvar a muchos de los que como él estaban expiando la muerte de uno.

-Poco a poco lo iré arreglando todo; cuando tenga algo que decirles, cuando ya no me avergüence de lo que he hecho y de la pena que he sufrido, volveré a casa -dijo al sentir un fuerte latido en su impetuoso corazón, que se impacientaba ya por no verse entre ellos-. No, todavía no; me lo conocerían en la cara; se me trabaría la lengua y tendría que decir la verdad; hasta por el olor de las ropas, que huelen a cárcel, me lo conocerían las chicas. ¡Qué vergüenza! Yo no puedo mentir; yo no debo decir a la madre Bhaer una cosa por otra; ¡mentirle a ella, que tanto me quiere!... ¡Maldito sea! -Y el pobre Dan amenazó a la pared con el puño cerrado, como si las paredes de su celda tuvieran la culpa de su desgracia-. ¡Quién sabe! -siguió diciendo por lo bajo-. ¡Aun tengo que hacer algo grande, colosal, para que ellos estén orgullosos de mí! Nadie sabrá dónde he pasado este año horroroso. Dios me ayudará -y en vez del puño cerrado, levantó la mano abierta, en señal de súplica.

CAPITULO XVI
EN LA CANCHA DE TENIS

Los deportes se habían puesto muy de moda en Plumfield; y en el río, donde antes no se veía más que el viejo bote meciéndose amarrado ala argolla junto al embarcadero, se reían ahora elegantes y ligeros esquifes y bonitas barcas con sus toldos de tela rayada, llenas de alegres y vocingleras jóvenes, que arrojaban agua a los tripulantes de los esquifes, al verse vencidas por éstos en las regatas. La ancha pradera próxima al añoso y corpulento sauce, era

ahora el campo de recreo y ejercicio de los muchachos del colegio, donde libraban furiosos partidos de fútbol, y de donde no pocos salían rengueando más de una vez. Un poco

más retirada estaba la cancha de tenis, juego al que tía Jo era muy aficionada, y donde gobernaba como reina, venciendo siempre a la desgraciada que jugara con ella. Josie era también muy hábil en el manejo de la raqueta, y se hallaba jugando con Bess un sábado por la tarde de un magnífico día de verano. La simpática princesita se iba amoscando al ver que su prima no le dejaba hacer un tanto.

-¡Si estás cansada, mujer! Y el caso es que esos chicos todos están matándose con ese bárbaro fútbol. ¿Con quién voy a jugar yo? -preguntó Josie suspirando, mientras se quitaba el gran sombrero colorado que llevaba puesto.

-Cuando descanse un poco, volveremos a jugar; aunque, si quieres que te diga la verdad, me va cargando ya este juego, porque nunca puedo ganar -contestó Bess, mientras se abanicaba con una hoja de planta, muy ancha.

En el momento en que Josie se iba a sentar en un banco rústico, cerca de donde estaba su prima, vio aproximarse dos jóvenes muy peripuestos que la saludaban desde lejos, descubriéndose con mucha finura y gracia; y al llegar donde estaban, se apresuró Josie a preguntarles que quién de ellos quería jugar con ella; porque eran los antiguos compañeros, Dolly y George.

-Con mucho gusto -contestó el más cortés de los dos, haciendo una reverencia.

-Sí, hombre, sí; juega tú, y yo me quedaré aquí a la sombra, hablando con la princesita -dijo el más grueso de ellos.

-Consuélala, George, que está enojada porque no le he dejado hacer ni un tanto -exclamó Josie mientras se dirigía a tomar su puesto-; dale bombones, que ya he visto la cajita que te asoma por el bolsillo -añadió con risa picaresca.

Josie venció también a Dolly, no dejándole ganar ningún partido; luego, los dos se fueron a sentar a la sombra, donde estaba la otra pareja. Se reía Josie mucho de estos dos jóvenes, porque vestían con excesiva elegancia, y como tenía mucha confianza con ellos, les llamaba pisaverdes.

-Digan ustedes algo útil -principió diciendo Josie cuando estuvo sentada-; todo no ha de ser hablar de trajes, chalecos y sombreros a la moda; hablemos de algo que instruya.

-S í, sí; de algo más substancioso -interrumpió George, metiéndose otro bombón en la boca-; de algo que nos abra el apetito.

-Este hablará de comidas; por eso está tan gordo -interrumpió Dolly-; oye, cásate con una buena cocinera y abre un restaurante, que esas cosas te gustan a ti mucho.

Se sonrieron las chicas al oír los chistes de Dolly a George, pero a éste le hicieron muy poca gracia; arrugó el entrecejo y guardó silencio algunos minutos. Tía Jo llegó en aquel momento, y la conversación tomó otro rumbo.

-¿Sigues estudiando francés, Dolly, con la misma afición que el año pasado?

-No, señora, no; ya no lo estudio porque me cansé. Ahora estudio griego -contestó el joven, acentuando la palabra y mirando a tía Jo con descaro; pero, de pronto, se acordó de que ella estaba al corriente de todas estas cosas; bajó la vista y se quedó mirándose los zapatos.

-No estudia francés, pero, en cambio, lee muchas novelas francesas, y no pierde una función cuando viene por aquí alguna compañía francesa de opereta -añadió George con ingenuidad, confirmando las sospechas que tenía tía Jo.

-Precisamente, quería yo preguntaros algo de esto, porque Teddy tiene grandes deseos de aprender francés de esta manera práctica, y yo deseo saber qué clase de compañía es ésa y qué pone en escena.

-Ya se lo diré a usted, señora; yo fui y quedé convencido al momento de que allí no puede ir ningún muchacho decente; los que habían ido allí sin saber lo que aquello podía ser estaban

Librodot

tan avergonzados como lo estaba yo mismo. Los mayores, sí, señora, se veía que disfrutaban, y, al salir, estaban esperando en la puerta del teatro a las repintadas cantantes para invitarlas a cenar.

-¿Fuiste tú alguna vez?

-Tan sólo una.

-¿Te gustó?

-No señora, no; me fui a casa muy temprano -contestó Dolly con palabra torpe y poniéndose más colorado que la rabiosa corbata que llevaba puesta.

-Pues no sabes cuánto me alegro, de que aun no hayas perdido la gracia de ruborizarte; pero creo que la perderás pronto si continúas en esa clase de estudios, y te olvidas de avergonzarte. Con el trato de esa clase de mujeres olvidarás en seguida las buenas cosas que has aprendido, tendrás muchos disgustos y te verás en la vergüenza más de una vez. ¡Pues, señor, esto me saca a mí de mis casillas! ¿Por qué han de consentir los padres que sus hijos pasen las noches en esas pocilgas, en vez de cuidar para que las pasen tranquilos en sus camas?

Los dos jóvenes oían medio espantados la enérgica protesta de tía Jo contra una de las diversiones más de moda en aquellos días y guardaban respetuoso silencio; George, pensando con alegría que él no había asistido nunca a esas cenas alegres de las

cantantes francesas, y Dolly muy satisfecho de haber dicho "que se había retirado temprano". Tía Jo continuó hablándoles en tono maternal, deseosa de hacer por ellos lo que ninguna otra mujer hacía; y lo hacía con verdadero cariño.

-Si yo no os quisiera, no os diría una palabra de estas cosas. Ya sé que nada de esto es agradable; pero mi conciencia no quedaría tranquila si me callase sabiendo, como sé, que a veces con una sola palabra se consigue apartar a un joven del peligro en que se halla. Retiraos a tiempo con valentía, que no sólo os salvaréis a vosotros, sino que salvaréis a otros con vuestro hermoso ejemplo. Venid a mí si os veis atormentados por alguna cosa; sin reparo de ninguna clase y sin avergonzaros por nada; que por mucho que me digáis, ya he oído cosas peores, y he sabido confortar a muchos y salvar a no pocos. Sí, hijos míos, seguid mis consejos y podréis besar a vuestras madres con los labios bien limpios y pedir a las muchachas inocentes que os amen.

-Muchas gracias, señora; creo que tiene usted mucha, pero muchísima razón; pero la cosa es algo más difícil de lo que parece, porque cuando se ve uno invitado por personas respetables que llevan a sus hijas a ver a "Aimie", ¿qué quiere usted que hagamos nosotros? -contestó Dolly algo turbado, deseando salir del paso lo mejor posible.

-Pues mejor que mejor. Más honor y gloria para los que con valor y talento resisten a la opinión pública, y a la moral de manga ancha de ciertos hombres y mujeres, que lo mismo se les da una cosa que otra. Pensad vosotros en imitar a las personas que más respetáis, y conseguiréis el respeto de las que os quieren de veras, y de las que se preocupan por vosotros. Porque una persona se empeñe en tirarse por un despeñadero, no nos vamos a tirar nosotros también. ¿Sabéis vosotros lo que me dijo John una vez hablando de estas cosas? "Mira, tía Jo, el que se pierde es porque quiere; yo, por mi profesión de reportero, paso las noches en los teatros de todas clases y en otros puntos peores, y, sin embargo, no imito a ninguno de los que concurren a esos sitios; voy a mi asunto, y nada más".

-¡Si parece un sacerdote! -exclamó George con una sonrisa de aprobación en su cara mofletuda.

-Es un buen muchacho, y yo lo quiero porque sabe lo que hace; va siempre derechito a su trabajo, y deja a los demás que tiren por donde quieran -añadió Dolly, levantando la cabeza del suelo con una expresión en su cara que dio a entender a su mentor que sus palabras habían surtido el correspondiente efecto, de lo que se alegró mucho, y se animó a continuar su interrumpido discurso.

Librodot

-Pues ahí tienes un buen ejemplo; con imitarlo tienes bastante. En fin, hijos míos; perdonadme la molestia que os he proporcionado, pero no olvidéis mi sermoncito. Yo confío en que os servirá de algo. Ahora, si queréis venir a ver a mi gente menuda, tendré yo gran satisfacción en verme en medio de dos caballeros, y todos nos marcharemos juntos y en gracia de Dios.

No echaron los muchachos en saco roto las palabras de la madre Bhaer, y en más de una ocasión se acordaron después de la media hora pasada en la cancha de tenis.

CAPITULO XVII
UN RATO CON LAS MUCHACHAS

Si bien es verdad que esta historia es casi exclusivamente la de los muchachos de tía Jo, no debemos, por eso, dejar de hablar de sus muchachas, que en la "pequeña república" en que vivían ocupaban un puesto prominente, y se las instruía con mucho cuidado, para que, más tarde, representaran dignamente sus respectivos papeles en la "gran república", esta la que no les faltarían oportunidades para cumplir con muchos y sagrados deberes.

A esta instrucción se debe, precisamente, la gran influencia que tuvieron después muchas de ellas en la sociedad; porque la educación de una persona no consiste solamente en los libros, como lo prueban los muchos ejemplos de personas eminentes que jamás estuvieron en ningún colegio, sino que siguieron el ejemplo de los grandes maestros, tomando sus vidas por libros. Otras muchachas se aplicaron más a la cultura intelectual, con gran riesgo de perder la cabeza por el exceso de estudio, por prevalecer en Nueva Inglaterra la idea errónea de que el estudio está ante todo y por todo, como si la salud y la prudencia no valiesen nada.

En la época a la que nos referimos se dedicaban las jóvenes de Plumfield a toda clase de estudios, menos a los propios de la mujer, como las labores de costura, a excepción de las tres hermanas que ya conocen nuestros lectores, que seguían su buena y antigua costumbre, heredada de la madre, de arreglar cada semana sendas canastas de ropa; y la misma señora Amy, con toda su riqueza, pasaba muchas horas en el cuarto de costura del monte Parnaso -- que también allí lo había-, enseñando a sus criadas a recoser y remendar las medias y calcetines y otras prendas de vestir. Era aquél el cuarto más querido de las tres hermanas, según confesión de ellas mismas, donde pasaban los ratos más distraídos de su vida, rodeadas de todas sus hijas; porque allí conversaban, leían y cosían; y lo mismo se recitaban versos que se remendaban los talones a los calcetines de los muchachos o se leía un libro de teología o de cocina.

La señora Meg fue la primera en proponer que se debía ensanchar aquel pequeño círculo, porque, a medida que pasaba el tiempo se iba aumentando el trabajo, por la razón de que había ido aumentando la familia de los muchachos y muchachas de casa y los de fuera de casa; y, a las pocas semanas se había convertido ya la gran sala del antiguo museo de antigüedades en inmenso taller de costura, con varias máquinas de coser y todos los demás adelantos modernos.

Allí se encontraba la señora Meg, en medio de las muchachas, que acudieron a aprender estas labores, como en la gloria; aquello era lo que le gustaba a ella, porque ya no se trataba sólo de remendar calcetines; ahora se cortaban vestidos nuevos, se armaban sombreros, se consultaban figurines, para ver lo que se llevaba en Nueva York, en París y en Londres. Amy, señora de refinado gusto y muy competente en la materia, era la que decidía la gran cuestión

de los colores respecto al físico; porque son poquísimas las mujeres, hasta las más inteligentes, a quienes no les guste parecer bien con las prendas que llevan puestas; y el color que sienta bien a una morena sienta muy mal a una rubia, y lo mismo sucede con las gruesas y delgadas. Todo esto es de suma importancia si no se quiere que la mujer vaya hecha un adefesio. También se encargó la señora Amy de proporcionar los libros necesarios para aquel nuevo departamento del colegio; llevó obras de Ruskin, Hamerton v de la señora Jameson, que nunca pasan de moda, Bess las leía en alta voz, y Josie alternaba con ella, leyendo las poesías y comedias que le recomendó su tío. Jo tornó a su cargo las lecturas que se relacionaban con la conservación del cuerpo y con la urbanidad y trato social, leyéndoles obras de la señorita Cobbe, "Deberes de la mujer"; de la señorita Backeet, "Educación de la joven americana"; de la señora Woolson, "La reforma en el vestido", y otras muchas obras relacionadas con la educación de la mujer.

Muy curioso era, en verdad, ver el cambio que se había obrado en poco tiempo en todas aquellas jóvenes que habían dejado la pluma por el dedal, la lectura de novelas románticas por la de obras útiles para los asuntos de la vida. Entre la docena de muchachas que trabajan en esta habitación, se entabló un día una viva discusión respecto a la carrera que debían seguir las señoritas, porque tía Jo les había leído algo de esta materia, y fue preguntando después a cada una de ellas a lo que pensaba dedicarse cuando saliera del colegio. La contestación fue la de siempre: "Yo me dedicaré a la enseñanza y ayudaré a mi madre", decía una. "Yo estudiaré medicina", decía otra. "Yo, pintura", contestaba otra; pero todas terminaban añadiendo: "Hasta que me case."

-Pero si no te casas, ¿qué harás? -preguntaba tía Jo, sintiéndose muchacha de nuevo, al escuchar las contestaciones que le daban y observar las expresiones de alegría y preocupación que se dibujaban en las juveniles caras de sus muchachas.

-Pues ser solterona, cosa horrible, pero inevitable -contestó una de las jóvenes, demasiado guapa, por cierto, para que temiera que a ella pudiera sucederle lo que decía.

-No está mal pensar en eso, porque todo puede suceder; pero al mismo tiempo conviene pensar en llegar a ser soltera útil, no mujer superflua; yo no he considerado nunca la doncellez como cosa fea.

-¡Es un gran consuelo! -contestó otra de las jóvenes-; ahora ya no se mira a las solteras con el desprecio que se miraba antes; ya no son medias mujeres, como se las consideraba en otro tiempo,

desde que empezaron a salir celebridades de entré las solteras.

-Sí; pero todas no podemos ser señoritas Cobbes, ni señoritas Nightingales; ni señoritas Phelps; muchas seremos las que nos quedemos en un rinconcito haciendo calceta y leyendo de vez en cuando algún libro, sin poder llegar a más en toda la vida.

-Se cultiva la alegría y el contento; y nunca faltan cositas que hacer en una casa - arguyó la señora Meg con una sonrisita de satisfacción, mientras probaba a la chica que estaba a su lado el sombrero que acababa de adornar.

-Muchísimas gracias. Sí, señora Brooke, tiene usted razón; nunca faltan cositas que hacer que la hagan a una ir derechita y estar contenta - contestó la muchacha aceptando la lección de amor y el regalo del sombrero.

-Con amor y constancia se consigue todo lo que una desea en este mundo. Yo recibí en un principio muchos desengaños, pero seguí escribiendo sin desanimarme hasta que, por fin, conseguí dinero y fama -añadió tía Jo, con gran satisfacción.

-Todas no podemos hacer eso, o no tenemos tanta virtud, pues yo me cansaba mucho y tenía grandes dolores de cabeza por empeñarme en seguir estudiando, hasta que el. médico me aconsejó

que arrinconara los libros si no quería volverme loca -contestó una de las muchachas con mucha gravedad.

Librodot

-A mí me pasaba lo mismo -comenzó diciendo otra-; pero desde que vengo aquí han desaparecido los dolores de cabeza que con tanta frecuencia tenía antes; verdad es que hice también lo que me dijo la doctora Nan: que me quitase el corsé, y que bailara y corriera por el campo cuanto pudiera.

El señor Laurence llegó en aquel momento diciendo que lord Ambercrombie, que había llegado a Estados Unidos, vendría a visitar el colegio acompañado de su esposa y de otros personajes ingleses.

-¿Nos deberemos poner de pie? -preguntó asna de las muchachas profundamente impresionada por aquel grande honor que les hacían aquellos señores.

-Sí, sí, desde luego.

-¿Les daremos la mano?

-No, porque las presentaré en conjunto, y ustedes pondrán la cara muy risueña.

-Siento no haberme puesto mi mejor vestido. Si lo hubiera sabido antes de salir de casa -cuchicheó la llamada Silly.

-¡Ya vienen! ¡Vaya un sombrero más raro el que trae la señora! -exclamó una alegre muchacha haciendo reír a las demás.

Nadie hubiera dicho que aquella señora Ambercrombie, que trataba a las pobres chicas con sencillez encantadora, como si fueran iguales a ella, tenía un palacio en Londres, un castillo en el país de Gales y casi un condado entero en Escocia. "¡Esto es hermoso! ", decía la noble dama, entusiasmada al oír hablar por separado de las chicas. "La educación de la mujer me ha preocupado e interesado toda mi vida; y no pueden ustedes formarse idea de lo mucho que me alegro al ver el entusiasmo y cariño con que han emprendido ustedes este ramo de la instrucción de la mujer, tan descuidado antes."

que arrinconara los libros si no quería volverme loca -contestó una de las muchachas con mucha gravedad.

-A mí me pasaba lo mismo -comenzó diciendo otra-; pero desde que vengo aquí han desaparecido los dolores de cabeza que con tanta frecuencia tenía antes; verdad es que hice también lo que me dijo la doctora Nan: que me quitase el corsé, y que bailara y corriera por el campo cuanto pudiera.

El señor Laurence llegó en aquel momento diciendo que lord Ambercrombie, que había llegado a Estados Unidos, vendría a visitar el colegio acompañado de su esposa y de otros personajes ingleses.

--¿Nos deberemos poner de pie? - preguntó una de las muchachas profundamente impresionada por aquel grande honor que les hacían aquellos señores.

-Sí, sí, desde luego. -¿Les daremos la mano?

-No, porque las presentaré en conjunto, y ustedes pondrán la cara muy risueña.

-Siento no haberme puesto mi mejor vestido. Si lo hubiera sabido antes de salir de casa -cuchicheó la llamada Silly.

-¡Ya vienen! ¡Vaya un sombrero más raro el

que trae la señora! -exclamó una alegre muchacha haciendo reír a las demás.

Nadie hubiera dicho que aquella señora Ambercrombie, que trataba a las pobres chicas con sencillez encantadora, como si fueran iguales a ella, tenía un palacio en Londres, un castillo en el país de Gales y casi un condado entero en Escocia. "¡Esto es hermoso! ", decía la noble dama, entusiasmada al oír hablar por separado de las chicas. "La educación de la mujer me ha preocupado e interesado toda mi vida; y no pueden ustedes formarse idea de lo mucho que me alegro al ver el entusiasmo y cariño con que han emprendido ustedes este ramo de la instrucción de la mujer, tan descuidado antes."

CAPITULO XVIII
DIA ANIVERSARIO

Es indudable que el tiempo pone de su parte cuanto puede para que los jóvenes escolares disfruten mucho en estos días clásicos que tienen de vez en cuando, mandándoles un buen sol.

Se celebraba el aniversario de la inauguración del colegio que ya conocen nuestros lectores, y desde las primeras horas de la mañana anunció el sol que él también contribuiría para que la fiesta resultase lo más lucida posible. La naturaleza quiso también tomar parte en aquella alegría, haciendo un esfuerzo para desplegar sus galas, ofreciendo flores con profusión; y como el colegio del señor Laurence era mixto, la presencia allí de las bonitas y alegres muchachas mezcladas con los chicos contribuía mucho a animar y dar vida al pintoresco cuadro; y las manos que volvían las hojas de los buenos y sabios libros tenían también la habilidad de adornar con gusto, con rosas y plantas, las clases del colegio.

Los profesores y alumnos de los demás colegios de Plumfield fueron llegando, y el señor Laurie y su mujer, que formaban parte de la comisión receptora, los fueron recibiendo con marcadas señales de atención y alegría, distribuyendo entre ellos gran cantidad de rosas. La señora Meg y su hija Daisy andaban entre las chicas arreglando los tocados de algunas de ellas, que no hallaban del todo a su gusto, mientras tía Jo se multiplicaba de tal modo que estaba hasta en los detalles más insignificantes.

-Mira, Teddy -le decía a su hijo-; quítate ese sombrero de copa, que aquí no estamos en un colegio de Inglaterra. No hagas ridiculeces, hijo; si los sencillos y pacíficos habitantes de Plumfield te vieran con esa chimenea puesta en la cabeza... El señor Bhaer miraba con orgullo a ese plantel de jóvenes, de los que confiaba abundante y rica cosecha, porque la semilla que se había derramado había sido muy buena; y el anciano señor March sonreía lleno de satisfacción al ver realizados los sueños dorados de toda su vida: la educación de la juventud. Laurie solía eclipsarse, siempre que las buenas formas sociales se lo permitían, porque el recitado o lectura de tantas odas y poesías laudatorias le aburría sobremanera; y las tres hermanas se sentaban en medio de las señoras del pueblo, rebosando la satisfacción y la alegría por todo su cuerpo.

La música fue buena, como lo era siempre que Apolo blandía la batuta; los versos, en los que los jóvenes decían, como de costumbre, antiguas verdades con nuevas palabras, dándoles vida y energía con sus juveniles voces, eran bastante aceptables. Era de ver el entusiasmo que se retrataba en las caras de los muchachos cuando algún pariente o hermano leía alguno de estos versos, y el respetuoso silencio con que eran oídos.

La oración que pronunció Alice Heoth fue, según unánime opinión, el éxito del día; porque, sin ser florida ni sentimental, como sucede con frecuencia en las primeras tentativas de oratoria de todos los jóvenes, era seria, sencilla y tan inspirada, que la autora bajó de la tribuna entre atronadores y repetidos aplausos, y tardó buen rato en poder sentar los pies en el suelo, como si acabase de cantar la "Marsellesa". Habló después el profesor Bhaer con la sencillez con que un padre habla a sus hijos, animando a todos los concurrentes jóvenes a que siguieran con entusiasmo preparándose para la batalla de la vida; y sus palabras, tiernas, sabias y encarecedoras, penetraron hasta el fondo del corazón de todos los oyentes.

El banquete y las horas de expansión en los jardines absorbieron el resto del día, hasta que llegó la noche y empezaron los bailes anunciados en el programa de la fiesta. Poco después de haber principiado éstos, se detuvieron dos carruajes a la puerta, y el señor Bhaer, llevado

de sus nobles deseos hospitalarios, fue a recibir a los recién llegados, viendo, con inexplicable sorpresa, entrar a Franz, dando el brazo a su joven esposa, joven, rubia, elegante y guapa, seguidos de Emil, que traía en la mano el sombrero de Mary Hardy, gritando:

-¡Tío Fritz y tía Jo! ¡Aquí tienen ustedes a otra hija! ¿Quedará por ahí alguna habitación para mi mujer?

Nadie contestó a esta última pregunta de Emil, por andar toda la familia muy ocupada en dar abrazos y besos, hasta que tía Jo no se serenó un poco y principió diciendo.

-¿Pero por qué no lo has dicho, hombre de Dios? Lo mismo que hemos preparado habitaciones para un matrimonio, las hubiéramos preparado para dos; y así ahora tendréis que arreglaros como Dios quiera.

-Bueno, pues no se apure usted, tía, que aun no estoy casado; pero como les he oído a ustedes referir muchas veces la broma que les dio el tío Laurie, he querido yo hacer lo mismo.

-¡Qué feliz soy, hijos míos, al veros otra vez sanos y salvos en casa!

-No encuentro palabras con qué expresaros mi alegría, que sólo Dios, que está en los cielos, sabe lo grande que es - exclamó el bueno del profesor tratando de estrechar a los cuatro en un solo abrazo.

La gente joven acosaba a Emil para que refiriera cómo había ocurrido el naufragio, que difería bastante, por cierto, de lo que habían dicho los periódicos. Emil ponderó mucho el valor y serenidad de Mary, y ésta contestó, mirándolo agradecida:

-No digo que en algunos momentos no seamos valientes las mujeres, pero hay hombres que, además de ser valientes, tienen acciones dignas de que se graben en bronce; yo conozco a uno que, muerto de hambre y sueño, cargado con el cuerpo de un herido y gobernando el bote, que de un momento a otro parecía que se lo iban a tragar las enfurecidas olas, se desprendía generoso de las pocas galletas que le habían correspondido, para dárselas a una pobre muchacha, que, por falta de alimento y sobra de angustias y penalidades, estaba a punto de perder el sentido.

-No hice más que cumplir con mi deber; pero cío hablemos irás de eso; hablemos de los días felices que hemos pasado a bordo del "Urania" -contestó Emil alegrándose.

-¿Pero se volvería usted a embarcar con él? -preguntó Daisy al ver la serenidad de Mary.

-Al lado de mi capitán no tengo miedo; me embarcaría con él una y cien veces más; y si volvemos a naufragar correremos juntos la misma suerte. Prefiero esto a estar esperándolo con ansia en una playa.

-¡Hermoso ejemplo de mujer; nació usted para ser la esposa de un hombre de mar! Eres el más feliz de los mortales, Emil; y estoy segura de que el próximo viaje será de los más felices de tu vida - exclamó tía Jo, entusiasmada con la relación de los actos de heroísmo de su sobrino.

-¡Lo soy, tía, de veras! -contestó Emil cordialmente-. Y en todos los casos de apuro siempre he tenido presente las buenas cosas que usted y el tío me han dicho. En esas noches de angustia, cuando veía que el bote en que íbamos podía, por un pequeño descuido en el manejo del timón, desaparecer entre las olas, me acordaba del cable con filete encarnado de la marina inglesa que usted me contó días antes de hacerse el " Brenda" a la mar. Si nos perdemos, decía yo para mis adentros, y queda a flote algún trozo de cuerda, que me reconozcan por ella.

-Así es, hijo mío, así es - Contestó tía Jo, besando con calor a Mary.

En otro grupo estaban Franz y su mujer, que comenzó a hablar en aquel momento de Nat. Los demás se le reunieron, y Franz se explicó así:

-En el momento en que lo v i tan delgado y ojeroso, comprendí que el muchacho sufría por alguna cosa; pero a las primeras preguntas que le hice me confesó la verdad, y todo lo que me dijo me lo confirmaron después los profesores Baumgarten y Bergmann. Que había gastado

Librodot

mucho más dinero del que debía gastar y que trataba de recuperarlo a fuerza de economías y de excesivo trabajo.

-Me gusta, me gusta mucho eso. Ha sido un buena lección, y Nat se ha hecho merecedor del aprecio en que le tienen sus profesores y de que le haya elegido entre tantos el señor Bergmann -dijo entusiasmado el profesor Bhaer al terminar Franz de dar las noticias que tenía del amigo.

-Acuérdate que te lo dije, Meg; que ese muchacho es de muy buena pasta, y que el amor que le tiene a Daisy lo haría caminar derecho, y llegaría a ser algo con el tiempo -exclamó tía Jo, olvidando de pronto las ansiedades y disgustos que había pasado últimamente por él.

-Pues me alegro mucho, y por lo que dices, veo que ya estás tú conforme con esos amores; yo también tendré que estarlo, y a este paso, pronto oiremos decir que Josie también está enamorada; y siga la broma - contestó Meg en tono de desesperación.

Pero su hermana observó que a pesar de lo que decía estaba conmovida con las cosas que le habían pasado al pobre muchacho, y se apresuró a repetir sus triunfos para que la victoria fuera completa; porque los éxitos tienen la propiedad de gustar a todo el mundo.

-El ofrecimiento del señor Bergmann es una gran cosa, ¿no te parece, Laurie? -preguntó ella, por más que éste ya había dado su opinión cuando se recibió la carta de Nat.

-Bueno en todos lo sentidos. Nat saldrá hecho un maestro de la orquesta de Bachmeister y conocerá Londres de una manera muy especial y alegre; vendrá después aquí con la orquesta y sobresaldrá entre los violines. No es un gran honor, pero ya puede contar con algo, ha dado un gran paso en su carrera. Yo ya le he felicitado, y él se alegró mucho y me contestó que se lo dijera a Daisy y que te hiciera comprender a ti, Meg, que su corazón es de oro y que de ti dependía que no se transformase en un pedazo de carbón de piedra, y otras ternezas por el estilo.

Habló después Franz de su antiguo compañero en el mismo tono encomiástico, porque su felicidad no le impedía acordarse de su viejo y aplicado compañero, pintando la paciencia y desvelos de Nat de tal modo, que la señora Meg quedó casi convencida, a pesar de haberse enterado del episodio de Minna y de que había andado tocando el violín por los cafés-conciertos, y hasta por las calles de Leipzig, para procurarse recursos para vivir sin pedir nada a la familia.

En esta agradable conversación estaban, cuando se oyó la señal de que la comida estaba lista.

CAPITULO XIX
ROSAS BLANCAS

Mientras los viajeros se quitaban el polvo y tía Jo se ponía otro vestido y se arreglaba un poco la desgreñada cabeza para sentarse a la mesa, corrió Josie al jardín para cortar algunas rosas para los novios. La repentina llegada de estos seres tan queridos casi había trastornado la cabeza de la romántica muchacha, que andaba en aquel momento llena de fantásticos y heroicos salvamentos, tiernas exaltaciones, dramáticas situaciones y admiraciones femeninas respecto de si las novias se pondrían o dejarían de ponerse sus velos. Se había detenido delante de un frondoso rosal de rosas blancas, y cortaba las más enteras y bonitas con la idea de formar dos ramilletes con la cinta de seda blanca festoneada que llevaba en el brazo, para colocarlos en el tocado de sus nuevas primas. Las pisadas de uno que se acercaba le hicieron estremecerse momentáneamente, y al volverse para ver quién era vio a su hermano que

bajaba por el paseo enarenado con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho y el aire distraído como persona absorta en profundas meditaciones.

-Sofía Wackles -dijo la perspicaz muchacha con una sonrisa picaresca, chupándose al mismo tiempo el índice de la mano derecha por haberse clavado la punzante espina de una rama.

-¿Qué haces tú aquí, calamidad? -preguntó John con sobresalto "irvingnesco" al sentir sin ver la influencia perturbadora de sus sueños del día.

-Cortando rosas para nuestros novios. ¿No quieres una? -contestó Josie, a quien la palabra "calamidad" con que solía llamarla su hermano le hacía mucha gracia.

-¿Una novia o una rosa? -preguntó John con calma, mirando al rosal como si de pronto hubiera despertado en él un gran interés.

-Las dos cosas; tú te procuras la una y yo te daré la otra.

-¡Si pudiera ser eso!...

Y John arrancó un capullo, dando al mismo tiempo un suspiro que llegó al ardiente corazón de su hermana.

-Pero, ¿por qué no lo haces? ¡Tan bonito que es ver a los jóvenes felices! Ahora estás a tiempo; no dejes escapar la oportunidad porque dentro de poco se marcha, y difícilmente la volverás a ver.

-¿Quien? ...

Y John arrancó un capullo medio abierto, poniéndose de pronto tan encarnado que su hermana no pudo menos que sonreír.

-No seas hipócrita. Ya sabes que me refiero a Alice. Mira, John, tú no ignoras que yo te quiero mucho, aunque te hago rabiar de vez en cuando; pero lo que sí ignoras, seguramente, es que estoy dispuesta a ayudarte en lo que pueda. Son tan interesantes todas estas cosas de amores y casamientos, que todos tenemos que tomar nuestra parte correspondiente. Así es que, créeme a mí, habla a Alice y arréglate con ella antes de que se marche.

A John le hizo mucha gracia la seriedad con que hablaba su hermanita, pero como el asunto le gustaba mucho, no le contestó con la aspereza de otras veces, sitio que le dijo con dulzura:

-Eres muy amable, Josie. Ya que tienes talento y sabes de todo, ¿no podrías indicarme el medio más correcto y elegante de declararme?

-Sí, hombre, sí; mira, hay varios medios, yo te los explicaré. En las piezas de teatro el enamorado se arrodilla a los pies de ella; pero esto tiene sus inconvenientes, y es que si el novio tiene las piernas muy largas resulta una figura feísima. Teddy lo hace muy mal a pesar de las muchas veces que lo hemos probado y de las lecciones que le doy. Pero tú podrías declararte del siguiente modo: "¡Sé mía! ¡Sé mía! Y quiere al que tira pepinos por en

cima de la tapia de la señora. Nickleby". Esto en el caso de que desees hacer una declaración alegre; y si no, le escribes unos versos bonitos y te declaras en ellos.

-Mira, Josie, todo eso es broma; yo quiero de veras a Alice, y no puedo hacer nada de eso. Tú que has leído tanto de todas estas cosas puedes darme consejos serios, siendo tan romántica como eres.

John estaba resuelto a esperar algún tiempo antes de declararse; pero la vista de los nuevos novios y el discurso tan brillante que había pronunciado Alice, habían enardecido su corazón haciéndole cambiar de opinión; porque temía que algún otro joven se le adelantase. Su hermana Daisy era su confidente para todo menos para estas cosas de amor; pero la pobre muchacha se encontraba también en un trance apurado, porque su madre no quería oír hablar de amores, y John había tenido por fin que humillarse ante Josie, con quien siempre andaba peleando, porque se reía de todas sus cosas. Sin embargo, las últimas palabras de ésta y la vista del rosal, le decidieron a aceptar su ayuda y a seguir sus consejos.

-Creo que lo mejor será que le escriba -dijo después de un momento en que los dos habían estado buscando una idea nueva y brillante.

-¡Ya la tengo! ¡Es de primera! Y que, siendo

tú poeta y ella poetisa, viene que ni de perlas -exclamó dando un salto de alegría.

-¿Cuál es? Dímela, mujer, dímela, y no me desesperes -suplicó el enamorado con impaciencia. -Pues escúchame. Yo he leído en las novelas de la señorita Edgemorbh de un enamorado que se declara a la mujer a quien amaba sin hablar una palabra, ofreciéndole tres rosas: un capullo, una rosa medio abierta, y una rosa abierta del todo. Yo río recuerdo ahora la que ella toma; pero es la gran idea, porque Alice estaba presente el día que yo leía esto y ella se acordará con seguridad. Escoge las rosas Y yo se las daré en nombre tuyo y tú le pones dos letras diciendo que escoja una.

John principió a buscar con la vístalas mejores rosas del rosal v su hermana le contempló un momento asombrada al ver lo humilde y sumiso que estaba aquel hermano suyo tan altivo pocas horas antes.

-Ya lo harás, ¿eh? - fue lo único que dijo John :al dar las rosas a su hermana para terminar su mensaje de amor floral.

Encantada Josie de tomar parte en el romántico asunto, ató a los tallos de las rosas una cintita de seda con mucho cuidado y esmero, mientras John, escribía en una tarjeta:

"Querida Alice: Usted conoce el significado de

las flores, y el que tanto la quiere y admira, sería el hombre más feliz de la tierra si usted se dignara escoger una o todas de las que le entregará Josie esta noche. Su apasionado

John.',

Al entregar la tarjeta a su hermana, le dijo John muy serio:

-Mira, Josie, no lo tomes a broma; esto es para mí, vida o muerte; así es que si me quieres, no te rías y procura que las rosas y esta tarjeta lleguen a sus manos del modo que tú creas que pueda dar mejor resultado.

La contestación de Josie fue un beso, que significaba más que todas las afirmaciones que podía haberle hecho de palabra, y allá se marchó contenta a cumplir el encargo, dejando a su hermano que soñara un poco entre los rosales.

Mary y Ludmilla quedaron prendadas de los ramos de rosas que les entregó Josie, y ésta les ayudó a ponerse algunas en la cabeza. Alice estaba en otro tocador sola, y nadie le ayudó a vestirse. Cuando vio las rosas y leyó la tarjeta, no tardaron en humedecérsele los ojos al ver confirmado en aquel pedacito de cartulina lo que su corazón adivinaba hacía ya mucho tiempo. Quedó pensativa un momento, y ya iba a separar del ramito la rosa más abierta, cuando se acordó que en su casa había una madre imposibilitada y un padre muy anciano, que no podía abandonarlos ni hacer nada sin contar con ellos, como buena hija que era; sacó la rosa entreabierta,, lo que significaba "esperanza"; la que dice que "sí", pero hay que esperar, y se la puso en el pecho.

Volvió a quedar pensativa al mirarse al espejo, y ver lo pobre que resultaba aquella flor, comparada con la otra completamente abierta, cuando oyó que en el cuarto inmediato Doblaban la madre y hermanas de John, y se acercó a la ventana para enterarse mejor de lo que decían.

-Ludmilla ha estado cariñosísima con nosotros; nos ha traído de Alemania verdadera agua de Colonia. ¡Y qué bien nos viene ahora, después de un día de tanto trajín como hemos tenido hoy! John se alegrar! también mucho.

-Ya lo está, mamá. ¿No viste cómo se entusiasmó cuando Alise terminó su oración? Si no lo detengo, se va hacia ella y le da un abrazo; yo también aplaudí; así he estropeado mis guantes nuevos con tanto palmoteo.

-¿Te ha dicho él algo referente a Alise? mamá; pero aunque no me lo diga, lo ,,divino. Es muy bueno y sabe que yo me hubiera disgustado si me hubiera hablado de esas cosas.

-Ya lo creo que es bueno; y aunque no es rico, no creo que haya joven que le diga que no. Y no es rico ni lo será nunca. ¿Sabes tú, Daisy, lo que ha hecho con todos sus ahorros? Anoche me lo dijo y aun no había tenido tiempo de decírtelo. Al pobre Barrón, que, como sabes, estaba medio ciego y a punto de perder por completo la vista, lo presentó en una clínica para que lo curaran bien; pagó todos los gastos y se ha quedado sin un centavo; pero el paciente puede ya trabajar y mantener a su mujer y a sus hijos.

Alise no pudo oír lo que Daisy contestó a su madre, por estar aún preocupada con sus propias emociones, pero se le alegraron los ojos, y sus labios pronunciaron por lo bajo: "¡Hermosa acción! Merece una recompensa, y la tendrá".

LA señora Meg seguía hablando de John, y ella pudo enterarse de lo que sigue:

-No dudo que algunas personas lo habrán calificado de insensato y revoltoso, por lo intranquilo de su espíritu hace algún tiempo; pero su corazón es hermosísimo y lleva a la práctica aquel dicho de que "el que da al pobre, presta a Dios."

-Y está triste, mamá, porque no puede dar más, y es tan honrado que no quiere pedir nada hasta que no tenga él mucho que dar. Pero olvida que el amor es lo principal. En esto sí sé yo que es muy rico, y también sé que lo aceptarán con entusiasmo.

-Mi John se lo merece; y por mi parte no pondré dificultades.

-Sí, yo creo que se arreglarán; pero como ella es tan obediente y tan sumisa a sus padres, no sé si lo hará feliz. ¿Te gustaría este enlace, mamá?

-Sería la más dichosa de todas las madres; porque muchacha de sentimientos más nobles que ésa no existe en el mundo. No deseo otra cosa para mi hijo; pero tienen que esperar, porque antes tiene él que procurarse un porvenir, y si ella lo quiere, lo esperará todo el tiempo que sea necesario.

-Yo me alegro mucho, mamá, que estés satisfecha y contenta con su elección y que ella no tenga que sufrir los sinsabores de la oposición.

La voz entrecortada de Daisy y el sonido de algo así parecido a besos, le hicieron comprender a Alice que Daisy debía estar entre los brazos de su madre; y no oyendo nada más, se retiró de la ventana, resplandeciendo en su cara la alegría, al pensar que había oído más de lo que ella esperaba oír. En un momento se hizo el razonamiento de que el amor y la obediencia pueden muy bien ser compatibles y que no había una razón fundada para desanimar al que tanto la quería; y tomando la rosa abierta la besó y la unió a las otras dos, porque las tres juntas significaban que correspondía y estaba conforme en todo.

-Todo para mi John; trabajaré con más entusiasmo que hasta ahora y esperaré amándole - fueron las palabras que pronunció por lo bajo al salir del cuarto para unirse con los demás huéspedes.

Los que no estaban en el secreto, atribuían aquella inusitada y brillante alegría que se veía en su cara a las muchas felicitaciones que recibía de los jóvenes por su incomparable discurso; ni tampoco, a excepción de uno que al. pasar cerca de ella le dio las gracias con voz casi imperceptible y entrecortada, reparó en las bonitas rosas que llevaba prendidas en el pecho.

John fue a acompañar a ciertos personajes venerables y ayudó a su abuelo en la discusión que llevaban concerniente al método socrático de instrucción, y a los de Pitágoras, Pestalozzi, Froebel y otros; y al volver al Parnaso, era tanta su alegría, que cualquiera hubiera jurado que había empinado el codo demasiado en la mesa, no habiendo probado el vino, sin embargo.

Hubo después música y canto, y a John no le faltó ocasión de acercarse a Alice para hablar con ella y darle las gracias con más libertad que lo había hecho antes.

-No sé, Alice de mi vida, cómo darte las gracias. ¡Y qué bien que lo has comprendido! Si lo estoy viendo y casi no lo creo -le decía John, sin importarle nada lo que en aquel momento cantaban al piano.

-Sí, hombre, hace tiempo que lo comprendí; pero somos muy jóvenes y tenemos que esperar. ¡Qué feliz y qué orgullosa estoy con tu amor, John!

-¡Vaya un descubrimiento que he hecho! -iba diciendo Tom cuando se retiraba a su casa, porque se había acercado tanto a la pareja enamorada que oyó algunas palabras de Alice-. ¡Y qué calladito se lo tenían! Pues, señor, ¡todos son aquí más felices que yo!

La familia Brooke se retiró aquella noche muy tarde, y cualquiera que hubiera podido echar una mirada por la ventana de la habitación en que estaba reunida antes de meterse cada uno en su cama, hubiera podido ver a John muy atento y satisfecho recibiendo las felicitaciones del bello sexo que acababa de oír de su boca el romance. Josie insistía en que ella era la que había ganado la partida y los demás tuvieron que reconocer y confesar de que era perita en la materia. La señora Meg iba diciendo, al dirigirse a su cuarto:

-Esperemos que vuelva Nat, y mi pobre hija llevará también rosas blancas.

CAPITULO XX
VIDA POR VIDA

Los días de verano que siguieron después los pasaron, viejos y jóvenes, en medio de la mayor quietud y del mayor deleite, haciendo los honores de la hospitalidad en Plumfield a sus felices huéspedes. Mientras Franz y Emil andaban ocupados con el asunto de su tío Hermann y del capitán Hardy, Mary y Ludmilla hacían nuevas amistades por todas partes, y aunque era muy distinta la una de la otra, las dos eran amabilísimas y se hacían querer de todo el mundo. La señora Meg y su hija Daisy aprendieron muchas cosas de la novia alemana, entre ellas, diferentes guisos, y hablaron y discutieron sobre la vida doméstica en Hamburgo y la que se hacía en aquella parte de la América del Norte, y la joven esposa alemana aprendió a su vez cosas que ella no conocía.

El trato de Mary era también muy agradable, porque como había viajado tanto, sabía muchas cosas y no exageraba, como por lo regular hacen las jóvenes inglesas, las cosas de su país. Tía Jo estaba muy satisfecha con la elección de Emil, y tenía la seguridad de que el tierno y amante piloto femenino sacaría siempre a su muchacho a puerto de salvación, tanto en la bonanza como en el mal tiempo.

El compromiso de John fue aceptado por toda la familia, y todos estaban conformes en que, siendo los novios muy jóvenes, tenían que esperar. El marchó a su negocio y Alice trabajó en su casa, contenta y satisfecha de esperar que llegara el día que se cumpliera su felicidad. Daisy se alegraba de todo esto y no se cansaba nunca de oír explicar a su hermano los planes que tenía formados para el futuro. Sus mismas esperanzas le hacían a ella, por otro lado, estar constantemente ocupada en algo útil, esperando alegre el día, que ella presentía, en que Nat atravesara el Atlántico y llegara de Londres.

Su corazón es de oro y su cabeza se despejará mucho cuando salga de la atmósfera de humo de tabaco y cerveza en que vive ahora y principie a respirar el aire salino de aquí -dijo tía Jo, pensando con gusto en la bonita perspectiva del violinista.

Josie pasó un mes en la playa, en casa de la señorita Cameron, y aprovechó bien las lecciones de ésta, estrechando más y más su amistad con la gran trágica, que le sirvió después mucho.

Tom y Dora seguían hablando, pero no se sabía cuándo se casarían, porque el padre de Tom decía que su hijo cambiaría aún de profesión dos o tres veces, por no gustarle ninguna.

Así marchaban las cosas en aquella comunidad, y tía Jo empezaba a creer que ya habían pasado todas las intranquilidades y disgustos, cuando se presentó de pronto otro nuevo. En las diferentes tarjetas postales que habían recibido de Dan, daba éste como dirección para que se le contestase: "M. Mason, para entregar, etc." Por este medio pudo ir entreteniendo a su familia adoptiva y dar tiempo a cumplir su condena. La última postal que se recibió de él estaba fechada en Montana, y no decía más que lo siguiente:

"Por fin me encuentro aquí, ocupado otra vez en el negocio de minas, que marcha bastante bien, por cierto; pero no pienso quedarme mucho tiempo. Desistí del proyecto de las granjas, y pronto les diré los nuevos planes que tengo. Ando muy atareado y soy muy feliz. - D. K."

Poco podían ellos imaginarse que aquel "soy muy feliz" quería decir que ya estaba libre. Dan encontró por casualidad a un antiguo amigo, que seguía en el negocio de minas, y le dijo que ahora desearía él ser capataz de una mina, porque tenia deseos de trabajar materialmente durante algún tiempo, porque su cuerpo le pedía ocupación en algún trabajo duro. Así se marchó con él a trabajar en las minas.

Andaba tía Jo un día del mes de octubre aligerando de papeles inútiles los cajones de su escritorio; fuera llovía a más no poder, pero dentro de su casa no se oía el menor ruido. Iba separando papeles y más papeles, rompía los inútiles y formaba montoncitos con los que quería conservar. Llegó por fin a las postales, las estuvo examinando detenidamente, y luego las juntó con otras cartas haciendo un paquete con todas ellas en el que puso un rótulo que decía "Cartas de mis muchachos".

-Ya ha tenido tiempo de escribir otra postal -dijo, hablando consigo misma -; pero acaso espera venir de un momento a otro para explicarme de palabra sus nuevos planes. Tengo verdadera curiosidad por saber qué ha estado haciendo todo el año que falta de aquí y de enterarme de cómo le su ahora.

No había tenido tiempo de terminar de pronunciar las últimas palabras cuando entró Teddy jadeante en el cuarto, con el paraguas destrozado en una mano y un diario en la otra, y con la angustia pintada en la cara se puso a leer con voz torpe y balbuciente:

-"Mina hundida; veinte hombres enterrados; se desespera de salvarlos. Viudas y niños llorando; el agua de los pozos va subiendo. Dan los salva por un pozo antiguo abandonado, con exposición de su vida. Más muertos; la gente aclama a Dan, y las que se creían viudas lo abrazan y besan". ¡Viva Dan! ¡Viva mi viejo héroe!

-¿Qué? ¿Dónde y cuándo? ¿Quién? ¡Dame el periódico! -exclamó su madre fuera de sí.

Y tía Jo se puso a devorar con la vista las columnas del diario en las que estaban los detalles de lo ocurrido en la mina. Dan Kean era el único empleado que sabía que en aquella mina había una galería y, un pozo antiguo abandonados, y por donde, exponiendo su vida, pudo salvar a los desgraciados mineros que se hallaban cavando, desesperadamente por el lado opuesto. Cuando Dan bajó al pozo dijo a los que quedaban fuera: "Si no hago ninguna señal, será inútil que bajen otros a morir también".

Aunque la antigua galería estaba ya medio hundida y con mucha agua, pudo Dan, con muchísimo trabajo, abrirse paso y llegar hasta donde estaban los incomunicados, desarrollándose fuera una escena conmovedora al velos aparecer por el pozo; todos querían abrazarlo y besarlo a un tiempo, y los chiquillos lo abrazaban por las piernas y le besaban las manos, por no poder alcanzar más arriba.

-Es preciso que viva, debe vivir, tiene que venir en seguida a restablecerse aquí, y si no viene pronto voy yo misma a buscarlo -exclamó tía Jo muy excitada.

-Sí, mamá, y yo iré contigo; yo quiero ir, mamá -decía Teddy, viéndose ya en el tren con su madre.

Librodot

Pero antes de que ésta pudiera contestar a su hijo entró el señor Laurie, gritando y agitando un diario de la tarde:

-¿Te has enterado, Jo? ¿Qué te parece? ¿Voy y o en seguida a traerme a ese valiente muchacho?

-Ya me gustaría que fueras; pero vale más que esperemos algunas horas, no sea que todos esos rumores sean falsos.

-Yo ya he telegrafiado a John para que conteste lo antes posible diciéndome lo que se dice por allí, y en caso de que se confirme la noticia, ya estoy en camino para traerme a Dan o quedarme allí con él hasta que esté restablecido del golpe que el diario éste dice que recibió en la cabeza.

-Yo voy con usted, tío; yo quiero ir para ver cómo está Dan -decía Teddy casi llorando y suplicando al mismo tiempo.

John contestó confirmando las noticias que daban los diarios y añadiendo nuevos detalles del heroísmo de Dan. El señor Laurie se marchó en seguida, y Teddy anduvo detrás de su tío implorando que lo llevase con él. En todo el día no apareció por su casa; pero su madre dijo con calma:

-No paso angustia por su ausencia, porque sé que estará con Tom o con John, y a la noche vendrá con mucha hambre y pidiendo humildemente nuestro perdón. Ya lo conozco bastante.

Pero quedó sorprendida al ver que llegó la noche y Teddy no aparecía por ninguna parte. En el momento que el señor Bhaer se disponía a salir de casa en su busca, llegó un telegrama fechado en una estación de la vía férrea por donde viajaba el señor Laurie, en el que decía éste:

"A Teddy lo encontré en mi coche y viene conmigo. Mañana os escribiré. - T. Laurence." - No te aflijas, mamá; Teddy ha corrido más de lo que tú creías, pero yendo con el tío no le pasará nada -decía Rob, tratando de consolar a tía Jo.

-¡Dios misericordioso! ¡Pero qué hijo más desobediente, Dios mío! Estas cosas no se pueden dejar pasar. Recibirá el castigo que merece, si es que lo vuelvo a ver; por más que Laurie tiene más culpa que él, y de chico él era lo mismo; por eso se llevan tan bien tío y sobrino; buen par de bribones están hechos. ¡Este hijo me va a matar, Dios mío!

Y tía Jo continuaba lamentándose, diciendo con voz entrecortada que ya no volvería a ver a su querido hijo Teddy, sin acordarse ya de la desobediencia ni del castigo; porque lo único que deseaba ahora era verlo en casa.

Laurie había visto entrar a su sobrino en el vagón donde había subido en el momento de arrancar el tren, llevando por todo equipo una botella de vino para Dan y un cepillo de ropa para su uso particular.

Pronto llegaron a casa noticias tranquiliza doras del estado de Dan y de que ya podía ponerse en camino, aunque demostraba poca prisa por hacerlo.

-Daniel está muy cambiado -escribía Laurie a tía Jo-; no precisamente por este accidente de ahora, sino por alguna cosa (que debe haberle pasado antes. lío sé lo que podrá haber sido, y a ti te lo dejo para que lo averigües; pero lo cierto es que en este año que ha estado ausente de casa, le ha sucedido algo muy grave, porque en los mementos de delirio estaba furioso. Aparenta ahora diez años más de los que tiene, pero ha mejorado en dulzura de carácter, quietud, y gran devoción a nosotros. Estoy presenciando escenas verdaderamente conmovedoras; cuando el valiente cazador fija sus ojos en tu hijo se ve que disfruta mirándolo y siente que se aparte de su cama. Dice que lo de Kansas fue un fracaso, pero no quiere dar más explicaciones. Todo el mundo le quiere aquí y admira por su valor; y esto, que ya recordarás que antes le importaba a él muy poco, le gusta mucho ahora; se alegra cuando oye hablar bien de él, y no se cansa de ganar afectos y respetos. Acaso yo me equivoque en los juicios que he formado respecto a lo que ha pasado; tú lo sabrás bien pronto, cuando hables

Librodot

con él. Teddy está en la gloria y el viaje le ha sentado muy bien. Cuando me vaya a Europa me lo llevaré, si tú consientes.

Esta carta particular puso a tía Jo en tal estado de excitación v ansiedad, que en su imaginación veía crímenes horrorosos sin cuento, cometidos por su muchacho. Estaba muy débil ahora para poderlo interrogar, pero cuando lo viera en casa, salvo y restablecido, confiaba poder averiguarlo todo, porque aquella exhalación de muchacho era el más querido de todos y el más interesante para ella. Le escribió una carta muy meditativa, suplicándole que viniera cuanto antes, en la que empleó más tiempo que en escribir cualquiera de los episodios más complicados de sus "obras".

Sólo Dan se enteró de la carta que le hizo volver a casa; y un día del mes de noviembre ayudaba el señor Laurie a bajar del coche a un joven convaleciente, y la madre Bhaer recibía al aventurero como a su hijo recuperado, mientras Teddy, con un sombrero inverosímil y unas botas muy grandes, bailaba alrededor del grupo que hacía su familia.

-Bueno; pues ahora, arriba, a tu cuarto a descansar, que la enfermera seré yo ahora; y estando yo a tu lado verás qué pronto te restableces y vuelve la animación y la alegría a tu cara - ordenó tía Jo al dar el brazo al muchacho para ayudarle a subir la escalera, disimulando la extrañeza que le causaba el ver lo raído y descolorido que estaba el gabán del intrépido héroe.

Obedeció él con gran contento, y pronto se vio en su cuarto, tranquilo, mimado por la madre Bhaer, que no pudo resistir a la tentación de hacerle algunas preguntas que le cosquilleaban ya en la lengua; pero corno Dan se encontraba cansado, se quedó pronto dormido sin contestar a ninguna; y tía Jo bajó a oír lo que le contarían los dos "bribones".

-Oye, Jo, creo que Dan ha cometido algún crimen y los remordimientos no le dejan vivir - dijo Laurie cuando se marchó Teddy a enseñar a sus hermanos y primos sus descomunales botas y contarles las cosas extraordinarias que había hecho Dan y el peligro constante en que se hallan los mineros.

-Cuando llegamos -siguió diciendo Laurie a su cuñada -había perdido el conocimiento, y me quedé al lado de su cama un rato escuchando lo que decía en su delirio. Oí algunas palabras que no guardan ninguna relación con su vida de aventurero, porque hablaba de un guardián, de un Blair, de un Mason, y me alargaba la mano preguntándome si lo perdonaría. Hubo un momento en que se puso furioso y me suplicaba, enseñándome el brazo, que no le pusiera, las esposas. Te confieso que al oírle algunas noches hablar de ti y de Plumfield, suplicándome que lo trajera aquí cuanto antes, que quería morir a tu lado, llegué a tener miedo.

-No morirá, no, porque no está en peligro de muerte; vivirá y se arrepentirá de lo que ha hecho, porque es evidente que debe haber cometido alguna atrocidad; así es que por ahora me tienes tú que ayudar a cuidarlo, y poco a poco se ir! restableciendo, y con ayuda de Dios haremos de él un buen muchacho, que todavía es tiempo, pues sólo con mirarle los ojos se ve en seguida que no es un hombre perverso. No digas una palabra a nadie de todo esto, que yo me encargo de averiguar la verdad, lo sabré dentro de bien poco -contestó tía Jo, compadeciéndose de su desventurado muchacho y muy afligida por lo que acababa de oír.

Dan guardó cama durante algunos días, en los cuales vio a muy contadas personas fuera de tía Jo y su familia. El médico encargó que se le hablase lo menos posible; y con los muchos cuidados y e! descanso, se fue restableciendo antes de lo que todos esperaban. Muchas eran las personas del pueblo que pedían verlo, tan pronto supieron que había abandonado la cama, pero él no quiso recibir, más que a sus viejos conocidos, y Teddy les contestaba muy seriamente "que sentía no poderles enseñar a su valiente Dan".

-Pero, hombre, ninguno de los mineros hubiera dejado de hacer lo que yo hice. ¿A qué vienen pues, todas esas alabanzas, que no sirven más que para avergonzarme? - decía el héroe levantando el brazo roto que llevaba aún en cabestrillo.

Librodot

-Sin embargo, Dan, ¿no te parece hermoso haber salvado veinte vidas y haber dado maridos, hijos y padres a las mujeres que los amaban? -preguntó tía Jo un anochecer, después de haber despedido a varios conocidos que no habían logrado ver al convaleciente.

Acaso sea eso lo único que hace que yo esté vivo aun. Más alegría tuve yo al salvar aquellas vidas que si me hubieran hecho presidente de la república. Nadie sabía sino yo lo que sintió mi corazón al ver que daba veinte vidas por...

Aquí se detuvo Dan al ver que iba a decir una cosa de la cual su oyente no estaba en antecedentes.

-Ya sabía yo que tú te habías alegrado. Es muy hermoso salvar la vida de uno, aun con riesgo de perder la propia, como hiciste tú y casi la perdiste - principió diciendo tía Jo, muy satisfecha al ver que su muchacho comenzaba a hablar con la energía y vehemencia de otros tiempos.

-"El que pierda su vida lo ganará" -murmuró Dan, distraído, mirando las llamas del revoltoso fuego de la chimenea que alumbraba toda la habitación, dibujándose en su afilada cara una sombra de ruda expresión.

Tía Jo se estremeció de alegría al oír aquellas palabras y exclamó llena de gozo:

-¡Cumpliste tu palabra! ¿Es verdad que has leído el librito que te entregué?

-Lo leí bastante durante una temporada, pero ya recuerdo muy poca cosa; mas estoy dispuesto a leerlo y aprenderlo todo, y esto ya es algo.

-¡Eso es todo, hijo mío! ¡Cuánto me alegro de oírte hablar así! Cuéntame, Dan, cuéntame lo que te ha pasado y así aligerarás un poco la carga, porque la llevaremos entre los dos; anda, hijito, dime lo que te ha pasado.

-Sí, señora, se lo diré; es decir, necesito por fuerza decírselo a usted; pero hay cosas que ni usted misma, con lo mucho que me quiere, las perdonará, y si usted me abandona soy hombre muerto,

-Sí como usted oye: hombre muerto.

-¡Las madres lo perdonamos todo! No me ocultes nada y ten la seguridad que yo no te abandonar-,' aunque se junte el cielo con la tierra.

Tía Jo tomó entre sus manos una de las gran des y, estropeadas de Dan, y la tuvo muy apretada para a que hablara; hasta que éste le refirió punto por punto todo lo que le había sucedido, deteniéndose a cada momento en su relato para ver el efecto que iban produciendo sus palabras en el semblante de su, madre adoptiva.

Ahora ya lo sabe usted todo. ¿Perdonará usted a un asesino y le dará albergue en su casi?

La contestación fue echarle los brazos al cuello y apretar su enmarañada cabeza contra su pecho; y en esa posición estuvieron los dos hasta que se cansó ella de derramar lágrimas.

Aquello valía más que todas las palabras de] mundo. Dan lloraba, casi por primera vez en su vida, de gratitud., al sentir la felicidad del amor de madre, ese don divino que consuela, purifica y fortalece a todo el que lo busca.

-¡Pobre hijo mío! ¡Sufriendo horriblemente todo un año en un penal, mientras nosotros te creíamos libre y contento en tus queridas praderas! Pero, ¿por qué no nos escribiste, Dan? Hubiéramos ido a ayudarte. ¿Es que no tenías confianza en nosotros? -preguntó tía Jo, olvidándose de todas las demás emociones para regañar cariñosamente a su muchacho.

-Estaba tan avergonzado y sentía tanto dar a ustedes un disgusto, que preferí sufrir solo antes que dañes una mala noticia, porque yo sabía perfectamente que iba a sufrir usted mucho -contestó Dan volviendo a bajar la vista por no poder soportar la pena y desaliento que veía retratados en la cara de su protectora.

-Sí; pero ahora lo he recibido, y muy grande, por el pecado que has cometido; mas, por otra parte, estoy contenta y orgullosa al ver que estás arrepentido y que la lección que has recibido te servirá de mucho. Nadie sabrá una palabra de tu desgracia; Fritz y Laurie son los

Librodot

únicos que conviene que se enteren; y lo sentirán lo mismo que lo siento yo - contestó tía Jo, pensando que la franqueza era mejor tónico que la demasiada simpatía.

-No; no les diga usted nada; porque los hombres nunca perdonan como perdonan las mujeres, Y si no, no importa; dígaselo usted, porque ahora recuerdo que el señor Laurie debe saber ya algo, pues cuando yo estuve delirando él estaba al lado de mi cama y debió oír alguna cosa. No me importa que lo sepan ellos; pero, ¡por Dios, que no se enteren Teddy y las chicas!

Dan dijo esto con voz tan sumisa y suplicante, que ella se apresuró a tranquilizarlo, asegurándole que nadie más que ellos dos se enterarían de lo ocurrido, y él se calmó al momento, como avergonzado de su repentina alarma.

-No fue asesinato, ¿sabe usted? Fue en defensa propia; y él me tiró primero, y mi intención no fue matarlo, aunque debían de dar premio en vez de castigo por quitar de este mundo a un bandido como aquél. En fin, bien caro lo he pagado, y muchas son las veces que he deseado que él me hubiera matado a mí.

Todas las negruras de la prisión y todos los sufrimientos de aquel año que había pasado preso e iban retratando en la cara de Dan mientras hablaba, y tía Jo se estremeció de espanto al oír referir los peligros por los que había pasado su muchacho antes de verse allí vivo. Deseosa de que olvidara todas aquellas penas, le dijo muy sonriente:

-No, hombre no; no te aflijas, Olvida lo pasado y comienza ahora a trabajar de nuevo con entusiasmo; nosotros te ayudaremos, y ya verás, hijo mío, qué feliz eres. Ese año no ha sido del todo perdido para ti.

-¡No!... En mi vida vuelvo yo ya a ser lo que era. ¡Me parece que tengo ya sesenta años, y todas las felicidades del mundo me tienen ya sin cuidado. Déjeme usted estar aquí hasta que mis piernas puedan sostener mi cuerpo y luego me marcharé y no volveré a darle a usted nunca el menor disgusto - dijo Dan con desaliento.

-Ahora estás débil de cuerpo y de cabeza; deja que recobres tus fuerzas y verás cómo te encuentras animoso y deseas marcharte a cumplir tu misión entre los indios con la misma energía de antes. Cuéntame algo más de aquel buen capellán y de Mary Mason; quiero saber todos los pormenores de tus sufrimientos, hijo mío.

Dan, que con el peso que se había quitado de encima y con las palabras de consuelo de tía in se hallaba algo más animado, terminó de contar lo que le había sucedido con aquellas buenas personas, y cuando ésta lo vio metido en cama y dormido, salió de la habitación y fue a referir la historia, entre sobresaltos y lloros, a Fritz y a Laurie, poniéndose los tres de acuerdo en lo que tenían que hacer para animar al desventurado muchacho.

CAPITULO XXI
EL CABALLERO DE ASLANGA

EL cambio que se notó en Dan después de aquella conversación fue grandísimo. Parecía que había dejado de pronto en el suelo un peso enorme que llevara en la cabeza, a juzgar por lo animoso y enérgico que volvía a estar y lo cariñoso y agradecido que se mostraba con todos. El profesor y el señor Laurie, después de oír de labios de tía Jo lo que le había ocurrido a Dan, no quisieron molestar al muchacho con nuevas preguntas; pero, con apretones de manos y con alguna que otra palabra de consuelo, le dieron a entender que lo sabían todo. El señor Laurie comenzó a escribir a sus amigos influyentes para que recabaran del gobierno la protección necesaria para el buen resultado de la misión de Dan entre los indios; y el señor

Bhaer, por otro lado, procuraba alimentar con buenas lecciones la hambrienta mente de Dan. Los muchachos se deshacían por inventar algo con que distraerlo, mientras que las mujeres, viejas y jóvenes, lo alimentaban y regalaban de tal modo que el hombre se consideraba como un sultán en medio de una multitud de sumisos esclavos, prontos a satisfacer sus deseos a la menor indicación. A Josie solía llamarla "madrecita", pero Bess seguía siendo la "princesa" y su conducta con las dos primas era completamente distinta. Josie lo mareaba algunas veces con su insistencia en quererle leer a todo trance unos dramas enormemente largos y lo retaba si veía que faltaba a las prescripciones del médico, a lo que él se rebelaba muchas veces; pero a Bess no le demostró nunca que le cansasen las observaciones que ella le hacía, ni los medios que adoptaba para entretenerlo; al contrario, le obedecía al momento, y se esforzaba en parecer bien en su presencia, mirando sin pestañear el trabajo que ella estaba haciendo mientras Josie leía y leía sin ser escuchada.

Tía Jo observaba todo esto y disfrutaba al verlos tan entretenidos; pero la señora Meg andaba en su casa muy atareada, y Amy, se preparaba para su viaje por Europa. Tía Jo venía notando algo de extraordinario en la insistente y penetrante mirada de Dan si Bess, con aquellos ojos negros, muy agrandados por el adelgazamiento que la enfermedad había producido en su cara Una tarde llamó su madre a Josie y cansada Bess de- modelar, dejó sus herramientas y se ofreció a ocupar el puesto de su prima, preguntándole a él primero si le interesaba la lectura.

-Sí, si, lee; porque me gusta mucho más como lees tú que como lo hace Josie. Esa chica lee tan de prisa que mi estúpida cabeza no puede seguirla. Pero no se lo digas, porque es muy buena y bastante hace la pobrecita con estar sentada tanto tiempo al lado de un oso como yo.

-No, hombre, tú no eres ningún oso, sino un paciente muy sumiso. Para los hombres siempre resulta pesado estar tanto tiempo encerrados y a ti te debe de resultar mucho más por haber disfrutado de tanta libertad.

Si Bess no Hubiera estado en aquel momento entretenida en buscar un capítulo bonito en el nuevo libro que había tomado del estante, hubiera podido ver el estremecimiento que hizo Dan al oír la última palabra. No contestó nada, pero otros ojos que no estaban muy lejos de allí vieron el ansia que se pintó en su cara, como si deseara con el pensamiento lanzarse, como cuando andaba a caballo por las inmensas llanuras, en persecución de alguna res. Como movida por repentino impulso, tía Jo dejó de escribir, y tomando la cesta de la costura se fue donde estaban ellos, pensando que acaso hiciera falta allí un aislador, porque Dan se asemejaba en aquel momento a una nube cargada de electricidad.

-¿Qué te parece que lea, tiíta? Tú, que conoces sus gustos, dime algo que sea corto y bonito, porque Josie volverá pronto -dijo Bess mientras seguía hojeando el libro.

Antes de que tía Jo tuviese tiempo de contestar, sacó Dan un librejo muy sobado de debajo de la almohada, y, alargándoselo, le dijo:

-Haz el favor de leer el capítulo tercero; es corto y muy interesante.

Bess sonrió cuando, al abrir el libro, vio el titulo del capítulo que le pedía que leyera.

-¡Dan! ¡Y yo que creía que a ti no te gustaban estos cuentos románticos alemanes!; pues, chica, me dejas asombrada. Y a lo recuerdo, ya; hay un combate, ¿verdad?

-Sí; pero como yo he leído muy pocos cuento, me gustan mucho éstos, que son sencillos y bonitos. Este si, éste me lo sé casi de memoria, porque como no tenía otra cosa que leer, lo he leído cien veces; y nunca me canso de esos dos que combaten tan valientemente. Lee "El caballero de Aslanga", y verás cómo te gusta. Edwald resulta para mi gusto demasiado blando; pero Froda es de primera, con aquellos cabellos dorados que me recordaban a ti cada vez que lo leía.

Mientras Dan hablaba, tía Jo veía en el espejo que tenía enfrente todos sus movimientos y las diferentes expresiones que tomaba su rostro.

Librodot

-Yo creo que el pelo de Aslanga no seria tan fastidioso como el mío. Espera un poco que me voy a recoger estas trenzas.

-No, no; haz el favor; déjate las trenzas como las tienes ahora. ¡Me gusta mucho ver desde aquí cómo relucen. Anda, comienza a leer el cuento -suplicó Dan con voz muy cariñosa.

Bess sonrió; dejó sus trenzas colgando y comenzó a leer, ocultando un poco la cara, pues se había sonrosado con los cumplidos. Dan escuchaba con más atención que de costumbre, y tía Jo cosía y miraba al espejo alternativamente, y veía las impresiones que las palabras de su sobrina iban produciendo en la cara de su muchacho, cuyos ocultos sentimientos los comparaba ella con las vetas de oro que se encuentran en las rocas. No tardó en comprender lo que significaba todo aquello, y se entristeció al pensar en lo imposible que era aquel amor; porque entre la blanca y pura Bess y el atezado y pecador Dan había un abismo insondable.

Bess terminó pronto de leer el cuento, y al echar- se las trenzas a la espalda le preguntó Dan con la ansiedad de un niño:

-¿No es verdad que es bonito? ¿Te ha gustado? -Sí, es un cuento muy bonito y he comprendido perfectamente su moral; pero Undine sigue siendo mi favorita.

-Porque se parece mucho a ti. Lilas y perlas;

almas puras y agua cristalina. A n í me gustaba mucho Sintram; pero ahora me gustan las cosas sublimes, lo espiritual.

Bess abrió mucho sus ojos azules, admirada de oír hablar así a quien antes no le gustaba más que las cosas heroicas, los combates y los peligros.

-¿Quieres que te lea ahora este diario de la tarde? - preguntó ella tomando el diario que acababan de traer.

Dan contestó con mucha dulzura y se quedó un rato pensativo mientras que la joven ojeaba las noticias.

-La bolsa no te interesa; conciertos, nada; aquí hay un asesinato, antes te gustaban esas cosas; ¿quieres que te lo lea?: "Un hombre mata a otro".

-¡No!

No dijo más que esta palabra, que hizo estremecer a tía Jo por lo fuerte que la pronunció, y cuando, después de un momento, se serenó y miró al espejo, vio a Dan inmóvil sobre el sofá, tapándose los ojos con una mano, mientras Bess leía muy contenta unas notas sobre arte, sin que se enterase nadie más que ella. Tía Jo pasó a su despacho, y al momento entró Bess diciendo que Dan se había quedado profundamente dormido.

Su tía la mandó a su casa con el propósito de que permaneciera en ella todo el tiempo posible, quedando en su despacho la madre Bhaer sumida en profundas reflexiones, mientras los últimos rayos del encendido sol traspasaban las cumbres de las montañas vecinas. Un leve ruido que oyó en la habitación inmediata la sacó de su abstracción, y al acercarse a Dan vio que, efectivamente, se había quedado dormido; pero vio en el suelo una cosa que le llamó la atención, y al recogerla se encontró con una especie de escapulario de factura india, y cuya cinta se había roto.

-Lo arreglaré y se lo volveré a colgar del cuello, y no le diré nunca que he visto este talismán - pensó tía Jo al dirigirse a la habitación inmediata.

Al volver el escapulario del otro lado se encontró con un retrato de Bess hecho a pluma por John, en el que había escrito en un lado: "Mi Aslanga". Cuando terminó de coser la cinta, entró despacho en el cuarto, y en el momento de metérselo por la abertura del pijama, abrió Dan los ojos.

-Te había caído esto al suelo y te lo estaba poniendo en su sitio -dijo tía Jo con el mismo temor que hablan los niños cuando se les sorprende haciendo alguna diablura.

-¿Ha visto usted el retrato?

-Si.

-¿No le parece a usted que soy un imbécil?

-Sí, Dan; y yo lo siento mucho.

-No se alarme usted por eso, que yo no le daré ningún disgusto. Ilusiones mías, qué quiere usted?; pero tranquilícese, madre Bhaer. ¡Dios mío! ¿Por qué habré yo pensado que ese ángel podría ser mío? Tía Jo se afligió mucho al ver la santa resignación del muchacho, y le dijo con mucha dulzura:

-Lo siento muchísimo, hijo mío; pero tú tienes bastante talento para comprender que eso es un imposible; no digas nada a nadie, y el secreto quedará entre los dos.

-¡Le juro a usted que así lo haré! Ni una palabra, ni una mirada que pueda despertar sospechas. Pero, no haciendo mal a nadie, creo que esto lo podré guardar, porque me ha servido de mucho alivio en aquella maldita prisión.

La ansiedad se veía ahora retratada en la cara de Dan, que guardó precipitadamente aquel objeto querido como si temiera que se lo arrebatasen, y tía Jo, deseosa de enterarse de todo aquello antes de darle ningún consejo, se apresuró a preguntarle:

-Guárdalo, sí; pero dime cómo nació esa pasión. Ya que estoy en el secreto, acaba de enterarme de todo, y yo te ayudaré a soportar tu desgracia.

-Se va usted a reír, si se lo digo; pero no importa; aunque no se lo dijera, usted lo averiguaría, Porque usted siempre averigua todo lo que 1os pasa a los suyos. Pues bien, es el caso que yo nunca me preocupé mucho por la lectura de los libros, pero empecé en mi encierro a leer los que usted me dio antes de salir de aquí, y poco a poco me fui aficionando a su lectura., y allá en la soledad de mi celda me llegué a imaginar que yo era Folko, el del cuento, y me distraía pensando en que me hallaba contemplando los hermosos cabellos rubios de Aslanga. La ventana de mi celda era pequeña, y estaba muy alta; pero podía ver por ella un jirón de cielo azul, y algunas veces la luna. Como no podía dormir, me recreaba contemplándola, y al ver la serenidad y placidez de su cara, que me miraba y miraba con melancólica sonrisa, comencé a compararla con Bess, principié a pensar en sus hermosos ojos, brillantes como las estrellas que yo veía desde allí, hasta que, poco a poco, fui comprendiendo que ella dominaba en mi corazón, porque era muy diferente a todas las demás jóvenes vulgares que andan por el mundo, porque se parece a la luna que surca los inmensos espacios del firmamento azul.

La voz tranquila y suave de Dan conmovió a tía Jo, pero no había esperanza, era imposible que aquel sueño de su muchacho pudiese convertirse en realidad, y ella no quiso darle ninguna clase de esperanza; pero., por otro lado, pensaba que siguiendo Dan con aquella ilusión podía purificarse más pronto.

-Sí, Dan; guarda, hijo, guarda esa afección ¡nocente, ya que te ayuda a fortalecer, hasta que algo más real y positivo venga a completar tu felicidad. Bien sabe Dios que yo desearía darte alguna esperanza; pero lo mismo tú que yo sabernos que esa querida niña es el encanto de su padre, el orgullo de su madre y que al hombre más perfecto de la tierra lo considerarán poco para su hija. Sigue pensando en ella, hijo mío: sigue considerándola corno la estrella más brillante y hermosa; que eso hará que pienses en el cielo.

Tía Jo estuvo largo rato hablando con Dan y dándole buenos consejos, animándole casi, por último, a que hiciera alguna cosa notable entre los pobres indios, hasta que la campana anunció que era la puesta del sol. Entonces exclamó con alegría:

-Ven, Dan, ven y mira qué hermosa es la estrella de la tarde, la que tanto te enamora a ti... Y mientras aquel joven alto y pálido la contemplaba colocado detrás de ella, le dije ésta muy bajito:

-Y no olvides nunca, hijito, que si un día te negasen a la dulce y angelical niña, tu vieja amiga estaría siempre a tu lado para afinarte y rezar por ti. Quedó muy contenta ella al ver que sus palabras iban produciendo en el corazón de Dan el efecto que ella se proponía, porque en aquel momento le echó el nervudo brazo por la cintura, y le dijo con voz enérgica, pero dulce:

Librodot

-Yo no puedo olvidar nunca eso; porque ella es la que ha de salvar mí alma, la que me hará levantar la vista al cielo y decir: "¡Dios la bendiga!"

CAPITULO XXII
EL ÚLTIMO ASPECTO

AL día siguiente, tía Jo contó algo, aunque sin detalles, a su hermana, y ésta, que guardaba a su hija como perla de gran precia, al momento vio el medio de escapar del peligro. El señor Laurie tenía que ir a Washington para activar las gestiones concernientes a la misión de Dan entre los indios, y deseaba que le acompañase su familia; así es que la conspiración resultó muy fina y tranquila, y tía Jo se volvió a su casa atormentada con la idea de su traición. Esperaba ella que ocurriese allí una explosión, pero Dan recibió la noticia con mucha tranquilidad, dando a entender con esto que no abrigaba ninguna clase de esperanzas, y la señora Amy atribuyó todo aquello a fantasías de su romántica hermana. Pero si hubiera podido ver la cara de Dan cuando Bess fue a despedirse de él hubiera descubierto algo más de lo que descubrió la inocente muchacha; sólo con que hubiera vista cómo le tomó él las dos manos, mientras le decía con apasionamiento: "¡Adiós, princesita, adiós! Si no nos volvemos a ver más, acuérdate de vez en cuando de tu viejo amigo Dan." Enternecida ella, al pensar en los nuevos peligros que iba a correr su amigo, le contestó con inusitado ardor: "Pero, ¿cómo podría yo dejar de pensar en ti cuando eres el orgullo de todos nosotros? ¡Que Dios bendiga tu hermosa misión, Dan, que te aparte de todos los peligros y te vuelva sano y salvo a casa!

Mientras ella le miraba con los ojos húmedos por la emoción, Dan no pudo resistir el impulso de tomar con ambas manos aquella "querida cabecita dorada" y estampar un beso en ella, pronunciando después con voz temblorosa la palabra "¡adiós! ", marchándose de prisa a su cuarto, sintiendo como si volviese a entrar de nuevo en la celda de la prisión.

Aquellas caricias repentinas hicieron estremecer un tanto a Bess, porque con el vivo instinto de mujer comprendió que aquel beso había sido muy diferente del de otras veces, y quedó un momento mirándolo por detrás, con repentino carmín en sus mejillas y nueva emoción en sus ojos. Tía lo vio todo esto, y temiendo que su sobrina hiciera alguna pregunta, se adelantó diciendo:

-Perdónalo, Bess; como el pobre muchacho ha sufrido tanto, ahora se enternece mucho al despedirse de los antiguos y buenos amigos, porque comprende que será muy difícil que vuelva de ese mundo salvaje donde va ahora.

-Pero, tía, ¿cree usted que realmente correrá el peligro hasta de no volver? -preguntó la inocente Bess.

-No sé, hija; son cosas que yo no te puedo explicar. Lo cierto es que él ha sufrido mucho; pero siempre ha salido del peligro con valentía; confía en él y respétalo como yo lo respeto.

-¡Pobre Dan! Ya sé lo que motiva su pena; habrá perdido sin duda al ser a quien él amaba. Tenemos que consolarlo y estar muy cariñosas con él.

Bess no volvió a preguntar nada más porque parecía que estaba satisfecha con la solución que acababa de dar ella al misterio.

Pero Teddy era más descontentadizo que su prima y siempre estaba pinchando a Dan para que hablara y dijera dónde había estado todo aquel tiempo.

-Oye tú, veterano; si no quieres que te lea algo, cuéntame lo que te ha pasado por ahí en todo el tiempo que has estado fuera de casa. Háblame de Kansas, porque de lo de Montana ya

estoy enterado; pero no dejes nada, porque tú das unos saltos enormes -decía asiéndose al brazo de Dan.

-No, no me dejo nada más que lo que no interesa a nadie más que a mí; la idea de las granjas la deseché -contestó Dan pausadamente.

-¿Por qué?

-Porque había otras cosas que me interesaban más.

-¿Qué cosas?

-Hacer cepillos y escobas para cierto fin.

-No engañes a tu viejo amigo; di la verdad.

-Digo la verdad.

-¿Para qué servían los cepillos?

-Para que se entretuviera uno que había hecho una barbaridad.

-Vaya, vaya; tú te burlas, y no quieres decirme nada, y yo te lo digo todo. Sí, pero mira: aunque tú no me quieres decir nada, yo sé algo, porque cuando fui' con el tío Laurie y te encontramos delirando, tú nos enteraste sin querer de lo que nosotros no sabíamos. Yo oí algo de lo que decías.

Dan comprendió que era inútil seguir guardando el secreto, porque aquel travieso muchacho sabía algo y no lo dejaría tranquilo hasta que no se lo acabase de explicar. Así que apaciguólo diciendo que se lo contaría.

-Ya sabía yo que me lo dirías, y que no seguirías engañándome mucho tiempo -dijo Teddy con tal aire de orgullo y satisfacción, que Dan no pudo dejar de sonreírse.

-Bueno, hombre, pues si te empeñas te lo diré, y así quedarás tranquilo; pero me has de prometer antes que no has de decir una palabra a nadie.

-Te lo prometo.

-Pero, ¡si no es nada agradable!; una cuestión, que tuve, ¿comprendes?

-Ya comprendo!

-¿A cuántos mataste?

-Nada más que uno.

-Algún tunante por supuesto.

-A un condenado del infierno.

-Bueno, hombre, no te pongas tan furioso; que yo no tengo absolutamente nada que objetar a eso. Supongo que después del suceso quedarías tranquilo.

-Muy quieto por algún tiempo.

-Bien, pero al fin terminaste y te fuiste a las minas para hacer aquella buena acción que nos llenó de entusiasmo y que llorábamos de alegría; así es que una cosa recompensa la otra; yo ya estoy contento por Haberme explicado el caso, y te repito que no diré una palabra a nadie.

-No, no digas nada a nadie. Oye, Teddy, ¿si tú hubieras reatado a un bandido, te verías atormentado?

-Yo te diré; no me preocuparía ni tanto así -y señaló con el pulgar de la mano derecha un pedacito de la yema del índice-; ¿si yo hubiera muerto a un hombre en defensa propia?

-Sí, efectivamente, así fue; pero me preocupo porque las mujeres no ven nunca estas cosas como las vemos los hombres y se horrorizan con sólo la idea de que uno mate a otro.

-Pues no le digas una palabra, y así no te atormentarán -dijo Teddy.

-Eso haré; y tú, por tu parte, ten mucho cuidado de que no se te escape una sola palabra y demos la conversación por terminada; ahora puedes leer, si quieres.

Transcurrieron otras cuatro semanas muy tranquilas para Dan, que ya se iba impacientando de estar tanto tiempo sin hacer nada, hasta que llegaron los papeles oficiales que precisaba, y se marchó contento a su misión, con el propósito de olvidar un amor imposible y vivir para otros, ya que no podía vivir para sí. Y allá se fue con su caballo y su

perro a vivir entre sus antiguos amigos los indios, a trabajar en favor de ellos para redimimos y hacerlos felices.

-¡Ay de mí!; parece como si la vida estuviera hecha de despedidas y separaciones, y que éstas fueran duras y más duras a medida que avanzamos en ella - dijo tía Jo suspirando, al sentarse una tarde en la gran sala del monte Parnaso, mientras la familia había ido a recibir a los viajeros.

-Aquí estamos ya, querida; y te participo que Nat navega ya rumbo al hogar y pronto lo tendremos entre nosotros -dijo Amy.

-Acaba de llegar un nuevo cuadro; mirad hacia la sala de conciertos, que desde aquí lo podéis ver. Yo le llamo, siguiendo el cuento de Anderson, "sólo un violín". ¿Qué nombre le daréis vosotras? dijo Laurie.

Al pronunciar estas últimas palabras, empujó las puertas de la sala, y apareció un joven de pie, con un violín debajo del brazo y la cara muy risueña. No había que dudar respecto al nombre del cuadro, y con las voces de alegría de ¡Nat, Nat, Nat!, se levantaron todos y corrieron hacia él. Pero pudo adelantar a Daisy; ella fue la primera en llegar y parecía que había perdido de pronto su habitual compostura, con tantos abrazos y sollozos, que hizo enternecer a los demás, hasta que Meg separó a su hija con cierta violencia; pero no fue más que para ocupar ella su puesto; mientras que John le daba fuertes apretones de mano y Josie

bailaba alrededor del grupo igual que en "Macbeth, tres brujas en una", cantando al mismo tiempo:

-Eres segundo violín, pronto lo serás primero; ¡bríO!, ¡bríO!, ¡más bríO!

Todos se echaron a reír y se sentaron muy contentos.

-Ahora me encuentro mucho mejor que antes -dijo ría Jo al bajar en compañía de todos la cuesta del monte Parnaso -. Algunos de mis muchachos fracasarán en sus empresas, pero éste me va a recompensar con creces de los disgustos que me dan los demás; y me alegro mucho más al ver que la pobre Daisy será feliz después de tantas angustias e incertidumbres. Nat es obra tuya, Fritz, te felicito de todo corazón.

-sí, nosotros no podemos hacer más que arrojar la semilla, y esperar que caiga en buen terreno. Ayo la planté, sí pero tú has estado vigilando constantemente para que las aves no la devoraran, y el hermano Laurie la regó con generosidad; así es que es muy justo que nos partamos la cosecha, y nos contentaremos aunque sea con un corazoncito querido.

-Yo creí, en algunos momentos, que la semilla para in¡ pobre Dan habla caído en terreno pedregoso, pero ahora estoy convencida que hará tales cosas que nos dejará adinerados y aventajará a todos en el éxito real de la vida -dijo tía Jo inclinándose todavía hacia su oveja negra, aunque veía correr, alegres, delante de ella, todo un rebaño de blancas.

Al llegar aquí se hallaba ya tan mareado quien escribió esta novela, que hubo un momento en que tuvo intención de terminarla, diciendo que un fuerte terremoto sumergió a Plumfield y sus alrededores con todos sus habitantes en los profundos abismos de la tierra, no encontrándose, ni de uno ni de otros, vestigios por ninguna parte. Pero como esta conclusión, un tanto melodramática, podía chocar a mis amigos lectores, me he refrenado un poco, y me dispongo a contestar a la pregunta natural que todos me van a hacer. ¿Que cómo terminaron los personajes? Pues muy bien; los muchachos prosperaron mucho en sus empresas, y las muchachas hicieron lo mismo; Bess y Josie adelantaron mucho en el arte, y ganaron honra y dinero, haciendo, por Último, muy buenos casamientos. Nan terminó la carrera de medicina, y con su numerosa clientela anda siempre tan atareada, que permaneció soltera y contenta toda su vida. Dan tampoco se casó y murió defendiendo a sus amigos los indios, después de haber hecho mucho por ellos. John, "Medio-Brooke". llegó a ser socio de la casa editorial donde entró de dependiente, y Rob, profesor del colegio Laurence. Pero Teddy fue el que los eclipsó a todos, porque se hizo sacerdote, y llegó a ser el predicador más elocuente y famoso de aquella parte de América, con gran contento de su madre, que nunca creyó que a aquel

hijo tan travieso le diese, por la Iglesia. Y ahora, y después de haber hecho cuanto me ha sido posible para contentar a todo el mundo, con muchos casamientos y pocas muertes y todas las prosperidades que las circunstancias permiten, deja, amado lector, que pare la música, que se apaguen las luces y baje el telón, para siempre, en la familia March.

FIN